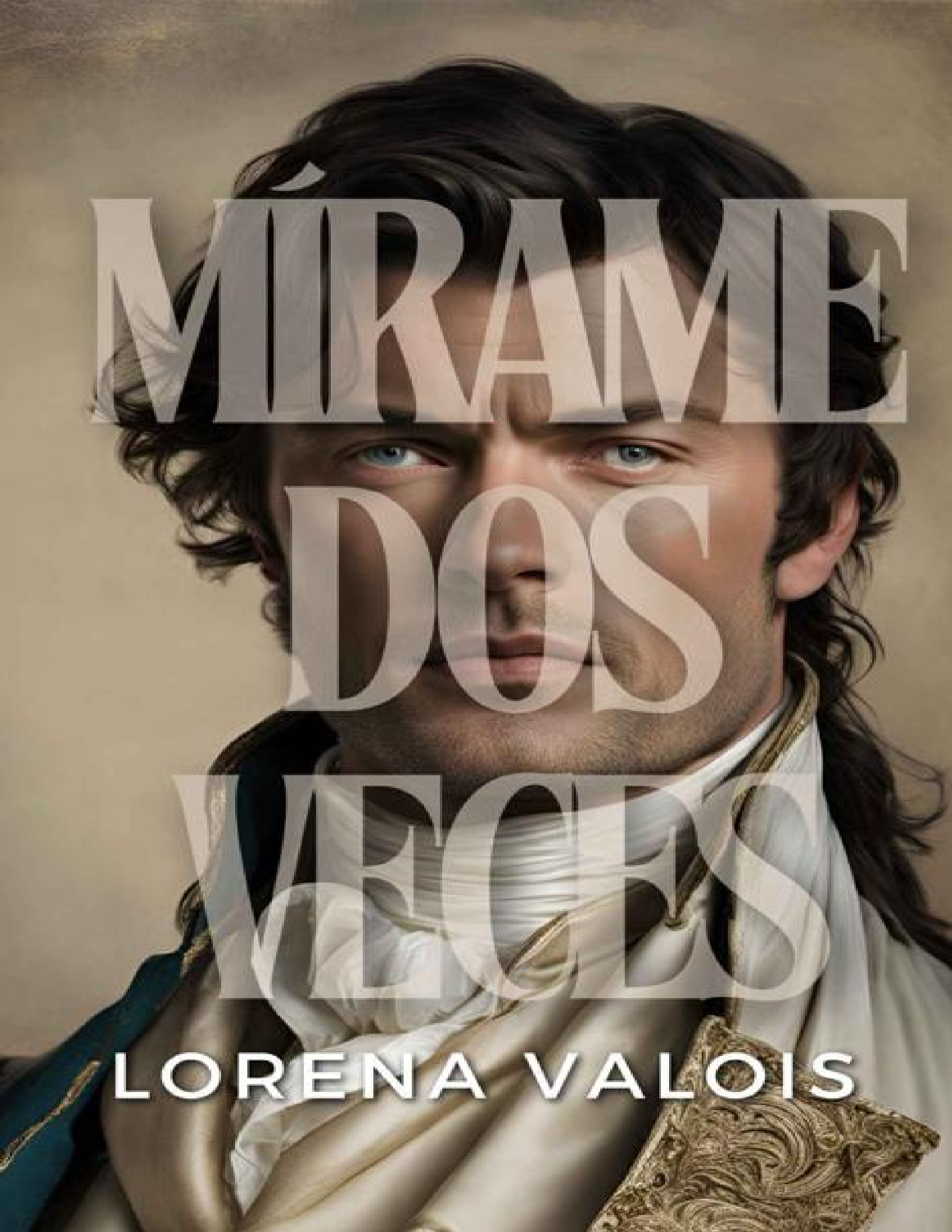




MIRAMME DOS VECES

LORENA VALOIS

MIRAME DOS VECES

LORENA VALOIS

Autora: *LORENA VALOIS*
Edición y Corrección: *ROGUE*
Portada: *ROGUE*

Copyright © 2024 Lorena Valois

Todos los derechos reservados a nombre de la autora de la obra

Todos los nombres y situaciones utilizadas o nombradas dentro de la obra son meramente ficticias y con sencillo efecto de entretenimiento.

GRACIAS POR HABER DESCARGADO ESTE EBOOK.

A los amores de mi vida, mis queridos lectores del mundo.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[CAPITULO 5](#)
[CAPITULO 6](#)
[CAPITULO 7](#)
[CAPITULO 8](#)
[CAPITULO 9](#)
[CAPITULO 10](#)
[CAPITULO 11](#)
[CAPITULO 12](#)
[CAPITULO 13](#)
[CAPITULO FINAL](#)

Mírame dos Veces

-
-
-

Capítulo 1

- .
- .
- .

Londres, 1807

- .
- .
- .
- .

—Habíamos dicho que sería sin dote, sólo por eso estoy tomando este trato tan desventajoso —espetó el marqués de Romsday haciendo ademán de levantarse de la mesa de negociación.

Su interlocutora era la duquesa de Saint Owen, aquella señora de aspecto anodino pero astuto quien estudiaba a su adversario con sus enormes y calculadores ojos azules.

—Lord Romsday, ya siéntese. Ambos sabemos que éste es el mejor trato que conseguirá por su hija —la mujer se relajó—. Olvidemos la dote y dejémoslo en el plan original —ordenó la señora al escribiente quien tomaba atenta nota del acuerdo entre ambos contendientes.

Y no cualquier acuerdo, sino la del matrimonio entre la hija menor del marqués de Romsday y el hijastro mayor de la duquesa.

Romsday se llevó las manos al pañuelo en clara señal de tensión, pero no tenía salida.

Firmó el documento que le extendió el secretario de la duquesa. Tenía prisa por salir de allí, no sólo para desaparecer el rango de visión de aquella mujer tan pérfida sino para deshacerse de parte de la culpa que le ocasionaba esta situación.

La mujer sonrió al ver la firma.

—Van a casarse cuanto antes y no se preocupe, Lord Romsday que no voy a comerme viva a su hija, recuerde que el muchacho es sólo mi hijastro y estoy procurando lo mejor para él.

Romsday enarcó una ceja, incrédulo.

Pero cogió su sombrero y se marchó de prisa. Su carruaje ya lo estaba esperando y él no iba a quedarse a esperar al duque de Saint Owen.

Durante la travesía de regreso pensaba en las palabras adecuadas para informar a su hija Jillian acerca del cierre exitoso de las negociaciones para su matrimonio.

Ella era muy lista y sería capaz de entender que fue lo único que se le ocurrió para salvarla.

Romsday tenía siete hijas, de las cuales las seis mayores ya estaban casadas, sólo quedaba Jillian la menor y allí tropezaba con una dificultad muy especial.

Las arcas de Romsday se vieron afectadas con tantas dotes entregadas en los seis matrimonios anteriores. No tenía heredero varón y su sobrino mayor volaba como cuervo a su alrededor al creerse ya su heredero.

El otro tropiezo es que su hija Jillian, aunque era una jovencita de veinte años dulce e inteligente, no fue bendecida con atributos que eran importantes para la época. Tenía un aspecto físico engrosado y eso la hacía palidecer frente a todas las muchachas de su edad. Ningún caballero pediría la mano de una joven sin dote y de escaso encanto físico.

Sólo por eso seguía paseando las temporadas sin prospectos ni esperanzas.

Así que Romsday se vio obligado a lograr un acuerdo con la ambiciosa duquesa de Saint Owen quien buscaba una esposa para su hijastro, el conde de Nolan quien era el hijo mayor de su esposo y aparente heredero de su padre.

Cosa que no ocurriría jamás ya que Lord Nolan era un tullido. Regresó de la guerra siendo un ciego y acabó confinado en una mansión en Derby donde esperaba la muerte, lleno de rabia y traumas, lejos de la gloria que convendría a un héroe de Trafalgar.

La única ventaja que Romsday obtenía de esta boda era el bienestar futuro para Jillian, quien obtendría la respetabilidad de una viuda y gozar de la herencia de su esposo. No tendría que venir a rogar a su primo, el actual heredero de Romsday. Tampoco tendría que pedir favores a ninguna de sus hermanas.

Romsday creía firmemente en la teoría de que si los padres amaban a sus hijos debían planear su futuro.

Y era justo lo que hacía con su pequeña.

Nolan no viviría mucho a decir de su propia madrastra, quien estaba deseosa que llegara ese día y que su propio hijo se volviese el heredero de Saint Owen.

El marques se limpió el sudor.

Solo esperaba que ese Lord Nolan no maltratara tanto a su pequeña Jillian.

.

.

.

Jillian terminó el dibujo y revisó las mediciones.

Era correctas, tan solo faltaba escoger el color correcto.

Volvió a extender la hoja e hizo un par de correcciones con la plumilla.

Diseñar una mesa era pérdida de tiempo a decir de sus hermanas mayores, pero no para Jillian.

El diseño sea del objeto que fuere, era arte para ella.

— ¿Sigues perdiendo el tiempo con estos dibujos? Para lo que sirven —la chillona voz de Helen, su cuarta hermana y la casada más recientemente la interrumpió.

Jillian frunció la boca.

—Estupendo. —murmuró para sí misma.

No era muy amiga de ninguna de sus hermanas porque todas la veían como la pequeña criatura que mató a su madre al nacer, pero Helen era odiosa.

La vio sentarse en la mesa de té con rostro de pocos amigos y con evidentes ánimos de buscar camorra.

Jillian siguió dibujando sin inmutarse.

—Quizá te regale un diseño como un obsequio de bodas atrasado —comentó.

El rostro de Helen cambió totalmente y Jillian se dio cuenta que dio en la llaga.

Helen acababa de casarse con un conde tres veces viudo y veinte años mayor. De cara a la galería era un hombre agradable y de excelentes modales. También era poseedor de una presencia que rivalizaba con otros hombres menores.

Sólo Helen sabía que aquel hombrecillo que llamaba esposo acababa de descubrir el poder de ciertas hierbas y estaba ansioso de probar su nueva virilidad a todas horas. Y no escatimaba esfuerzos ni lugares.

Helen debía estar lista cuando él quisiera. Y si no estaba lista, tampoco importaba.

El conde ya le había advertido que él no tendría problemas en repudiarla si osaba denegarle cumplir con los deberes maritales.

Así que la nueva condesa de Rouen venía de visita a su casa de soltera casi todo el tiempo.

Para huir de su esposo y para entretenerse molestando a su hermana.

—No quiero tus garabatos. Sería un insulto para mí y mi esposo.

Jillian hizo oídos sordos a la afrenta y se frotó las manos, dejó las plumillas y se sentó para servirse el té, totalmente ajena a la grosería de Helen.

—Ese dibujo será un regalo para Jenna Hardin, su padre acaba de anunciarle su compromiso y la pobre está aterrada —comentó Jillian.

Helen sonrió.

Al fin su hermana menor le daba material del que hablar.

— ¿Y te preocupas por el matrimonio de esa mocosa? Deberías estar más preocupada por el tuyo.

—No veo la necesidad —observó Jillian.

—Te casarás con un tullido y de eso no hay retorno —Helen estaba encantada de saber que el destino matrimonial de Jillian era desesperanzador—. Por el momento es el heredero de Saint Owen ¿pero que garantiza que sobreviva al menos un año? Además, deberás abandonar Londres y enterrarte en Derby para ser la enfermera de ese hombre.

Jillian no era estúpida.

Sabía que la ausencia de su padre en la mañana fue por estar negociando los términos de su próxima boda.

No estaba en la naturaleza de Jillian ser una mujer rebelde o intentar cambiar los planes de su padre.

Era el precio de su futura libertad. Que difícil era ser mujer.

— ¿Tu conociste a Lord Nolan en su mejor época?

Helen terminó de beber. Sus ojos se pusieron ensoñadores.

—Era el galán favorito de todas las damas —recordando a aquel hombre que repartía suspiros y que era el yerno deseado por toda madre casamentera que se preciara. Pero Lord Nolan estaba muy fuera del alcance de todas—. Era muy atractivo con su uniforme y su bayoneta, pero todos dicen que de eso no queda nada. Además de ciego dicen que se encuentra consumido.

Aunque Helen exagerara para herirla, Jillian sabía que no estaba lejos de la verdad.

Jenna le había traído muchas noticias sobre Lord Nolan. Lo primero es que ya tenía treinta años, regresó ciego de Trafalgar y vivía alejado de todos en su finca.

Al pensar en ello, se desesperaba un poco pero no tenía salida.

Su padre era un buen hombre y no pensaba herirlo cometiendo la estupidez de escapar y arruinar la reputación de su familia. Y aunque sus hermanas no eran empáticas con ella, no tenía intención de arruinar aún más su relación.

—No será por mucho tiempo, sólo debo aguantar un poco—se consolaba en voz baja

Al menos al estar en el campo podría dedicarse a sus anchas a su pasión al diseño y fabricación de muebles sin que hubiera tantos ojos para juzgarla por su afinidad a esa actividad manual.

Y si era cierto que a su futuro esposo no le quedaba mucho tiempo en este mundo, tendría aún más libertad después. Por ejemplo, no estaría necesitada de soportar a Helen o a ninguna otra de sus hermanas.

—Lord Nolan jamás vendrá a Londres para vuestra boda. Lo más probable es que todo se haga vía notario y el párroco sin necesidad de hacer votos —comentó Helen maliciosa—. Buen punto para ti así no necesitarás que te confeccionen un vestido que usará bastante tela.

—No te preocupes Helen, sabes que nunca haría nada que enturbie los recuerdos de tu propia boda —disimulando una sonrisita ante el rostro indignado de su hermana.

.

.

.

—Si no quieres verla ni tocarla, estás en tu derecho de hacerlo, pero te aseguro que tu madrastra hizo lo mejor seleccionando a esta muchacha y me dicen que es laboriosa así que no tendrá problemas en ejercer de enfermera y ...de cubrir cualquier necesidad —comentó el duque de Saint Owen.

La habitación estaba en penumbra casi y el duque odiaba venir a Trioval, la mansión de Derby de su hijo mayor y donde éste residía.

No sólo porque era oscuro y frío, sino porque verlo le recordaba que allí languidecía el futuro truncado de su casa.

Weston estaba de espaldas a él, sentado en un enorme sillón frente a una chimenea agotada que no permitió que revivan. Le oía, pero no respondía.

La señora Loren, la ama de llaves y el mayordomo Patrick le habían advertido al duque del comportamiento errático del conde. Ninguna enfermera quería quedarse.

El mal carácter del otrora Capitán de Navío y conde de Nolan ya era una leyenda en el pueblo. Era gruñón, agrio y hasta violento.

Pero lo peor fue su actuación con la última enfermera quien huyó despavorida luego de denunciar que lord Nolan intentó violarla.

El duque pagó una buena suma por el silencio de aquella mujer y en su desesperación siguió el consejo de su mujer quien le sugirió buscarle una esposa al muchacho enfermo.

Derrotado lo dejó todo en manos de su mujer, quien al cabo de unas semanas apareció con un prospecto. La hija menor del marqués de Romsday estaba dispuesta a casarse con Weston y acompañarle en Trioval.

Decían que era una joven laboriosa y fuerte. Podría con su hijo y como era su esposa, se

vería obligada a cumplirle maritalmente en caso que Weston volviese a tener uno de sus ataques de lujuria.

En otro tiempo, si Weston hubiera estado sano no la hubiera aceptado, pero era la única que según su mujer se mostró dispuesta al compromiso.

Nadie quería casarse con un tullido.

Como Weston no emitía palabra alguna, el duque prosiguió.

—La boda se inscribirá en notaría bajo la supervisión del notario y el párroco. No será necesaria una ceremonia, pero se necesitará tu firma. Se hará dentro de tres semanas y ella llegará aquí siendo ya tu esposa.

Weston apretó los puños, pero siguió sin responder.

—Hijo...por favor. Intenta no hacerle las cosas difíciles.

Era como hablar con un muro.

El duque se levantó.

Ya había hecho lo que vino a hacer.

Cogió su sombrero y ya desde el umbral volteó una vez a mirar hacia el sillón donde seguía Weston sin inmutarse.

Lo mejor era volverse a Londres a toda prisa, lejos de este lugar con hedor a depresión.

Mientras estaba en el habitáculo, agradecía que la madre de Weston no estuviera viva para verlo en ese estado.

Capítulo 2

-
-
-

Trioval era una mansión de importantes dimensiones. Otrora fue un sitio vacacional y de esparcimiento para la familia del duque de Saint Owen, principalmente para los primogénitos ya que por derecho le tocaba al hijo mayor, en este caso a Lord Nolan.

Pero de sus jardines luminosos y de la sensación de vida constante no quedaba absolutamente nada. Hace dos años se había convertido en la residencia permanente de un hombre que estaba enterrado en ella en vida.

Lord Weston Nolan alguna vez lo tuvo todo.

Atractivo y fortuna.

Además de la perspectiva de ser el siguiente duque de Saint Owen.

Era un hombre de convicciones firmes e intransigentes.

Había alcanzado su edad siguiendo soltero porque tenía planeado seleccionar cuidadosamente a la que podría ser su mujer, candidatas sobaban, pero ninguna era lo suficientemente bonita y agradable para él.

Pero su actual carácter escrupuloso y minucioso no era gratuito.

Tenía sus razones para ser desconfiado.

Su padre volvió a casarse al año siguiente de enviudar con una mujer que parecía que podría reemplazar a la madre que Weston no recordaba.

La nueva duquesa no tardó en darle un hijo al duque que se convirtió en su medio hermano y de cara a la galería, la mujer era amable y trataba a Weston como a su propio hijo a tal punto de mimarlo más que al propio.

Tanto que su madrastra le daba alas y lo cubría ante su padre en sus correrías en burdeles y romances con actrices.

Asumiendo el papel de una madre abnegada y dulce volviéndose unido a ella. En cambio, con su padre fueron años muy tensos porque lo veía como una vergüenza para su casa.

Weston se lo creyó genuinamente hasta que la máscara de la realidad cayó frente a él.

Ese invierno el duque de Saint Owen enfermó gravemente y no esperaban que sobreviviera. La duquesa, al ver a su esposo en cama y aparentemente a punto de morir le hizo firmar una

declaración de indignidad por el cual despojaba de su herencia a Weston, convirtiendo a Thomas su hijo, en el auténtico heredero del ducado.

No contento con eso, la duquesa hizo varias escenas en presencia de otros de que el causante de la enfermedad del duque fue Weston por haber traído la enfermedad a la casa por liarse con furcias enfermas.

Fue ahí que Weston entendió completamente a su madrastra.

Tantos años de meticuloso cuidado sólo fue parte de su plan para estropear a Weston, mimándolo con exceso y mal poniéndolo frente a los ojos de su padre.

Pero milagrosamente y para horror de la duquesa, el padre de Weston se recuperó totalmente.

Weston decidió entonces que debía hacer un cambio en su vida.

Se enroló en el ejército y se prometió a si mismo limpiar su propio nombre y reputación. De paso superar la decepción el saber que la mujer que vio como madre por muchos años simplemente lo utilizó para sus propios planes.

Aunque su posición le permitió comprar un cargo militar luego de acabada su formación castrense, las espuelas se las ganó él sólo cuando se puso bajo las ordenes de aquel entonces Contraalmirante Horatio Nelson.

Ganó visibilidad y su primera condecoración durante el bloqueo de Cádiz cuando salvó la vida de Nelson en dos ocasiones durante aquel asalto anfibio.

Se volvió uno de los esenciales, participando en todas las campañas a bordo en forma cercana al gran héroe inglés Nelson. Años de preparación y curtido bajo el sol salado forjaron dureza en el carácter de Weston.

Su padre viendo el tremendo cambio suscitado en su primogénito rompió el documento de indignidad y le devolvió su honor de heredero.

Fueron pésimos años para su madrastra quien veía caer años de trabajo duro.

Hasta el fatídico 21 de octubre de 1805, día de la batalla naval de Trafalgar.

Ese día sangriento, hubo una decisiva victoria británica contra la coalición franco española que apoyaba a Napoleón.

Pero el costo fue muy alto.

El gran Horatio Nelson murió durante aquella batalla y Weston quien ya fungía como su jefe de navío intentó salvarlo, pero una bala de cañón explotó tan cerca que lo dejó inconsciente.

Gravemente herido nadie pensó que sobreviviría, pero lo hizo.

Su propio padre fue a verlo cuando aún estaba convaleciente y lo trajo de regreso a Londres, recibiendo varios honores en su nombre por su valor en combate.

El duque de Saint Owen tuvo que hacerlo porque Weston había perdido la vista y le costaba mantenerse en pie.

Fue ascendido a Capitán de Corbeta y de nuevo fue su padre quien tuvo que recibir el honor en su nombre ya que Lord Nolan estaba demasiado débil para presentarse.

Fue el comienzo del fin.

Por intentar recuperarlo, Weston fue internado en Trioval, pero perdió además de la vista, su propia fuerza y ganas de vivir.

Ahora vivía recluso en aquella mansión de Derby sin más compañía que de unos pocos criados.

El único que él aun podía considerar fiel era el mayordomo, el viejo Patrick, pero Weston temía que acabara vendiéndose si es que no lo hizo ya.

Y no lo culpaba, si su amo estaba con un pie en la tumba era mejor asegurar su futuro.

El resto del plantel eran espías de su madrastra. Peor aún, Weston se sentía un pelele por depender tanto de ellos.

En los últimos meses pasó varios días en cama, aquejado de diversas dolencias. Siempre estaba agotado y con dolores.

Y los médicos que lo visitaban de forma mensual parecían más matarlo que curarle.

Cuando le informaron de las negociaciones de su matrimonio, tuvo un enfado atroz.

Ya suficiente tenía con la ola de rumores que se extendía sobre él. Ese cuento de la enfermera era mentira. Pero esa mujer usó esa historia falsa para sacarle un buen dinero a su familia y destruir aún más su reputación.

Aun así, no deseaba morir sin intentar darle una lección a su madrastra así que estuvo pensando a profundidad en el matrimonio que se preparó para él.

Para su desgracia, se encontraba completamente cercado por su madrastra, sus chances de forjar planes eran casi nulas siendo que estaba rodeado de espías. En cuanto Patrick el mayordomo enviaba alguna carta a uno de los amigos del ejército, algo pasaba que nunca llegaba.

La red de su madrastra alcanzaba a interceptarlo.

Pero estuvo reflexionando con respecto a la supuesta esposa que le preparaban. Era obvio que sería espía de la duquesa, pero toda persona puede tener un límite.

Si la mujer era una secuaz de su madrastra significaba que tenía un precio y eso él podía aprovechar dándole una opción irresistible.

Que se convirtiera en madre de su propio hijo legítimo lo que acabaría convirtiendo al niño en heredero del ducado aun cuando él ya no esté, desplazando por completo a su medio hermano Thomas.

La perspectiva de ser madre de un duque y disfrutar de la fortuna a perpetuidad era una oferta difícil de rechazar.

También sumaría una aliada a sus huestes, pero debía ponerla a prueba primero.

Casarse con una desconocida nunca hubiera sido parte de sus planes de no encontrarse en una situación desesperada.

Ordenó que llamaran un notario para extender un poder y todos los documentos necesarios para avalar aquel matrimonio y que la mujer pudiera venir sin contratiempos.

Si iba a fabricar un heredero debía apresurarse antes que su mala salud acabara por matarlo.

El notario terminó de redactar y volvió a leérselo.

Patrick avaló las palabras a su señor y él procedió a firmar en el sitio correspondiente.

El propio mayordomo le ayudó a mover la mano para encontrar el sitio de la firma y que fuera plasmada correctamente.

El Capitán de Corbeta, Lord Weston Nolan y heredero de la casa de Saint Owen y en pleno uso de sus facultades aceptaba su matrimonio con la señorita Jillian Romsday.

.
. .

Aún tenía tibio el abrazo de su padre de cuando la despidió a la salida de su casa en Londres.

Dos cajas de baúles más su doncella personal Katherine era todo cuanto Jillian se llevaba a Derby.

Transcurrieron varios días mientras se trabajaba en el papeleo correspondiente que comenzó inmediatamente al recibir la aceptación de Lord Nolan.

Oficialmente ya no era la señorita Romsday, sino Lady Nolan.

Todas sus hermanas le enviaron una carta por separado para felicitarla por su boda, pero Helen fue la única que apareció el día de la marcha.

Aunque su hermana apareció para burlarse de la particular situación, Jillian agradeció tenerla cerca ya era más fácil entretenerse en juegos de palabras con Helen y no estar sola para

deprimirse en soledad.

Aunque su doncella Katherine era fiel, ella necesitaba más compañía.

El viaje fue ciertamente tedioso para Jillian.

No sabía que esperar ni que encontrar en aquel lugar pese a que su padre e incluso su nuevo cuñado quien estuvo presente en la firma de la boda por poderes le describieron Trioval.

Por eso, su sorpresa fue grande al llegar y toparse con aquel edificio oscuro y casi lúgubre.

Cuatro criados esperaban en la entrada asemejándose a cuervos esperando por devorarla.

Al bajar, el panorama fue aún más tétrico.

La fachada de la casa necesitaba además de limpieza y renovación.

Como si la mansión también hubiera caído en las tinieblas como su propietario.

El mayordomo se presentó y fue el más agradable.

La mujer que decía ser la ama de llaves, la tal señora Loren le hizo una reverencia que a Jillian le pareció grosera y forzada. También se dio cuenta que la miraba no como una sirvienta mira a su señora, sino con displicencia.

Pasó por alto aquel detalle y los lacayos bajaron sus baúles.

—Ordenaremos acomodar sus pertenencias en la habitación —fue explicando el mayordomo mientras pasaban al interior de la mansión y le enseñaba la sala y los otros salones de la entrada.

Era enorme, pero Jillian no pudo evitar notar algunas capas de polvo adornando algunas mesas. El sitio estaba descuidado y varios muebles se hallaban rotos.

Pero cuando Patrick le iba a enseñar el resto de la planta baja, un criado vino corriendo a susurrarle algo al oído. Jillian notó que venía de arriba.

El rostro de mayordomo se puso azaroso.

—Milady, temo que la visita y el reconocimiento del resto de la casa puede esperar.

— ¿A qué se refiere, señor Patrick?

—Milord ha pedido conocerla.

Jillian sabía que eso tarde o temprano pasaría así que no era extraño. Estaban legalmente casados y al menos debían verse las caras. Bueno, al menos ella lo haría ya que él estaba ciego.

—Katherine, lleva el equipaje más pequeño y que preparen té —ordenó a su doncella.

—Milady, temo que el señor ha pedido por usted únicamente. Explícitamente ha ordenado que nadie más se acerque.

Jillian se desconcertó.

Inapropiado y grosero eran las únicas palabras que se le ocurrían.

Tampoco iba a objetar aquella orden. Lord Nolan era el amo y ella una recién llegada.

Notó el temor en los ojos del mayordomo y del lacayo que trajo la orden.

Así que con toda dignidad comenzó a subir los escalones y el único que la acompañó fue el mayordomo sólo para enseñarle la puerta correcta.

Los pasillos eran largos y su estado no era diferente al resto de la casa. Con un aire vejestorio y con cierto olor a humedad.

Finalmente, el hombre le señaló la puerta.

—Milord se encuentra allí —le dijo con cierta vergüenza—. Milady, me aseguraré de mantener a todos lejos de esta habitación, pero siempre podréis hacer uso de las campanillas para llamar a los criados.

Esta última frase el hombre se lo dijo con bochorno porque hasta él sabía lo que estaba a punto de pasar.

Lord Nolan no la estaba llamado para jugar a la última cena, sino para conocer a su nueva mujer y consumir lo que deba consumarse.

Por primera vez desde que firmara el acta matrimonial, Jillian tembló.

Por fin parecía darse cuenta del peso de la verdad que estaba a punto de absorberla. Siempre había pensado en los posibles beneficios futuros de aquel matrimonio y nunca en los efectos prácticos del mismo. De hecho, hasta pensaba que con la fama de mala salud del conde ella se vería librada de cumplir sus deberes de esposa.

Así que cuan ternera a punto de entrar al matadero, la joven empujó la puerta sin golpear mientras notaba con el rabillo del ojo que Patrick se marchaba a toda prisa para volver a tomar las escaleras.

El sitio estaba oscuro y la habitación estaba fría. Lo que pudo notar de inmediato es que el sitio era enorme y la chimenea estaba apenas encendida.

Apenas había muebles además de la cama, una mesa con una jofaina de agua y un par de sillas antiguas de aspecto lamentable.

Un sillón más importante estaba ubicado justo frente a la chimenea. Por la sombra, Jillian entendió que el ocupante de aquella habitación estaba sentado allí. Pudo vislumbrar su cabello oscuro desde atrás.

—Acérquese —una voz habló desde el sillón.

Ella se asustó por la brusquedad y comenzó a temblar de nuevo. Creyó haber oído mal.

— ¿Acaso es sorda? —insistió la voz de forma nada amable.

Aunque estaba muerta de miedo, Jillian no pensaba hacérselo tan fácil. No conocía a esa persona.

— ¿Quién es usted? —se atrevió a preguntar con voz apenas segura pero no iba a avanzar hasta saber de quien se trataba.

—Ya le habrán informado que es la habitación del conde de Nolan —respondió—. Déjese de remilgos y acérquese.

El hombre era su marido y por primera vez Jillian pareció caer en cuenta de la realidad que llevaba semanas tejiéndose. Era la esposa de alguien y estaba obligada a obedecerlo. Pero no esperaba que fuera tan brusco.

Con cautela comenzó a acercarse y finalmente el suave resplandor que emanaba de la chimenea reveló completamente al hombre sentado.

Al hacerlo, quedó sorprendida.

Por la grosería y los cuentos que había oído antes de casarse esperaba a un hombre avejentado y hasta parecido a algún contemporáneo de su propio padre con los achaques de la edad.

Un hombre joven sin lugar a dudas y muy atractivo pese al nulo esfuerzo que llevaba por verse bien a causa de la barba descuidada y las marañas de cabello negro que le llegaban al hombro.

Aun así, fue capaz de distinguir unos ojos azules enormes. Una ligera capa blanca la cubría lo que denotaba la ceguera de su portador, pero Jillian quedó pasmada de su belleza.

Una camisa descuidada y semiabierta revelaba un pecho que parecía ser fuerte y sus brazos eran grandes. Hasta podía rodearla a ella si quisiera y eso era mucho porque no era pequeña.

Jillian volvió al rostro de su interlocutor.

Fuera de todos los pelos y la patente falta de vista, la forma de sus cejas y pestañas tupidas en conjunto con un rostro armonioso revelaban a un hombre atrayente.

Excepto cuando abría la boca.

—Acérquese —volvió a ordenar el hombre con voz ronca y como ella dudaba él volvió a insistir—. Le he dicho que se acerque, quiero asegurarme el tipo de mujer que es.

La frase sumamente ofensiva indignó a Jillian, pero él alargó un brazo para que ella le pasara el suyo. Con miedo y desconfianza acercó su mano para tocar el brazo del hombre. Él aprovechó el contacto para tironearla.

Ella lanzó un grito del susto.

—No haga tanto escándalo, no sea ridícula ya que se supone que usted es mi mujer.

Jillian iba a replicar irritada, pero al instante sintió aquellas enormes manos cálidas palpándole las caderas como si ella fuera una masa de pan.

No contento con esa examinación, el hombre alzó su falda y comenzó a toquetear sus piernas como si estuviera verificando su textura y su grosor.

— ¿Qué está haciendo? —ella intentó desasirse, pero, aunque el hombre era ciego era mucho más fuerte que ella. No la soltó.

—Sólo verifico la adquisición...

— ¿Cómo se atreve...?

Él siguió con su indagación física, totalmente ajeno a sus reclamos, pero cogiéndola con firmeza para que ella no escapara.

Finalmente la soltó y ella en un gesto automático le dio un golpe en el rostro, pero él ni siquiera se inmutó.

— ¡Descarado!

— ¿Acostumbra usted a vaciarse las alacenas de la despensa? Esas caderas no son como la de las señoritas que me gustaba catar antes.

Así que era para inspeccionarla.

Jillian pestañeó rabiosa. Ese hombre era insufrible.

—No importa, no estoy aquí para recordar épocas mejores —concluyó el hombre—. Tiene buenas caderas y pechos, asumo que no tendrá problemas en parir y expulsar herederos.

Si el toqueteo físico le dio terror, aquella ordinaria franqueza la asustó aún más.

—Al casarme aquí ya me advirtieron de usted —respondió Jillian.

—Pues de usted no me dijeron nada, pero asumo que también es mandada por mi madrastra, así que le daré un premio mejor para desplazar cualquier cosa que ella le haya prometido.

Jillian parpadeó confusa.

¿Trato con su suegra?

¿De que hablaba este patán?

—Cumpla con ella y gánese la limosna que le prometió —ofreció él—. O conviértase en la madre de mi heredero ya que posiblemente ni siquiera sobreviva para ser el duque así que saldrá ganando. Mi hijo legítimo desplaza a ese petimetre de Thomas y usted quedará como la madre de un duque y una rica viuda respetable.

—No sé de qué trato con su madrastra se refiere —refirió Jillian, confundida.

Él bufó.

—Las palabras sobran en este momento y usted aceptará porque le conviene —él se levantó revelando una impresionante altura porque le sacaba como dos cabezas o más a Jillian—. No hay tiempo que perder, es la noche de bodas ...y voy a poner un hijo en su vientre.

— ¿Qué...?

—Yo soy ciego, pero usted es sorda... vaya combinación...—farfulló Weston—. Le estoy diciendo que se tienda en la cama, levante la falda y abra sus piernas porque haremos un hijo esta noche.

Capítulo 3

•
•
•

Horrorizada, Jillian intentó escapar cuando sintió que el conde estiraba el brazo tanteando encontrarla para cumplir su amenaza. Por supuesto, la joven chocando con la otra mesa fue capaz de desasirse, pero él parecía una fiera furiosa intentando cazarla a oscuras.

Como presagio de una obra de teatro de horror, el clima no ayudaba y comenzó a relampaguear iluminando un poco la oscura habitación y lo vio claramente en todo su esplendor y altura. Parecía un depredador.

— ¡No sea ridícula y acérquese! —bramó él

La joven corrió hacia la puerta e intentó abrir, notando que se encontraba llaveada. Ese mayordomo la encerró y aparentemente estaba coludido con su señor para eso.

Intentó forzar la puerta, pero fue naturalmente imposible pero el sonido que hizo con la cerradura alertó a Weston hacia donde podía encontrarse.

— ¿Acaso quiere alertar a toda la maldita mansión? —gruñó él, pero al hacerlo comenzó a toser

Al inicio a Jillian no le extrañó, pero luego el conde siguió tosiendo y llevándose la mano al pecho hasta caer al suelo.

—No puedo respirar...—alcanzó escuchar Jillian, quien desconfiada que no fuera una jugarreta del hombre no se movió, pero cuando el conde cayó lo hizo sobre la raída mesilla haciéndola pedazos en el íterin.

Eso no era fingir y Jillian corrió a auxiliarlo.

Llevó su cabeza a su regazo al agacharse y notó que le brotaba sangre de algún lado de la cabeza. La caída fue estruendosa y que él comenzara a respirar con dificultad la atemorizaron y no dudó en coger la campanilla y llamar a los gritos a Patrick, el mayordomo el único nombre que sabía de esa casa.

Enseguida el ruido del cerrojo a toda prisa, y el mayordomo junto a los otros criados entraron a tropel. También Katherine su doncella acudió asustada.

— ¡Llamad a un médico ahora mismo! —gritó Jillian

— ¡Oh, Lord Nolan! —el mayordomo se asustó de ver al conde en el piso y ordenó rápidamente a los criados que portaban las velas que fueran a traer al médico.

Entre todos, incluida Jillian y Katherine ayudaron a cargar al conde a su cama quien languidecía por la falta de aliento e intentaba decir algo, pero no podía.

—Traed agua —volvió a ordenar Jillian a la ama de llaves que estaba parada junto a la cama pero que no había movido un dedo para ayudar desde que llegó.

Jillian lo notó y le hizo una seña a Katherine para que lo hiciera.

— ¿Qué le habéis hecho al conde para que cayera así? —comentó la señora Loren.

— ¿Y usted está aquí para juzgar? No ayuda en nada así que lárguese de esta habitación en este preciso momento —Jillian no entendía la rebeldía de aquella mujer.

—Yo sigo órdenes directas de la duquesa de Saint Owen, la madrastra del conde. Solo ella puede ordenarme y no una recién llegada —contestó la mujer.

Jillian nunca había visto una criada tan atrevida, pero era cierto, era una recién llegada y su recién estrenado esposo había tenido una caída y padecía una crisis respiratoria. No era hora para poner en su lugar a aquella mujer.

Mientras ayudaba a mojar la frente del conde, vino llegando un hombre con una maleta junto con los criados que fueron poco antes. Era muy joven y Jillian no podía creer que fuera médico.

—Lady Nolan —la saludó y luego se acercó al lecho del enfermo—. Llevad a la señora a la sala mientras hago las curaciones —pidió.

El señor Patrick le hizo una seña a uno de los criados.

—Que las cocinas preparen té para Lady Nolan y acompañadla.

Jillian decidió salir. Era lo mejor, aunque se sentía muy aliviada en el fondo que el conde recibiera atención médica tan pronto.

Los criados la atendieron bien y enseguida apareció un té caliente frente a ella.

—Milady, esa ama de llaves fue muy grosera —le susurró Katherine

—Parece que es la favorita de la duquesa o de lo contrario no se mostraría tan segura en su grosería —reflexionó Jillian bebiendo el té.

—Pero usted es la condesa de Nolan.

—Todavía no tengo claro que ocurre aquí pero cuando lo haga me ocuparé de ella, eso tenlo por seguro —comentó Jillian en voz baja.

Una hora después, ese médico tan joven bajó.

No parecía alarmado.

—Milady, el conde ha sufrido un corte en la altura de la cabeza, pero ya ha recibido medicina, pero me preocupa este episodio de ataque de su tuberculosis.

Jillian abrió los ojos espantada.

— ¿El conde tiene tuberculosis...?

—Bajo tratamiento desde hace un año —especificó el médico.

—Nadie me había dicho nada.

—Milady, el conde tiene sus idas y venidas...y aunque su enfermedad puede ser catalogada como terminal, ha seguido tratamiento suficiente para preservar la vida.

Luego de dicho eso, el médico se marchó dejando unas indicaciones al señor Patrick.

Jillian quedó de piedra oyendo aquella sentencia.

Acabó sentada en el sillón, siendo arropada por su doncella.

El asunto con Lord Nolan era aún peor de lo que le habían dicho.

—Pero como sea su mala salud no le impide ser un palurdo —murmuró para si

— ¿Habéis dicho algo, Milady? —preguntó Katherine

— ¿Se encuentra lista la habitación adjunta a la del conde?

—Sí, Milady.

—Diles que lleven mis cosas allí...permaneceré en esa habitación hasta que el conde muestre indicios de mejora —ordenó, aunque en su fuero interno pensaba que quizá el conde no pasaría del invierno.

Katherine se retiró a cumplir la última orden y Jillian quedó sola en el salón.

Estaba agotada pero todavía no lograba entender a los miembros de esa casa. Lo primero que haría al tener un poco de privacidad en su nueva habitación sería escribir una larga carta a su amiga Jenna y pedir consejo.

Cogió la taza de té y notó que ya estaba vacía. La tetera ya se encontraba fría.

En eso, esa insufrible ama de llaves la señora Loren cruzó el salón llevando una palmatoria.

—Ordene a la cocina que me lleven más té a la habitación —pidió mirando a la mujer

En parte lo hizo como desafío ante una criada tan insolente.

La señora Loren hizo una reverencia burlona asintiendo.

Jillian cogió la puntilla de su vestido y subió las escaleras. Le dolía la espalda y las piernas del viaje y del trajín que sufrió con el conde.

Demasiadas emociones en una sola tarde.

Cruzó frente a la puerta del conde y no entró.

El conde dormía y no valía la pena despertarlo.

La habitación que le prepararon era sencilla, mucho menos de lo que hubiera esperado de una familia tan rica como la de Saint Owen. Aunque Jillian ya comenzaba a deducir que, ante la ceguera de su señor, los criados hacían lo que querían.

Bueno, menos la tal señora Loren quien parecía tener una agenda propia.

Buscó papel y tinta y comenzó a escribir luego de que Katherine la ayudara a cambiarse a un camisón y le trajera el té.

Era una carta para su amiga Jenna donde le contaba con lujo de detalles lo que había visto, así como las desafortunadas y extrañas circunstancias en la que vivía su ahora esposo.

De algún modo, escribir sobre sus penurias y dificultades comenzó a despertar en ella una inaudita empatía por ese hombre.

Tan joven y tan enfermo. Además, claro de estar privado de la vista.

Probablemente de estar sano, era el tipo de hombre que jamás se fijaría en ella. Físicamente era el ideal inalcanzable de los salones y a los que usualmente se llamaba calavera por sus muchas aventuras.

Al hacerlo, un inoportuno recuerdo brotó en ella llenándola de vergüenza y enrojeciendo sus mejillas. La sensación de aquellas grandes manos recorriendo sus caderas sin pudor o bochorno.

Nunca jamás había sido tocada de esa forma y ni siquiera sabía que fuera capaz de sentir algo cuando alguien le hiciera eso.

Su rostro se puso caliente de la simple remembranza.

Se llevó las manos a la cabeza e intentó concentrarse en la carta que estaba escribiendo. Debía terminarla esa noche para enviarla mañana, sabe dios cómo.

Además, la fatiga mental de elaborarla podría ayudarla a sofocar aquellas ideas inconvenientes.

.

.

.

Por la mañana, Jillian procuró seguir su rutina normal como cuando vivía en casa de su padre.

Se levantó alrededor de las ocho y Katherine se encargó de vestirla.

Pero cuando pidió el desayuno a la habitación, volvió a encontrar el mismo drama del día

anterior.

Que la señora Loren, la ama de llaves aducía que una regla principal en Trioval es que se desayunaba en la mesa principal con excepción del amo, quien por salud lo hacía en su habitación.

—Esto es ridículo —se quejó Jillian mientras Katherine la peinaba

—Igual conseguí alzar la tetera caliente y me robé unos panecillos —comentó orgullosa la doncella.

—Daremos cuenta de eso, de todos modos, tengo que visitar al conde antes de bajar —adujo Jillian recordando que tenía que visitar a su esposo.

Por los ruidos en el pasillo, dedujo que ya le habían llevado el desayuno. Quizá ya estaba despierto. Todavía no estaba familiarizada a los hábitos del conde.

— ¿Llevaste la carta? —preguntó Jillian

La doncella titubeó para responder.

—Si...pero.

— Pero ¿qué...?

—El lacayo hizo un gesto extraño al recibirla.

—No los conoces bien.

—Pero conozco cuando se traen algo —comentó la doncella

A Jillian no le parecería raro que interceptaran sus cartas. Toda la noche estuvo pensando en las palabras de su marido y su sospecha sobre su alianza con la madrastra.

Jillian sabía que el gran heredero actual si Weston moría era el hijo de la duquesa, medio hermano de Weston.

Siempre lo creyó una simple rivalidad, pero aparentemente era más profundo que eso y explicaba hasta el comportamiento salvaje de la ama de llaves. Y de todos.

—Cuando nadie esté viendo, pasa a la oficina postal y pregunta por mi carta —encomendó Jillian a su doncella.

Katherine era muy eficiente y no sería difícil para ella eludir la vigilancia. Si es que las sospechas que tenía eran ciertas.

Se miró al espejo una última vez y terminó de echarse su fragancia favorita que era un delicioso ciruelo blanco que fue regalo de su padre.

Era hora de enfrentar de nuevo a su esposo.

La puerta de la habitación del conde no se encontraba cerrada. Se encontraba semiabierta,

pero igual casi completamente a oscuras por las cortinas cerradas y apenas un par de velas para alumbrar.

Lord Nolan se encontraba sentado en la cama. Tenía la cabeza vendada por el golpe que se hizo la noche anterior.

El señor Patrick preparaba los implementos para afeitarse a su señor con la jofaina y las cuchillas.

Ella entró sin hacer ruido, tanto que el mayordomo no se percató que ella había entrado.

Sus pasos eran silenciosos a la par de sus ojos fijos en el hombre sobre la cama. La ventaja que fuera ciego es que ella podía verle todo lo que quisiera sin que fuera vergonzoso.

—Pero si es mi esposa la que hace el honor de entrar, luego de haberme provocado esta herida —la voz del conde la interrumpió.

Jillian quedó petrificada en un sitio y hasta Patrick se asustó al verla, apresurándose en hacer una reverencia a la nueva condesa.

— ¿Cómo...? —preguntó Jillian

—A menos que Patrick se haya hecho habituado a ciertos modos, la única persona en esta casa que huele a ciruelo blanco es usted. No puedo verla, señora Nolan, pero sí olerla.

Jillian abandonó la precaución y se acercó a la cabecera de la cama.

—Imagino que ha de estar festejando su próxima viudez, señora Nolan —el conde volvió a hablar al sentir que la mujer se había acercado.

Aunque anoche pensó en él con cierta empatía y lastima, Jillian no pensaba dejarse ganar en aquel duelo de palabras.

—Si pronto voy a ser viuda, al menos debí ser informada de las causas. Nunca hablaron de este diagnóstico.

—No se preocupe que viviré lo suficiente para atormentarla.

—Todavía me debe explicaciones de su actuación de anoche —Jillian no pensaba dejárselo fácil.

El hombre pareció sorprendido que su contendiente fuera tan directa.

—Y hasta que asuma su trato con mi agraciada madrastra temo que no tendremos puntos en común.

—No tengo ningún trato con su madrastra ni con nadie.

—Pues no le creo.

—Pues creo que debería trabajar con ese problema de confianza —Jillian miró al

mayordomo—. ¿Confía ciegamente en su mayordomo?

—Más que usted, eso se lo puedo asegurar. Él ha hecho mérito, aunque quizá me traicione más adelante. Usted en cambio es una extraña.

— ¿Se ha dado cuenta que soy su esposa?

—Justamente yo no la escogí.

—Pero estuvo de acuerdo, así que usted ayudó a cavar su propia tumba.

Weston sonrió y Jillian no pudo evitar notar el perfecto trazo que daban sus labios denotando una cuidada dentadura. Podía tener barba y un cabello de indígena, pero evidentemente el hombre tenía manías que no descuidaba.

— ¿Se cree muy lista?

Jillian miró al mayordomo quien seguía trabajando en los implementos. Evidentemente no iba a salir así que Jillian se sentó en el sillón al costado de la cabecera del conde.

—Tanto como para defenderme de una falsa acusación.

Jillian aprovechó para dar una mirada a la estancia.

La habitación no era sucia, pero se encontraba muy descuidada con el escaso mobiliario. También era fría y Jillian no entendía como podían permitirlo siendo que padecía una enfermedad pulmonar tan grave.

Weston volvió a sonreír.

— ¿Por qué está callada? Supongo que estará divirtiendo sus retinas mirándome —Weston retiró la sabana descubriendo su torso desnudo—. Vamos, le doy chance que vea todo lo que quiera.

Aunque Jillian iba a indignarse, era imposible no fijarse en aquel pecho esculpido pese a todas las tribulaciones de su propietario.

—Ya quisiera usted...—masculló la joven

Weston rió.

—Cuando acepté esto, me informaron que tenía usted veinte años ¿es cierto?

Jillian enarcó una ceja.

—Me sorprende su educación al preguntar. Ya se estaba tardando.

—No es un asunto vergonzoso que haya pasado como cuatro temporadas sin casarse —agregó Weston sentándose al borde de la cama mientras Patrick iba a proceder a afeitarlo —. O era esto o permanecer a merced de su primo quien es el heredero de su padre y que dicen es un auténtico patán.

— ¿Acaso lo conoce? ¿Fueron a la misma escuela de patanería?

— ¿Seguirá negando su afiliación con mi madrastra? —insistió Weston

—Totalmente porque no he visto a esa dama más que un par de veces y en la segunda siquiera me dirigió la palabra.

Jillian había entrado para saludar a su nuevo esposo y en cambio debía defenderse de algo del cual era inocente.

Era desconfiado, grosero y sumamente gruñón.

Pero por algún motivo Jillian era incapaz de tener un ataque de rabia contra él. Estaba enfermo y ciego. Se negaba a morir y quizá por ello podría respetarlo. Pero ya se perfilaba como un esposo desconsiderado, pero, aunque ella era quien más necesitaba de este matrimonio, también poseía garras y dientes.

Patrick terminó de secar el rostro de su señor.

—Vamos, salga de aquí mientras converso con mi nueva esposa —ordenó el conde.

Jillian vio salir al hombre quien, aunque Lord Nolan no podía verlo, igual se inclinaba a hacer la reverencia.

Cuando el sonido de la puerta delató su marcha y el ruido de los zapatos al mayordomo arrastrándose por el pasillo que no se hubiera quedado a espiar tras la puerta, fue que el conde volvió a hablar.

—Asumo que tendrá el rostro despavorido. Vamos, no tema Lady Nolan que no voy a consumir el matrimonio en este momento.

Jillian no podía creer que existiera un hombre tan atrevido y amoral.

— ¿Y qué quiere decirme? Por algo se deshizo de su mayordomo —replicó Jillian observando que el conde volvía acomodarse sobre la cama.

El cabello seguía descuidado, pero sin aquella barba, el conde lucía aún más atractivo. Tenía unas facciones masculinas pero finas denotando su afinidad aristócrata aun pareciendo un palurdo.

—Que quiero que sepa que necesito un heredero y sólo por eso, decidí tolerar su presencia, pero imagino que si usted sigue las ordenes de mi madrastra nunca me proporcionará al niño. Sólo vino aquí a esperar a ver mi muerte efectiva. Así que está en usted aceptar o rechazar mi contraoferta que es más de lo que mi madrastra le ofreció —Weston se acarició la barbilla recién afeitada—. No confío en usted, pero sí en su ambición, así que entenderá lo que le digo.

Si Weston no hubiera estado ciego, hubiera visto el rostro enrojecido de Jillian hasta las orejas.

—Sufre usted de una franca grosería...

—Y usted posiblemente de dotes de actriz bien consumada —Weston no se quedó atrás—. Lo que daría por ver su cara cuando le digo estas verdades ¿no le parece divertido? Un hombre de mi posición casado con una mujer de la que antes no se hubiese fijado, a tenor de la descripción que me dio el mayordomo y de mi propia exploración de anoche.

Jillian había estado divertida hasta ese momento.

Su baja autoestima se vio reflatada.

Si no estuviera ciego y enfermo jamás nos habríamos cruzado.

No necesitaba al conde para recordar que iba camino a convertirse en una solterona hasta antes de esto.

Unas lágrimas silenciosas aparecieron en sus ojos antes de que su conciencia pudiera frenarlas.

Se las limpió como pudo, pero ya no podía seguir en esa habitación con ese hombre y su crueldad.

Se levantó cogiendo las puntillas de su vestido.

—Así que se va...

—Necesito ir a la habitación a vigilar que acomoden lo que traje en los baúles —mintió

Y salió rápidamente antes de que él volviera a detenerla con alguna frase maliciosa.

La nueva condesa necesitaba salir de aquella habitación y no regresar si es posible.

Capítulo 4

-
-
-

Jillian tuvo mala noche.

No por el té horrible o la cena desabrida que le llevaron, sino por el malhumor que le produjo las hirientes palabras del conde. No le molestaba que la acusara de espía pero que tocara la llaga en su herida de escasa autoestima y mencionara que pasó cuatro temporadas sola porque no era el tipo de mujer que los hombres querían.

Sólo él tenía que cargar con ella al estar ciego y enfermo.

Lloró bastante en la noche y eso la ayudó a desahogarse.

Por la mañana, la criada le subió el mismo té malo. Lo recibió, pero ya no lo bebió. Encargó a Katherine que le preparara uno que si pudiera beber.

Pero seguía enojada y no pensaba visitar al conde en sus habitaciones.

Mientras Katherine la vestía, veía los ventanales. Lugar y aromas deprimentes.

Propietario insufrible y criados groseros.

Acercó uno de los panecillos a su boca y volvió a escupirlo. Estaba malo y arrojó el trozo al suelo.

—Milady, fue imposible conseguir más comida en las cocinas —le informó con pena la joven doncella mientras acababa de vestirla.

—No tengo hambre de todas formas —murmuró Jillian—. Luego de acabada la faena aquí, irás a la oficina postal a investigar lo que te dije.

—Pero no puedo dejarla sola, Milady.

Jillian entornó los ojos.

—No te preocupes que me mantendré lo suficientemente ocupada como para despistar a estos criados acerca de tu marcha.

La doncella pestañeó confusa pero ya estaba acostumbrada a las excentricidades de su joven señora. No iba a refutarla.

Katherine se marchó sigilosamente poco después.

Jillian quedó sentada frente al modesto tocador mirándose el rostro. Era como si el reflejo fuera la cara del conde echándole en cara su escasa belleza.

Apretó los puños de rabia.

Se limpió una lagrima inoportuna.

—Soy la condesa de Nolan y todavía puedo hacer lo que me venga en gana. Si ni los criados parecen temer a mi esposo ¿Por qué yo sí?

Se incorporó repentinamente y abrió la puerta. En vez de girar a la izquierda hacia donde se encontraba la habitación del conde, la muchacha fue hacia el otro lado y en un gesto inaudito comenzó a empujar todas las puertas del pasillo.

Todas eran habitaciones de huéspedes y no eran del tamaño que ella quería.

—No sirve —decía cada que se topaba con una habitación pequeña.

Volvió a girar una vez más a mirar la puerta de la habitación de su esposo. Pareciera como si eso le inyectara aún más rabia.

Finalmente, tres habitaciones más adelante se topó con una que era más grande de las otras. Pero, aunque estaba descuidada, no era una simple habitación de huéspedes, parecía un despacho privado ya que había un escritorio, sillas y algunos estantes de libros polvorientos.

Jillian conocía el despacho que se hallaba en planta baja, aunque en desuso allí estaba la biblioteca principal y el escritorio principal del amo.

Jillian tuvo una idea que hizo que la sonrisa le regresara al rostro.

Entró a la habitación y llamó a la campanilla.

Que vinieran todos los criados.

Jillian se estaba paseando por la estancia cuando entraron el señor Patrick, la señora Loren y los dos criados.

— ¿Ocurre algo, Milady? —preguntó el mayordomo, extrañado de verla allí.

—Limpien esta área —ordenó la mujer—. Y trasladen todos los libros y documentos en alguna de las habitaciones vacías. Sáquenlo todo con excepción del escritorio.

—Milady...este es el estudio privado del señor.

—Pues no creo que se moleste porque no va a usarlo.

El mayordomo incómodo intentó razonar con Jillian, pero en ese momento el otro lacayo apareció diciéndole que había venido uno de los proveedores y deseaba hablar con él.

El hombre no tuvo más remedio que irse porque llevaba toda la mañana aguardando por ese hombre y tenían cuentas que arreglar.

Jillian se quedó sola con la ama de llaves que no movía un dedo y el otro criado quien parecía indeciso entre cumplir las órdenes de la condesa y las palabras de la señora Loren.

— ¿Acaso no me habéis oído? —insistió Jillian.

La señora Loren hizo una reverencia bien falsa y burlona.

—Milady, la duquesa había ordenado que no se toque ni cambie ninguna de las estancias. Como sabe, nuestra ama es ella, aun por encima vuestro y del propio conde.

Jillian ya esperaba que la mujer sacara esas extrañas agallas para enfrentarla.

— ¡Entonces largo de aquí! —ordenó—. Yo misma me encargaré de hacerlo ya que el servicio de esta casa insiste en desobedecerme.

Sacó a empujones a esos dos majaderos y puso el cerrojo a la puerta para que no volvieran a importunarla.

Ella misma iba a limpiar y acomodar ese lugar a su antojo.

Iba a acondicionarla como su taller de diseño y sala de dibujo. Adrede empujó el enorme escritorio haciendo todo el ruido posible para que toda la casa la oyera. Empezó a echar al suelo los libros y pasarle la plumilla de tanto polvo.

Se aseguraba de cada movimiento se hiciera oír en toda la casa.

Además de crear un espacio de trabajo para ella, se iba a asegurar de molestar a su marido.

.
. .

Los ruidos estridentes y molestos no cesaban. Como si una turba se hubiera apoderado de una de las habitaciones del pasillo e hiciera estragos.

Weston iba a coger la campanilla que colgaba junto a la cama y llamar furiosamente al mayordomo, pero antes de hacerlo la puerta se abrió.

—Milord, justo os traía la comida.

— ¿Me puede decir que demonios es ese ruido?

El señor Patrick titubeó.

—No pudimos evitarlo, milord...

— ¡Hable de una vez!

—Es la condesa, milord. Insiste en arreglar el antiguo estudio privado y convertirla en su propia estancia de diseño.

— ¿Y eso ha movilizado a todos los criados?

—No, milord...sólo es ella. Lleva como dos horas encerrada haciendo ruido en la habitación.

Weston frunció la boca.

Que mujer tan insolente metiéndose en donde no la llamaban.

El mayordomo le acercó la mesilla sobre la cama, pero apenas se llevó un bocado a la boca y otro insoportable ruido emergió de aquel lugar.

Era evidente que esa mujercita lo estaba haciendo a propósito para molestarlo.

La comida era mala como siempre, pero por alguna razón, Weston las engulló con rapidez haciendo otro tanto de ruido. Le parecía hasta más placentero ese sonido que el estruendo que se producía en las otras habitaciones y que le llegaba como eco ensordecedor.

Volvió a morder otro trozo del bocado. Hizo mala cara porque era imposible disimular que la comida era horrible.

—Tengo que darle mérito a la nueva condesa —mencionó Weston.

— ¿Milord? —preguntó confuso el mayordomo, quien seguía parado cerca atento a su señor.

—Que gracias al estruendo que está produciendo tu nueva señora hasta me olvidé por un segundo lo malo que están estos platos —empujando la bandeja. Una cosa era tener hambre, pero otra castigarse comiendo esa bazofia.

—Si usted lo ordena podemos buscar un cerrajero que abra la puerta para detenerla.

—Déjala que se divierta —decretó el conde—. Pero luego dile que venga a cenar a esta habitación porque quiero oírla.

—Como ordene, milord.

Sin duda esa esposa suya era muy particular, pero él era experto en asediar mujeres como ésa.

.
.
.

Horas después, el futuro estudio de Jillian lucía totalmente distinto con las ventanas abiertas y los muebles que se movieron. Los libros se dispusieron en una caja y los quitó en el pasillo aprovechando que los criados ya no hacían guardia frente a ella.

Katherine apareció justo a tiempo para traerle un té y comunicarle lo que había averiguado en la oficina postal.

—La carta fue abierta y revisada antes de volverla a sellar, pero fue enviada —informó la doncella.

Jillian quien en ese momento estaba desenredando la cortina no se extrañaba.

Como sospechaba, de la casa no salía correspondencia que no fuera aprobada. Consideraron la carta como una simple cotilla entre amigas y lo dejaron ir, pero esto le daba la pauta a Jillian de que debía andarse con cuidado.

—Katherine, ayúdame con esos sillones. No saldré de aquí hasta conseguir tener un estudio —pidió la condesa y cuando la doncella se acercó, le susurró—. Asegúrate de hacer chirriar las patas por el piso porque quiero que lo oiga todo el mundo, pero en especial ese hombre insufrible.

.
. .

A la hora cercana a la cena y como las mujeres no salían siendo que el alboroto había cesado hace tiempo, Patrick fue a tocar la puerta.

El conde le ordenó que su esposa cenara con él.

Tocó varias veces más, pero nadie salió.

Eso lo alarmó.

¿Y si la condesa se golpeó la cabeza y cayó inconsciente?

La rocambolesca imaginación del mayordomo se desbordó y corrió a buscar a los otros criados para intentar abrir esa bendita puerta.

Los sirvientes trajeron palancas y algunos implementos para intentar forzar la puerta ya que la señora Loren dijo que la copia de la llave se había extraviado.

Pero cuando iban a hacer un movimiento definitivo la puerta se abrió asustando a la tropa.

Era una Katherine soñolienta quien se apresuró en llevarse un dedo en los labios para que los criados hicieran silencio.

— ¿Cómo os atrevéis a entrar a la habitación donde se encuentra la condesa?

—Señorita Katherine, buscábamos a Milady para cenar con el conde.

—Pues tendrá que esperar.

— ¿Esperar que?

—Que la condesa despierte ya que se quedó dormida luego de haber limpiado lo que vosotros os rehusasteis hacer.

Dicho eso, la doncella volvió a cerrarles la puerta en el rostro sin el menor cuidado.

.

.

.

Luego de asearse y de que Katherine le cambiara el vestido, Jillian se alistó para presentarse en la habitación de su marido, al que no había ido a visitar en todo el día.

Había dormido casi tres horas, muy agotada luego del esfuerzo físico que significó limpiar su nuevo estudio. Trabajar en diseños y manualidades era su actividad favorita y eso le serviría para canalizar sus emociones y su propia situación junto a su esposo.

Cuando estuvo en la escuela de chicas y luego en casa con la institutriz tuvo oportunidad de capacitarse y despertar aquella faceta suya. También contó con la ayuda de un tutor, el señor Bleinman con quien dio clases por casi un año en compañía de otros estudiantes.

Todas las mesas de la mansión de su padre fueron diseñadas por ella. También ideó el jardín de una de sus hermanas.

Era muy buena componiendo paisajes y colores adecuados. También se le daban muy bien las formas.

Katherine terminó de anudarle el vestido y salió de la habitación.

Gracias al inmenso esfuerzo físico pudo olvidar el mal rato por causa de la grosería del conde.

Cuando cruzó la habitación, notó que él estaba sentado en la mesilla con la cena dispuesta.

Estaba vestido de modo informal con una camisa apenas anudada y sus pantalones oscuros. Totalmente inadmisibles si se le ocurriera compartir una mesa con visitas, pero Jillian ya iba acostumbrándose a sus formas toscas y descuidadas.

—Milord —saludó y pasó a ocupar su lado de la mesilla.

Estaban apenas alumbrados por un par de velas, pero no era extraño ya que él estaba ciego, pero ella no, así que tuvo que hacer un pequeño esfuerzo para ver el plato y los cubiertos.

—Pero si es mi condesa, misma que no me dejó dormir la siesta por el sonido infernal ¿redecorabas la casa, querida? —él parecía estar familiarizado con la distancia del plato y los cubiertos y cenaba con total normalidad luego de que Patrick le dijera la composición de su comida.

—No veo que le vaya a dar un uso tan pronto —respondió Jillian llevándose un trozo de carne a la boca. Estaba mal condimentado y sabía mal.

— ¿No se le ocurrió pedirme permiso?

— ¿No soy la condesa de Nolan?

Él sonrió.

—Entonces ya está sacando las garras, Milady.

Jillian aún seguía molesta y con tan mala comida y una compañía que, aunque fuera fascinante a la vista con esa camisa sin nudos y esa exhibición irresistible de piel, lo cierto es que Jillian aún estaba enfadada.

Hizo ademán de levantarse.

—Si no hay nada más, me retiro milord.

Pero antes que ella alcance la puerta, él la detuvo.

—He dicho que se quede.

Sólo estoy con usted porque estoy ciego y enfermo.

—No es necesario que pida mi compañía siendo que sólo se casó conmigo por estar ciego y enfermo, como si yo hubiera tenido mucha elección —Jillian no pudo tragarse sus palabras.

—Está realmente enfadada ¿no?

— ¿Y usted que cree?

Weston hizo un corto silencio.

—Me disculpo por ello.

Jillian esperaba cualquier cosa menos eso y quedó tiesa.

—Vamos, quítese la sorpresa de encima y regrese a terminar la cena. Soy ciego, pero todavía descubro cuando dejan el plato lleno.

La condesa volvió a su asiento con la sorpresa en su rostro ante el inaudito pedido de disculpas.

— ¿No se habrá golpeado la cabeza? ¿se encuentra bien, milord?

— ¿Tanto le cuesta creer un pedido de disculpas? Y eso que usted casi echa el estudio para abajo ¿Qué pretende hacer con eso?

—Será mi taller —afirmó ella

Él pareció sorprendido.

—Vaya adquisición la que hizo mi casa. Supongo mi madrastra no le preguntó sobre esas inusuales afinidades en una dama.

—Ya le he dicho que apenas la he visto en dos ocasiones —Jillian llevó otro bocado a sus

labios, pero ya pudo tragarlo—. Esto no puede comerse ¿acaso no lo nota, milord?

—Cuando se enrole en el ejército, sabrá que cualquier bocado le parecerá delicioso, aunque esté rancio y en mal estado.

Jillian podría buscar una frase ingeniosa para responder, pero la mención de Weston de su vida militar le pareció interesante. Él se veía tranquilo, pero Jillian fue capaz de vislumbrar en sus facciones que la sombra de lo vivido en la guerra lo tenía presente y no precisamente por las consecuencias físicas que cargaba.

Esa empatía que él le generaba volvía a regresar con fuerza.

El enojo ya se disipó a esas alturas y él quedó en silencio.

Jillian acababa de descubrir que su esposo tenía un punto débil: Su pasada vida como militar.

Siguieron comiendo en silencio y ella no se perdió un centímetro de las facciones de su rostro, aunque apenas alumbradas por las escasas velas de la habitación, Jillian creía al fin estar conociendo un poco más al que era su esposo.

CAPITULO 5

- .
- .
- .

Jillian bajó a desayunar como la señora Loren le había recordado que las comidas principales se realizaban en el comedor principal.

—Ayer cenó en la habitación del señor, pero hoy es diferente, Milady. No me culpe por hacer respetar las reglas de esta casa.

Cualquier tipo de entusiasmo de la condesa se disipó al ver las pastas dulces y el té. No se veían bien.

—Y pensar que eso mismo debe desayunar ese pobre hombre. Con razón cada día está más enfermo —pensó—. E insoportable.

Se levantó intempestivamente y fue hacia el área de servicio donde se encontraban las cocinas. Nunca había visto el sitio desde que llegó, pero la noche anterior y la charla con el conde le dio una idea esclarecedora.

¿Qué clase de bienestar puede tener un enfermo recibiendo tales comidas deplorables?

La señora Loren la interceptó cerca de la cocina.

—Milady ¿Qué hacéis aquí? Este no es un lugar apto para usted.

Pero Jillian no estaba de humor y prácticamente la empujó para ingresar a la cocina.

Nunca había visto un sitio tan desordenado.

En una esquina apilada yacían vegetales en mal estado, bolsas de especias derramadas y varios cazos sucios. Los fogones estaban encendidos y varias teteras semi vacías.

Dos mujeres con delantales sucios que estaban afanadas con una masa gomosa se detuvieron al reconocerla. Parecían asustadas y enseguida miraron a la señora Loren quien negó con la cabeza para conminarlas a no hablar.

—Son cocineras seleccionadas por la duquesa. Creo que no es lugar para alguien de su estatus, Milady. Podría ensuciarse el vestido e impregnarse de olor a grasa —la señora Loren intentó coger del brazo a Jillian, pero ella se desasíó violentamente.

Recorrió el resto de la cocina.

Esto era vergonzoso. No sabía si la suciedad y el desorden eran adrede o porque

simplemente eran mujeres sin capacitación a la que metieron a trabajar en estas cocinas.

Pero como todo lo que pasaba en la casa del conde con su madrastra era muy extraño.

Aunque tenía allí a la señora Loren, Jillian decidió ignorarla.

Ella era la condesa de Nolan. Era la señora de la casa y no pensaba vivir de este modo.

Recordó imágenes del conde de la noche anterior comiendo aquella comida en mal estado y posiblemente no dándose cuenta de la diferencia con algo de calidad por el tiempo que pasó en guerra y donde se veía obligado a comer las raciones que sobrasen.

Ni que esto fuera un campo de batalla ¿o sí?

Se acercó a las mujeres que veían más expectantes a la ama de llaves.

—Doy por terminada vuestras funciones y si se os debe algo presentaos al mayordomo para retirar vuestras liquidaciones.

— ¿Milady?

—Que he dicho que os vayáis.

La mujer que parecía ser la cocinera principal abogó a la señora Loren quien parecía sorprendida.

—Señora Loren...

La referida se adelantó unos pasos.

—Milady, os recuerdo que no tenéis la autoridad para cesar contratos de personal escogido por la Duquesa.

Jillian giró para verla con un gesto displicente.

— ¿Y quién es la señora de esta mansión? Yo lo soy —advirtió a la rebelde mujer—. Si vuelve a interrumpirme, la próxima en quedar cesada será usted —volvió a mirar a las dos cocineras—. Largaos de una vez que yo misma me encargaré del desayuno del conde.

.
. .

La señora Loren observaba sorprendida el desastre que se estaba generando en las cocinas.

La propia condesa arremangada estaba en la faena preparando algo. Ese viejo mayordomo la asistía junto a Katherine, la doncella personal de la condesa.

El mayordomo se vio atrapado en el circo de la condesa porque el hombre fue a buscar el desayuno del conde y se encontró con la escena de que Lady Nolan ordenó tirar toda la comida que se preparó.

Y no pudo negarse a ayudar a esa mujer.

La señora Loren, fiel a las instrucciones que recibió de la duquesa no tenía pensado asistir a nadie.

Aunque se sorprendió de la velada amenaza de despido que le propinó lady Nolan, la mujer sentía que no debía tener miedo teniendo como apoyo a la gran duquesa.

Luego de observar por unos minutos el trabajo que se desplegaba en las cocinas y que dirigía aquella mujer tan extraña, se marchó rápidamente a su propia habitación, buscó papel y pluma para disponerse a escribirle a la duquesa.

Ella debía enterarse cuanto antes de los aires que desplegaba la condesa, quien se suponía debía ser una mujer sencilla de tratar y cuyo único interés era obtener un estatus adecuado para cuando fuera viuda.

Comenzó a escribir la carta relatando todos los hechos, para que la duquesa tomara la decisión adecuada una vez tuviera clara la situación.

.
. .

Weston ya estaba perdiendo la paciencia.

Él tenía horarios biológicos bien específicos y ese inútil de Patrick debió haberle llevado el desayuno hace una hora.

—Es un estúpido por haberse involucrado en el circo tramado por mi querida esposa —pensó.

Había alcanzado a escuchar algunos gritos provenientes desde la planta baja y cuando Patrick fue a ver ya no volvió. Pero estaba seguro que todo era obra de aquella mujercita.

Ya estaba por volver a sonar la campanilla con fiereza cuando oyó el ruido de la puerta y unos pasos sinuosos que sólo podían ser de Patrick.

También olió algo diferente y extraño.

Estaba plenamente acostumbrado al aroma matutino de todos los días, pero en este momento el té arrojaba un olor delicioso. No recordaba haber sentido algo así desde hace mucho tiempo.

—Milord, ya traigo el desayuno —informó Patrick.

Escuchó el ruido de las bandejas al ser bajadas. Un intenso olor a panecillo recién hecho inundó la habitación y se conjugaba con el del té.

Debía estar equivocado.

La gente que cocinaba en Trioval no preparaba platos que olieran así.

— ¿Qué demonios es esto? —preguntó

—Milord...es que

— ¿Qué? —insistió Weston

—Es la condesa, ella lo preparó personalmente. Insistió en hacerlo.

— ¿Y porque esa mujer se rebaja a ese papel? ¿sabes que le ha picado a tu condesa?

—Milord, ella despidió a las dos cocineras e incluso puso en vereda a la señora Loren quien intentó detenerla. Además del té y los panes, también tienen sopa lista.

Eso fue sorpresivo de oír para Weston.

Ni siquiera sabía que existía mujeres nobles que cocinaban.

Pero tenía que aceptar que lo realmente sorprendente es que no tuviera miedo de desafiar a las acólitas de su madrastra.

No pudo evitar buscar la taza de té que le sirviera el hombre y probarla. Necesitaba sentir que aquello supiera tan bien como olía.

Al probarla quedó fascinado.

No recordaba haber probado un té tan bueno en muchísimo tiempo. Mordió un panecillo y se deshizo en su boca.

Esto era exquisito y ante la sorpresa de su mayordomo, el conde los devoró en pocos bocados.

En eso percibió que su puerta se abría. Era totalmente capaz de reconocer el sonido.

Y por encima, aquel molesto aroma de ciruelo blanco.

Era ella de nuevo.

—Veo que le gusta mi comida, milord.

Weston se limpió el pequeño reguero de té que salía de su boca.

—No lo voy a negar, no lo hace usted mal. Sinceramente no sé si estaba realmente bueno o yo tenía mucha hambre ¿Qué cree usted que puede ser?

Sintió que ella tomaba asiento cerca de él porque percibió su perfume más fuerte.

—Esperaba que la comida le mejorara el humor —suspiró la mujer—. Hoy amanecí con varios planes que pienso ejecutar si la señora Loren no me detiene.

—Ni crea que dejaré de considerarla una potencial enemiga sólo porque puso en vereda a esa vieja intrigante —le advirtió, aunque sin mucha convicción.

Lo cierto es que cada día se le desmoronaba un poco la sospecha de que aquella mujer era una espía de su madrastra, aunque no debía bajar la guardia.

Pero como consumado militar que fue, siempre sería desconfiado ante las estrategias del enemigo.

Volvió a estirar la mano buscando la tetera, pero en vez de eso rozó la mano de ella que estaba sobre la mesa.

Fue un contacto corto, pero Jillian enrojeció con ella.

Weston no vio eso, pero si se quedó con la extraña sensación de calidez que percibió al tocar aquella mano.

Por supuesto alejó su mano enseguida pero el sentimiento quedó en el aire e instaló un incómodo silencio percibido por ambos contendientes.

— ¿Dónde aprendió a cocinar? —preguntó Weston más por salirse del trance que por autentica curiosidad.

Ella aun nerviosa por el roce, tartamudeó un poco al responder.

—Usted no sabe nada de mí.

—No se haga la interesante ¿Dónde aprendió? —insistió el hombre fijando sus retinas quietas hacia ella, como si realmente pudiera verla.

—Mi padre vio que me gustaba el diseño y la pintura así que permitió que se creara una pequeña academia en la casa para estudiar con otros interesados.

Eso le llamó la atención de Weston.

— ¿Era una clase de varones con mujeres?

—Milord, sé que pasó sus mejores años en la guerra, pero hacer estas sociedades y academias en las casas eran muy normales y respetables. En el medio de eso, aprendí hasta recetas y cocción para que vea lo completa que era.

Weston estaba sorprendido de conocer aquella extraordinaria faceta de su esposa.

No era una dama común y corriente. Y su padre tampoco la desalentó quizá por culpabilidad ya que al ser la menor y la menos agraciada, sabía que era la carne de cañón a sacrificar en el futuro.

Como hizo ahora, casándose con un ciego enfermo.

—Me han dicho que tiene sopa lista, ordene que la traigan para mí —pidió sin pensar—. Quiero saber si también está buena o lo suyo ha sido pura suerte —agregó inmediatamente al darse cuenta que habló antes de razonar. No pretendía exponerse frente a ella.

Jillian se lo pidió a su propia sirvienta Katherine para que lo trajera.

La joven doncella se apresuró en cumplir la orden.

—Aún tengo algo que decir, milord.

— ¿Todavía? —espetó él

—Que sepa que pienso seleccionar nuevos cocineros.

A Weston no le pareció mal.

Podría combatir la idea por el simple hecho de molestarla, pero prefirió asentir con la cabeza.

Hoy su joven esposa parecía haberle ganado una batalla a su formidable madrastra.

CAPITULO 6

-
-
-

Jillian sospechaba que la tranquilidad que se instaló en Trioval pronto se vería comprometida, más teniendo a la señora Loren que la miraba como si fuera un insecto que debía ser aplastado.

Afortunadamente estaba en buenas relaciones con el conde, quien ya estaba completamente recuperado del último episodio respiratorio que tuvo, pero Jillian aun lo veía débil, aunque sólo de cuerpo porque seguía siendo un bocazas con mucha fuerza.

El único médico que lo visitaba era aquel joven que pasaba a mirarlo cada quince días, prescribía unas sopas y nada más.

Lo otro positivo es que su esposo no volvió a llamarla para compartir el lecho o a sugerirle alguna idea macabra como la de concebir un heredero que desplazara a su medio hermano.

Jillian sospechaba que el conde se encontraba más enfermo de lo que aparentaba y eso le daba mucha pena. A esas alturas ella ya era capaz de darse cuenta que los ojos azules de su marido estaban cada vez más apagados y no salía de la habitación nunca.

Por otra parte, ella tampoco tuvo tiempo libre ya que estuvo ocupada trabajando en las mejoras que le dio al estudio. Había diseñado un par de muebles funcionales y el carpintero del pueblo tardó bastante en entregarle las sillas y los pliegues para pintar.

El antiguo estudio ahora era una zona colorida adecuada para hacer pintura en lienzo y en el centro hizo colocar una larga mesada que serviría como el sitio de diseño y medidas.

Tenía muchas ideas para toda la mansión.

Como no podía hacer cambios muy grandes en la fisonomía se conformó con diseñar algunas reformas creando algunos tragaluces.

El único sitio que no se atrevió a dibujar fue la habitación del duque.

Recientemente ya lo había expuesto a un gran cambio cuando despidió a las cocineras de la mansión. Le costó seleccionar a los nuevos, pero al final con ayuda del señor Patrick pudo seleccionar a un cocinero adecuado que se encargaría de las tres comidas del conde en especial.

—No lo hace mal —oyó decir al conde mientras probaba una rebanada del pan recién hecho

del nuevo cocinero.

Jillian estaba en la habitación también. Había ido a comentarle a su esposo acerca de los planes de diseño que tenía para la sala y el pasillo.

— ¿Se refiere a la cocina o a mí? —preguntó Jillian con cautela.

—Obviamente me refiero a la comida ¿acaso hubiera preferido que me refiriera a usted? —comentó él con malicia.

Ella no pudo evitar sentirse cohibida con el comentario. Siempre sus charlas eran una dialéctica parecida a la guerra de voluntades, pero cuando él decía algo así, Jillian se sentía nerviosa. Afortunadamente el conde no había tenido otro accidente rozándole una mano desnuda o le hubiera causado una incomodidad difícil de explicar para ella misma.

Aquello era tan confuso para la joven, quien se desahogaba con sus diseños y pinturas para evitar traer ideas inconvenientes.

Pero aquella frágil paz se cortó esa tarde cuando trabajaba en un diseño de jardín cuando el señor Patrick apareció a las volandas a informarle que llegaba un carruaje sin previo aviso. Y no cualquiera, sino uno con las libreas del duque de Saint Owen.

Jillian soltó el pincel y mandó a Katherine que la ayudara a quitarse el delantal.

Inmediatamente se dirigió a los aposentos de su marido, quien estaba sentado frente a la chimenea de su habitación.

Ni siquiera necesitaba hablar para que él la detectara.

Parecía que ese hombre podía olerla.

—No haga tanto escándalo, que ya Patrick me informó que tenemos un visitante no deseado.

— ¿Sabe de quién se trata? ¿el duque, quizá?

Weston suspiró.

—Mi padre es demasiado flojo para visitarme más de una vez en el año y mi madrastra estará haciendo fantásticos planes para sus salones —Weston sonrió—. Debe ser el petimetre bueno para nada de Thomas.

Jillian pestañeó confusa.

Recordaba vagamente al medio hermano de Weston, hijo de la duquesa, pero no lo conocía bien.

—Debemos ponernos de acuerdo sobre qué hacer —comentó Jillian.

—Thomas es un tonto y cada que pienso que es el futuro duque de esta gran casa me dan ganas de reencarnarme en un pollo de las praderas.

Weston parecía no tomarlo en serio, pero Jillian tenía cierto miedo.

Se retiró de la habitación y fue a recibir a su cuñado.

.

.

.

Lord Thomas Nolan era el único hijo que tuvo la segunda esposa del duque de Saint Owen en su matrimonio. También era la esperanza de aquella mujer que tramaba sus propios planes.

Poseía cierto atractivo físico lo que denotaba su parentesco con el propio Weston, ya que eran casi de la misma altura salvo que el joven poseía los ojos pardos de la madre, pero era dueño de una grata fisonomía en su rostro en conjunto con aquel cabello corto y castaño.

Hasta allí la buena descripción porque Thomas era un ocioso y mujeriego sin ninguna cualidad.

Su madre tenía que cubrirlo con frecuencia frente a su padre y en su momento antes de que Weston entrara al ejército, se encargaba de endilgarle todas sus fechorías a él.

Ambos hermanos hubieran podido cultivar un gran amor fraternal, pero por causa de su madre, Thomas siempre despreció a su hermano mayor y fingía como su madre.

Weston lo adoró como hermano menor hasta que descubrió el teatro de su madrastra aquella vez que su padre estuvo a punto de morir. Por defecto, dejó de confiar en Thomas por considerarlo una extensión de su madre.

Thomas se portaba como un dandy petimetre más preocupado de su apariencia y en buscar nuevas amantes, derrochando dinero y comportándose como un idiota.

Ya se creía el futuro duque de saint Owen y eso que su padre y hermano seguían con vida lo que delataba el escaso afecto que les prodigaba a ambos. Esperaba que Weston no sobreviviera más de un año, pero nunca dejaría de envidiar sus logros y triunfos alcanzando importantes condecoraciones y que siempre lo recordasen como un hombre valiente.

Todo lo que él no era.

Para felicidad de Thomas, su hermano ahora se pudría en Trioval.

Cuanto antes mejor.

Y ahora estaba metido en este estúpido viaje por orden de su madre para traer además de su presencia, una carta dirigida a su nueva cuñada.

Su sorpresiva llegada asustó a todos en Trioval y aprovechó para portarse como un patán.

También echó ojo a la futura viuda de su hermano. Una mujer insignificante y sin atractivos

físicos. A sus ojos era una gorda insolente que se atrevía a desafiar a la duquesa de Saint Owen. A su criterio, ella debía ser aplastada.

Pero esperaba que la carta de su madre la metiese en vereda.

Durante la cena en la mesa principal, donde no participó su hermano ciego y donde él se atrevió a ocupar el sitio principal como si ya fuera el amo de la mansión es que aprovechó para entregarle la carta a esa Jillian.

—Madre espera que lea sus instrucciones y las siga al pie de la letra —le dijo mientras cortaba un trozo de carne.

La mujer cogió la carta, pero estaba lívida. Eso le gustó porque como buen gilipolla sin talento le gustaba inspirar terror.

Extrañamente Thomas disfrutó la cena. Usualmente las comidas en Trioval eran horribles, pero se notaba la mano de esa Jillian en eso y también en varias partes de la casa.

La mansión estaba limpia y muchos sitios anteriormente viejos y deslucidos, lucían pintura nueva y un cambio de cara en varios muebles.

La habitación donde durmió estaba muy diferente de otras ocasiones.

Thomas enarcó una ceja. Obviamente debía informar de todo a su madre.

No pensaba hacerlo porque le asqueaba, pero las reglas decían que debía pasar a la habitación donde yacía su hermano mayor.

Lucía más cansado y debilitado que la última vez.

Eso significaba que todo marchaba como su madre le dijo.

—Supongo que vienes como cuervo a rondar —fue lo primero que le dijo Weston cuando le informaron que él entró a la habitación.

—Sabes que yo y madre estamos muy preocupados por tu salud. Sólo por eso decidí venir personalmente pese a tener la agenda muy ocupada en Londres, hermano.

—Oh sí, seguro —se burló Weston—. Cuando termine tu inspección, lárgate ¿quieres? No soporto el hedor de la codicia.

Thomas se retiró con cierta indignación. Como le molestaba que ese imbécil de Weston siempre tuviera las palabras justas para molestarlo.

Se prometió que se marcharía apenas acabara el asunto que lo trajo.

Rogaba que las noticias de la muerte de Weston no tardasen en llegar a Londres.

.

.

Jillian sabía que la visita de su cuñado no era una de cortesía.

De hecho, ese pelmazo fue capaz de amenazarla cuando ella llegó al comedor. Ella era mala disimulando cuando algo la molestaba, cuando vio que él ocupaba el asiento del conde. Si el amo de la casa estaba indispuerto, ese sillón debería permanecer vacío por respeto.

— ¿Acaso le disgusta verme sentado aquí, cuñada? —la increpó sin mirarla y mientras bebía té.

Jillian vaciló un momento antes de responder. Aunque el asunto la indignaba, no podía ignorar el estatus de su cuñado.

—Sólo pienso que hay espacios jerárquicos que no deben obviarse. Ese es el asiento del conde.

Jillian no pudo evitar temblar al decir esas palabras. No conocía a ese Thomas ni como tomaría aquel comentario, pero necesitaba expulsarlo de su sistema o acabaría sofocada.

Él cortó un pedazo de pasta para llevárselo a la boca. Sonreía y no parecía afectado por el comentario.

Jillian se indignó aún más. ¿Tanta era la impunidad que sentía ese muchacho?

—Estoy de acuerdo con usted, cuñada. Hay espacios que no deberían obviarse —Thomas dejó la taza sobre la mesa con brusquedad—. Como por ejemplo el suyo cuando yo me convierta en el nuevo conde y a la muerte de mi padre, en el nuevo duque. Así que le aconsejo tener cuidado siendo que debería ser agradecida de tener la oportunidad de vivir aquí, siendo una dama de insignificancia e incapaz de atraer otros partidos.

Jillian no esperaba que Thomas fuera tan directo y cruel revelando lo que era un secreto a voces.

Ella no quiso compartir la mesa con ese desgraciado.

Se retiró a sus habitaciones limpiando algunas lágrimas que alcanzó a perder en el proceso. Su cuñado era peor de lo que creía y eso confirmaba plenamente que esa no fue una visita familiar sino una inspección.

En sus manos tenía la carta que le envió su suegra. Decidió no comentarle a Weston para no agobiarlo por eso se encerró a leerla cuando se encontró sola en la habitación.

Era un regaño de la duquesa de Saint Owen.

Cuando permití vuestra boda, lo hice pensando en mi querido hijastro. No contribuyes en nada agregando estrés y tensión en los espacios.

Weston necesita tranquilidad.

Y esos cambios ridículos de personal y mobiliario no ayudan en eso.

He quedado muy preocupada por tus intenciones que se suponían eran claras: ser la compañía de mi apreciado hijastro para que éste sea capaz de encontrar la paz y deje a su vez de preocupar a su padre.

Esto era parte del contenido de aquella carta que parecía disfrazada de buenas intenciones, pero era prácticamente una sentencia directa de muerte.

Weston estaba enfermo pero la duquesa no parecía desear su recuperación.

Debes entender tu sitio y agradecer tu matrimonio con la casa del duque. Me atrevería a decir que es mucho más de lo que hubieras logrado nunca.

Jillian arrojó la carta, presa de rabia, al suelo.

Ya no pensaba volver a leer eso.

Removía sus heridas e inseguridades y era una confirmación de que su suegra era un demonio. Con razón Weston no acababa de confiar en ella.

Estuvo rogando que Thomas no tardara en marcharse, lo cual afortunadamente ocurrió de inmediato.

Le enfermó ver como la señora Loren se desvivía en atenderlo, dando a entender sus auténticas lealtades.

Jillian estaba sentada en su estudio.

Sobre la mesada tenía unos lienzos a medio terminar y también unos dibujos porque planeaba mejorar el mobiliario de la cocina. No podía acabarlos por causa del mal rato que le produjo la llegada de su cuñado.

De solo recordar la grosería que cometió ese idiota dándose aires de señor de la casa. No le cabía duda de que, si Weston estuviera sano, lo pondría de rodillas.

—Lo único que quieren es que el conde muera...y cuanto antes mejor —murmuró para sí misma.

Pero tú no quieres que muera.

Pero las voces de su interior le clamaban otras cosas.

La duquesa envió a su hijo para mostrarle quien mandaba y para recordarle su posición.

¿Quién se creía para dar órdenes en Trioval? El conde seguía vivo...y ella pensaba ayudarlo.

La joven se levantó repentinamente y cruzó la habitación. Al hacerlo chocó con Katherine quien le traía el té.

—Mi señora...

Pero cuando se agachó a recoger lo que cayó al suelo, Jillian la detuvo.

—Deja eso, que lo recoja la señora Loren, iremos a las habitaciones del conde.

—El señor Patrick le esté sirviendo té —informó Katherine.

Jillian hizo caso omiso y fue directamente a empujar la puerta sin anunciarse.

El señor Patrick se asustó al verla parado en su esquina mientras vigilaba a su amo en su hora del té.

— ¿Milady?

—Llamad a todos los criados a ayudarme a limpiar esta pocilga —ordenó

— ¿Qué rayos significa esto? —fue la voz furiosa de Weston la que reclamó.

—Milord, he decidido hacer unas reformas en vuestra habitación. Si gusta salir a tomar el té en la sala principal —la mujer le hizo un gesto al señor Patrick para ayudar al conde.

El mayordomo estaba petrificado.

—La habitación no necesita reformas y no es precisamente que vaya a ver cuando cambie el color de las paredes por uno de color chillón ¿no cree? —Weston no pensaba salir de la habitación

— ¿Cómo piensa curarse en una habitación siempre cerrada y llena de polvo? Es un milagro que sus pulmones aun funcionen —Jillian volvió a hacerle señas a Patrick

—Deje de hacerle gestos a Patrick, que puedo estar ciego, pero percibo cuando alguien intenta pasar sobre mi autoridad. Vaya a descansar, señora Nolan.

Pero Jillian necesitaba mostrarle a él, que no era un capricho o un juego. Esta limpieza iba más allá de un simple cambio de sábanas, sino un desafío directo a la duquesa pese a que acababa de recibir la tendenciosa visita de su hijo en su representación.

—Es un mensaje que me gustaría que reciba la duquesa, en vista a su gran preocupación. No quiero que digan que descuidé mi atención hacia milord.

Weston cambió su rostro al escuchar eso, entendiendo la auténtica intención de la condesa.

Se levantó cuidadosamente.

—Patrick, guíeme al salón y deje a la condesa hacer lo que quiera —ordenó.

El mayordomo no entendía el cambio brusco en el conde, pero se apresuró en cumplir la orden.

Weston se apoyó en el hombro de su mayordomo y salió.

Jillian se sorprendió un poco al notarlo predispuesto, pero entendía que él comprendió su objetivo.

—No haga un desastre, lady Nolan —fue todo lo que le susurró al salir.

Todos los criados de Trioval vinieron, con excepción de la señora Loren quien vino a husmear.

—Todos esos muebles van a limpiarse y cambiaremos todo de sitio —ordenó Jillian—. Esas cortinas no las quiero volver a ver. Tampoco esas sábanas.

Desde la puerta, la ama de llaves miraba a Jillian como advirtiéndole que esto pronto lo sabría la duquesa también.

Pero a Jillian no le importó.

Quería desafiar a la duquesa. Cuanto antes se enterase, mejor.

.
.
.

La duquesa de Saint Owen soltó el té y lo bajó a la mesa con cierta rabia.

Estaba desayunando con su hijo en el jardín de su mansión de Londres. Thomas había llegado el día anterior.

Y ahora ella escuchaba el reporte con cólera ya que Thomas no se guardó detalle de nada de lo observó en Trioval.

La mujercita que se consiguió incluso cuidaba al conde. Hizo despedir las cocineras que instaló en la mansión. Unas que ni siquiera sabían cocinar y no tenían calificación alguna. También los ridículos cambios que instauró en la casa.

—Madre, esa mujer no es tan simple como pensaba —opinó Thomas—. Parecía no tenerle miedo.

La duquesa se levantó y comenzó a caminar alrededor de la mesa.

— ¿Acaso le juzgué mal?

—Pues lo que sea no le teme ni sabe lo que le conviene —agregó Thomas

Eso le dio una especie de luz a la duquesa quien volvió a sentarse junto a su hijo.

—No me teme porque no me conoce —concluyó—. Pero me conocerá.

CAPITULO 7

.
.
.

— ¿Cómo piensa sorprender a un ciego? No podré apreciar los supuestos cambios —rezongó Weston chirriando el bastón.

A su lado, el mayordomo se encontraba atento para cuidar que el conde no tropezara.

Al tener uso de todos los criados, Jillian se limitó a dirigir la limpieza de la habitación así que no se encontraba cansada en absoluto.

Toda la ropa de cama fue cambiada. Las cortinas desechadas y también mandó tirar las sillas viejas, pero mantuvo la mesa y dos sillas nuevas que hizo traer del estudio.

Las ventanas estaban abiertas y entraba mucha luz natural.

La habitación ya no olía a enfermedad ni a humedad sino a aire fresco y a esencia de bergamota que Jillian hizo conseguir en el pueblo.

La joven vio a su esposo moverse por la habitación y aunque no lo dijese se percataba de los cambios.

— ¿Por qué no siento la mesa donde debería estar?

—Lo hemos cambiado junto a la ventana así los olores de la comida no volverán a impregnarse por la cama o las ropas —razonó Jillian.

—No me gustan los perfumes ¿Qué demonios es ese olor?

—Es una mezcla de té y bergamota ¿no le agrada? —preguntó Jillian—. Me vi tentada de rociar mi perfume de ciruelo blanco, pero supongo que no le hará nada de gracia —comentó sarcástica.

El conde estiraba el bastón para palpar los cambios.

—Supongo que se deshizo de mis sillas...

—No supone mal, milord...además de horribles, estaban raídas y a punto de romperse.

Weston iba rezongando, pero seguía recorriendo la habitación. Palpó la cama.

—Me tomé la libertad de pasar a mejor vida toda esa horrenda ropa de cama ya que no estamos en un hospital de campaña, sino en la casa de un conde —agregó Jillian quitándose los

guantes y sentándose en una de las nuevas sillas. Se encontraba profundamente satisfecha con el cambio que pasó a ser más ostensiblemente agradable a la vista.

Weston, siempre guiado por el señor Patrick palpó con el bastón un área recién arreglada del suelo.

—Parece que también se deshizo del montículo de madera que estaba en esta zona —Weston sonrió—. Era el favorito de mi madrastra, supongo que esperaba que tropezara y muriera antes del plazo previsto. Pero parece que la que va a matarme antes de tiempo es usted y sus berrinches.

Pero Jillian estaba demasiado contenta como para replicar a su esposo.

Tenía otra novedad.

—Pero espero que no necesite volver a cenar aquí, milord.

— ¿Planea empujarme por la ventana acaso? —preguntó Weston sentándose con ayuda de Patrick.

—He diseñado un sistema de agarre para las escaleras, para ayudar a su descenso.

Weston no esperaba aquello.

—Espero que pueda hacer sus comidas principales en el salón, milord.

Jillian estaba muy feliz de anunciar eso, pero el rostro del conde no cambió. Quizá había tirado demasiado la cuerda.

—Parece que es muy lista para diseñar artefactos novedosos, mi señora, pero no para recordar que mis pulmones colapsaran cuando haga menos de cinco escalones. Ya le dije que, si desea matarme, intente utilizar métodos menos acuciantes. Tráiganme la comida —ordenó por ultimo.

Era cierto, el diagnóstico del conde era una tuberculosis contundente y esperaban la visita del joven médico la siguiente semana.

Jillian vio como Patrick ordenaba a los criados que trajeran la comida.

Igual no estaba desanimada.

—Traigan un plato para mí también. Comeré aquí —ordenó

—Ya empiezo a creer que usted tiene algún fetiche viendo comer a un hombre ciego —comentó Weston.

—No se haga ilusiones, milord —sonrió la joven notando que el conde quedaba pensativo. Probablemente era la primera vez en su vida que encontraba alguien que le diera tanta camorra.

Él siguió rezongando, pero al menos terminó gran parte de su plato. Parecía tener dificultad

para tragar, pero se esforzaba.

Jillian acabó con su plato enseguida. Realmente disfrutaba tener sus charlas con el conde, quien seguía sin confiar en ella, pero a Jillian se le había metido una idea a la cabeza en los últimos días y no iba a parar hasta descubrirlo.

Se retiró a su habitación apenas acabada la cena para poder escribir unas cartas.

Llevaba semanas viviendo en una casa llena de intrigas, conocido al medio hermano de su marido que parecía feliz de verlo a un paso de la tumba y tenía por suegra a una mujer que dominaba prácticamente Trioval.

Le parecía extraño que, siendo su esposo, un hombre tan condecorado y tan bien ponderado entre los militares, no recibiera visitas de sus camaradas o de algún amigo.

El único extraño que venía era ese joven médico.

Era claro que era parte de los esfuerzos de la duquesa por bloquear el contacto exterior de Weston.

Quizá el conde tenía un diagnóstico final pero que un simple galeno lo visitara cada tanto era demasiado poco para alguien de su posición.

Se le ocurrió escribirle a su viejo maestro de academia.

Y pedirle ayuda con buscar algunos médicos experimentados para un segundo diagnóstico del conde.

Al escribir la carta, Jillian sonreía nostálgica recordando las clases con el señor Bleinman en la pequeña academia que se montó en la casa del marqués de Romsday.

Jillian en todo momento estuvo acompañada de su institutriz y su doncella, pero la pequeña academia que se formó en los jardines del marques albergó a varios jóvenes, vecinos de la mansión ávidos de aprender de la enseñanza variada en filosofía, artes y humanidades que impartía el culto señor Bleinman.

El marques pagaba por todo ello para que su hija menor se viera beneficiada del conocimiento y además que en el último tiempo relucía una clara inclinación hacia las artes manuales.

Así que Jillian decidió enviarle la consulta al hombre más culto que conocía que era su antiguo maestro. Él conocería médicos competentes con toda seguridad.

Además, el señor Bleinman era alguien discreto y confiable, a Jillian no le costaría pedirle absoluta reserva en aquel asunto.

Sumado a que era urgente porque el conde parecía deteriorarse cada día. Se sentiría muy culpable de no hacer algo por él, aunque no lo mereciera.

Pero aun cuando tuviera las cartas preparadas, Jillian tropezaba con la otra dificultad.

Era difícil enviar correo sin que la duquesa no se enterase.

La única forma era enviar a Katherine a Londres, pero necesitaban inventar una excusa para que la doncella viajase.

Decidieron inventar una enfermedad de una familiar de Katherine y que la condesa, en un acto de caridad hacia su doncella la enviaría a visitarlos llevándoles dinero y algunos obsequios.

Jillian y Katherine se vieron en algunos apuros inventando las escenas y que fueran lo suficientemente creíbles.

Jillian decidió que tampoco le informaría al conde.

Más que nada por temor a no desilusionarlo en caso de que la empresa fallase.

Era un plan que fue minuciosamente pensado y sólo la creación de un escenario creíble le tomó más de una semana.

Es que nada se le escapaba a la señora Loren.

Cuando finalmente Katherine viajó a Londres, fue como si un pequeño rayo de esperanza destilara en el corazón de Jillian.

Mientras Jillian veía el coche marchar, el señor Patrick vino corriendo junto a ella.

Se veía agitado y preocupado.

— ¡Milady!

— ¿Qué pasa? —preguntó la joven.

Los ojos vidriosos que denotaba el señor Patrick ya le dieron una idea a Jillian y un nudo comenzó a nacer en la garganta de la joven.

—El conde tiene una recaída.

Sin dudarlo, Jillian corrió a las habitaciones de su marido. Esa mañana estaba bien e incluso bromearon en el desayuno, luego ella estuvo muy ocupada despachando a Katherine y despistando a la señora Loren que ya no tuvo tiempo de ir a verlo.

Al entrar y verlo en la cama, el nudo en la garganta de Jillian se recrudeció.

Fue como si una extraña desesperación subiera por su espina dorsal haciéndose eco en su pecho de forma incontrolable.

Weston yacía acostado y deliraba.

Se acercó tan rápido y en un impulso tomó una de las manos dolientes de él. Estaba muy caliente lo cual delataba que su esposo ardía en fiebre.

Su hermoso rostro mantenía los ojos cerrados como si estuvieran cercados en una estela

caliente de pesadilla.

Verlo así era desesperanzador y Jillian se sintió tan angustiada.

— ¡Buscad a un médico enseguida!

—Ya el médico de cabecera del conde nos avisó de estos ataques, Milady— la impávida voz de la señora Loren que observaba en una esquina la detuvo—. Intente controlar sus impulsos, Milady. Conténgase por el honor de la casa del duque de Saint Owen.

Jillian se incorporó dispuesta a darle una buena bofetada a esa mujer, pero oyó los gemidos de su esposo y volvió a acercarse a la cama.

No le importaba que los criados la estuvieran viendo, volvió a cogerle la mano caliente.

Él murmuraba palabras, inentendibles para los demás, pero ella los oía.

Almirante...Fuego...debéis ocultaros...proteged la vida del Almirante...

Todas eran palabras y parecían dichas con angustia.

Jillian sólo había leído sobre las guerras napoleónicas, pero nunca estado tan cerca de alguien que la hubiera vivido.

Weston, en su fiebre deliraba no tonterías, sino sus recuerdos de aquella guerra que cercenó familias y destruyó vidas.

Vidas como la de Weston.

Jillian no pudo evitar llorar con aquello.

Sentirlo tan de cerca era tan diferente a saberlo. Pero tocando aquella mano del conde es como si sus sentimientos y dolores comenzaran a traspasarla también a ella.

Era la primera vez que veía aquella faceta del conde y se sentía profundamente conmovida, pero en ese momento lo único que deseaba es que él despertara.

—Despierte y vuelva a ser el mismo hombre grosero de siempre...—le susurró—. Haga lo que quiera, pero despierte...

Jillian se incorporó, se limpió una lagrime y notó que la señora Loren ya no se encontraba en la habitación. Probablemente había salido cuando ella no se dio cuenta.

—Señor Patrick, usted se quedará con el conde y yo misma iré a buscarle otro médico —miró a las dos criadas que estaban en la puerta—. Hagan preparar el carruaje que saldremos de inmediato.

Jillian miró una última vez a su esposo antes de salir y dirigirse a su habitación a buscar su sombrero.

Debía tratar de mantener la compostura, pero nada la detendría de buscar un médico para el

conde y ninguno de esos criados traidores la detendría.

Bajó las escaleras de prisa, pero su rostro se heló al encontrarse con una escena inesperada.

En el salón principal, una mujer acababa de llegar con parsimonia.

Todavía se escuchaba el sonido de los caballos del carruaje que la había traído.

La señora Loren la rodeaba para ayudarla a quitarle la capa.

Jillian no la había visto mucho, pero era capaz de reconocerla donde sea.

La duquesa de Saint Owen, su suegra acababa de llegar a Trioval.

CAPITULO 8

-
-
-

No le gustaba Trioval, pero decidió venir en persona para darle un buen escarmiento a su nuera.

Los alarmantes informes de sus espías más el resultado de la inspección ocular de su propio hijo le daban cuenta que la esposa escogida para su hijastro no era la idónea.

Si era por la duquesa, Weston no debía casarse, pero su padre insistió supuestamente para limpiar su reputación abusiva y lasciva hacia las enfermeras.

Irónico ya que las denuncias fueron incitadas por la propia duquesa para intentar arruinar a su hijastro.

En parte la duquesa sospechaba que la acción de su marido era por intentar que su hijo Weston deje una línea de sangre antes de morir. Algo que no debía ocurrir jamás. Lo positivo es que su esposo le dejó en sus manos la elección de la esposa de su hijastro.

Pero aparentemente su intuición le había fallado y escogió una mujercita que le contrariaba.

La única que sabía de su llegada era la señora Loren, su principal espía. Todos se sorprendieron al verla menos ella. Y había llegado en un momento más que oportuno, así que los cielos la estaban ayudando.

Weston tenía una crisis y Jillian pensaba pedir ayuda.

—Querida, con esta actitud agravas la situación y no voy a permitir que salgas a hacer un escándalo y que todos en el pueblo se enteren de los asuntos en Trioval ¿Qué honor le quedará al duque de Saint de Owen? Si su propia nuera planea un circo —le hizo un gesto a la ama de llaves—. Manda llamar urgentemente al médico de cabecera del conde y ustedes vayan por té —ordenó a las otras criadas.

Cogió del brazo a su nuera, quien se encontraba muy nerviosa y prácticamente la empujó para el salón.

—Estoy muy cansada del viaje y no esperaba encontrar una escena tal.

La desconcertó comprobar que Jillian estaba llorando.

—Mi esposo está muy enfermo ¿Cómo se supone que actúe, Milady?

—Sabes que él tiene un diagnóstico terminal de tuberculosis ¿Qué puedes hacer?
—recriminó la duquesa haciendo una pausa viendo que las criadas traían el té.

Justo cuando Jillian parecía que iba a volver a levantarse, volvió a aparecer en escena la señora Loren.

—Ya envié a un criado de forma urgente, ya que el médico del conde se encuentra en el hospital.

Jillian levantó la cabeza, interesada ante la noticia.

— ¿En el pueblo? —preguntó la duquesa

La señora Loren asintió.

La duquesa aprovechó para hacer que su nuera volviera a tomar asiento.

— ¿Ves que no había necesidad de un escándalo? Siéntate a beber el té y cuando estés más calmada, iremos a ver a mi hijastro.

Pero Jillian no dejaba de mirar fríamente a la señora Loren.

—Si sabíais que el médico se encontraba en el hospital todo este tiempo ¿Por qué me entero ahora? —recriminó la joven condesa.

—Eso te ocurre, querida, por negarte escuchar a la señora Loren, quien es una mujer con experiencia y seleccionada por mí para hacerte la vida más fácil —intentó suavizar la duquesa.

De todos modos, no pensaba permitir que su nuera se levantara.

Estaba muy cansada, pero debía cerrar el circo antes de marcharse a descansar.

En media hora vino llegando el coche que traía al joven médico de cabecera del conde con una maleta llena de medicinas.

Ambas mujeres lo siguieron.

Para la duquesa fue la primera vez en mucho tiempo que volvía a ver a su hijastro.

Procuró disimular una sonrisa al verlo tan pálido y desmejorado.

Observó de vuelta a su nuera y notó su ansiedad.

No le gustó lo que veía.

Y para su desgracia, la fiebre de Weston terminó bajando y el médico volvió a advertir que episodios como éstos serían comunes y debían estar preparadas.

Sólo allí, la duquesa se permitió ir a sus habitaciones a lavarse y descansar.

Pero con lo que había visto tenía suficiente.

.

.

.

La inesperada llegada de la duquesa le arruinó los planes a Jillian.

Tampoco pudo ir a buscar ayuda al verse rodeada y franqueada por su suegra, la señora Loren y las doncellas que acompañaban a la duquesa.

Era como estar presa y enjaulada. Agradecía mentalmente el haber enviado a Katherine a Londres antes de la llegada de su suegra o hubiera sido imposible.

Pero le hubiera gustado encontrar un galeno diferente, no el mismo chico que acababa de irse y que tenía una opinión tan poco optimista.

Cuando Weston despertó totalmente de su letargo, ya a esa hora la duquesa se había marchado a descansar.

— ¿Se encuentra mejor? —preguntó Jillian a Weston quien bebía una sopa que le trajo el señor Patrick.

—Tanto como podría estarlo un hombre a punto a morir.

—El hecho que bromea significa que está mejor —replicó ella, sentándose en el sillón junto a la cama.

—Me ha contado Patrick que tenemos una visita interesante.

—La duquesa se encuentra en Trioval...

Weston sonrió con ironía.

—Mi madrastra es una mujer con muchos recursos y unas dotes de actriz envidiables —se tocó el puente de la nariz—. Aunque me pregunto si tanto como usted.

Él seguía sospechando de ella.

En parte no lo culpaba, pero sentía que él le debía un voto de confianza por las cosas que hizo y esperaba que lo notara. Se sintió decepcionada pero no podía enfadarse, no con un hombre de sufrimientos tan certeros.

Se levantó suspirando.

Estaba agotada, pero a la vez aliviada que él había vuelto a sortear lo de hoy.

Le veía la cara y cada vez tenía menos color. ¿Los demás se daban cuenta de todos los cambios que ella notaba en él todos los días?

—Iré a dormir, así que le ruego no vuelva a darnos estos sustos. Todavía tengo que lidiar con la duquesa y apenas me dará tiempo de ocuparme de usted, así que compórtese milord —le dijo ella en el modo usual que tenían de hablar.

—Descuide, mi señora. Le prometo que no moriré esta noche —volvió a bromear él como despedida—. Es divertido incordiarla.

Lo oyó toser.

Jillian agradecía que él no pudiera ver su cara o de lo contrario él sería capaz de notar la derrota y preocupación mortal en sus facciones. Prefería que la notara irónica, sardónica y bromista. Mejor eso que la verdad.

La joven tuvo una mala noche y no porque Katherine no estuviera para ayudarla a cambiar o traerle el té que solía beber a la medianoche. Despertó varias veces pensando en el conde y de hecho se levantó en algunas de esas ocasiones porque creía oír que el conde tosía en su habitación.

Se quedó a escuchar tras la puerta de su esposo, en la oscuridad.

Ya no deliraba de fiebre, pero ella sentía que a él también le costaba dormir porque la respiración le fallaba.

Las palabras del médico le taladraban la cabeza.

Debéis estar preparadas.

Ella no estaba preparada.

Al volver a su cama, su pecho le tiritaba como si tuviera frío. Sus manos sudaban y temblaban. Y su corazón latía con fuerza

Al día siguiente las cosas no fueron mejores.

La señora Loren entró a su habitación sin llamar. Venía acompañada de una de las doncellas de la duquesa.

—Milady, la duquesa pide su presencia para acompañarla en el desayuno —le dijo a Jillian que apenas se había incorporado en la cama—. Prepara a la condesa para que pueda a desayunar con la duquesa —le ordenó a la doncella que vino con ella.

Jillian se dejó vestir de mala gana, pero no podía desobedecer a la duquesa.

Cuando bajó ya vestida y lista, la mesa principal con el desayuno ya estaba servido.

El asiento principal estaba ocupado por su suegra quien sentada en esa posición parecía una reina que venía a juzgar unos crímenes. Jillian se acercó con cautela y se sentó.

Las criadas le trajeron unos platillos y le llenaron la taza de té.

Detrás de la duquesa, la señora Loren estaba parada y destilaba una sonrisilla que odió.

Ella era la condesa y debía tragarse que una criada estuviera por encima de ella en la mansión.

Le hizo una reverencia a su suegra a modo de saludo.

—Querida, debes desayunar a tiempo —la duquesa le echó una mirada que le pareció ofensiva—. De hecho, haz perdido algo de peso.

La mujer siguió picando las frutas de su plato.

—He tenido muchas ocupaciones en la mansión —contestó Jillian, aunque con un tono casi sumiso. No podía negar que la duquesa le daba miedo.

—Y es culpa tuya por desobedecer las directrices que te envié por carta y al venir aquí compruebo el despilfarro en la que habéis incurrido para realizar esas reformas innecesarias... innecesarias porque el conde, mi hijastro ni siquiera puede apreciarlos.

Jillian la miró.

La duquesa pensaba ir al grano.

—Sólo pensaba en el bienestar del conde.

— ¿Bienestar? Él tiene todo lo que necesita y estos cambios pueden estresarlo y agobiarlo —la duquesa bebió un sorbo del té.

—Es que no le veo lo malo...—dijo Jillian casi en susurros pero que fue perfectamente oído por la otra mujer.

—Y con esto no le haces ningún bien a tu padre —replicó la duquesa.

La sorprendente mención de su progenitor hizo que Jillian levantara la cabeza.

—El marqués de Romsday estaba en una mala situación económica en estos meses y pudo levantar cabeza gracias a unos negocios que le cedió el duque que es mi esposo y lo hizo porque somos familia.

La condesa batió sus pestañas, confusa.

No tenía idea de los negocios de su padre y el papel de su familia política en ella.

—Puedo asegurarle, Milady, que mi intención nunca fue ofender vuestro esfuerzo para cuidar a mi esposo.

La duquesa golpeó la mesa.

— ¡No quiero oír excusas! Si mencioné al perdedor de tu padre fue para que entiendas el alcance de la fortuna y la influencia de la casa del duque de Saint Owen —la duquesa había cambiado su rostro afable a uno muy serio y enfadado.

Pero que esa mujer se refiriera a su padre en esos términos era demasiado para Jillian.

—Milady, mi padre no es ningún perdedor.

—Asintió a este matrimonio que tenía numerosas condiciones que debías cumplir —la

duquesa volvió a golpear la mesa—. Hablemos con claridad, este matrimonio se realizó por la perspectiva de una viudez temprana y ambas sabemos que no había precisamente una fila para desposarse contigo —Jillian abrió mucho los ojos al escuchar aquello de forma tan directa—. A ambas nos conviene que el conde no extienda su sufrimiento.

Fue el turno de Jillian de golpear la mesa, sorprendiendo a la duquesa con su acto.

Las horribles palabras de aquella mujer, frías y exentas de humanidad la horrorizaban. Cuando se hizo el trato de matrimonio estuvo de acuerdo con realizar una unión de pega, pero ahora que conocía a Weston y las terribles circunstancias en la que vivía por causa de su ceguera y el abandono de su familia, es que comprendía todo el dolor que se escondía tras ello.

No pensaba cooperar ni ser una villana en esta historia.

— ¡A vosotros os conviene! Pero quiero que sepa que me rehúso a formar parte de esa camarilla. No le voy a arruinar la vida a mi marido y aunque sean sus últimos días de vida, no pienso hacerlo sufrir solo por adelantar su final, Milady —Jillian no pudo evitar echar algunas lágrimas ya que era la primera vez que de sus labios salían aquellas palabras que encerraban una verdad patente: Weston tenía los días contados.

La reacción de la duquesa fue cortante ya que arrojó la taza al suelo, haciéndose añicos.

Jillian permaneció en su sitio, sin moverse pese a ello. No pensaba cambiar de idea, aunque la duquesa la amenazara. Y probablemente el primero que pagaría sería su padre.

Pero ¿Cómo comparar algunos bienes materiales con la calidad de vida de Weston?

La duquesa se levantó violentamente del sillón que cayó al suelo.

Jillian temió por un momento que le diera una bofetada, pero sentía su indignación y rabia.

Percibía la mirada de fuego sobre ella, pero no pensaba retractarse.

—Este matrimonio y el hecho que ahora seas condesa de Nolan es obra mía ¿así me pagas? Y que sepas que esto no quedará así —amenazó y volvió a empujar la silla que estaba junto a Jillian al suelo—. Me marchó porque es imposible razonar contigo y no pienso tolerar esto. Por supuesto informaré de todo al duque para que sepa el tipo de nuera que se ha cargado, una que no guarda el mínimo de respeto a su suegra.

La mujer se marchó dando tumbos y sólo cuando Jillian sintió que sus pasos desaparecían luego entre los escalones que iban a la segunda planta, fue que la joven pareció darse cuenta de lo que había hecho.

Acababa de desafiar a una mujer poderosa.

Se llevó las manos al pecho y con cierta dificultad se levantó.

Notó que las criadas la miraban temerosas.

La señora Loren ya no estaba.

Lo más seguro es que había corrido tras la duquesa.

Se sacudió algo de su cabello que hoy estaba algo diferente por el peinado que le hizo la doncella de la duquesa. Como extrañaba a Katherine.

Con dificultad y como si le faltara el aire se dirigió hacia la puerta para salir al salón.

Allí se topó con otra sorpresa.

En lo alto y en la punta de la escalera, portando su bastón con una mano y sostenido por Patrick se encontraba el conde.

Jillian no necesitaba ser muy lista para saber que él lo escuchó todo.

.
. .

La joven se sacudió un poco pero inmediatamente cogió las puntillas de su vestida y subió las escaleras.

— ¿Acaso perdió la cabeza? ¿Qué hace aquí? Debería estar descansando —le recriminó y luego miró a Patrick—. Usted no debería hacerle caso a este cabeza dura, el conde debe reposar. Regrese a su habitación en este momento o no podré explicar al médico que volvió a enfermar por no descansar.

Patrick se apresuró en guiar a su señor quien no opuso resistencia.

No respondió a Jillian, tenía el rostro entre contrariado y sorprendido. Como si lo hubieran cogido desprevenido.

Jillian se quedó en el último escalón viéndolos marchar de vuelta a la habitación.

Todavía les quedaba un día bien duro ya que la duquesa se marchaba y todavía no era capaz de comprender las verdaderas implicancias de sus acciones.

Ofender a la toda poderosa duquesa de Saint Owen era grave.

.
. .

Tal como amenazó, la duquesa se marchó indignada. Jillian ya no se atrevió a decirle nada salvo a darle la reverencia cuando salió a despedirla.

Y su suegra la miró de tal forma que entendió que debía estar preparada para las represalias.

Para la hora de la cena, ya se respiraba un poco de paz con la ida de aquella dama así que aprovechó para ir a las habitaciones de su esposo.

Todavía quedaba pendiente un regaño por haberse levantado y asomar sus narices en el pasillo.

Cuando subió, él estaba en el sillón frente a la chimenea de su habitación. Había cenado apenas pero ya se encontraba sólo porque envió a Patrick a descansar.

Aunque ella no hizo ruido alguno para entrar, notó que él levantaba la cabeza como si se diera cuenta que alguien entraba.

—Tengo que felicitarla —habló él repentinamente.

Jillian se asustó un poco que él identificara que era ella.

¿Cómo podía hacerlo?

— ¿Se puede saber el motivo? —trató de fingir normalidad y se acercó al sillón del conde.

—Se deshizo de mi madrastra —aclaró—. Pero también me defendió y eso me pareció extraño.

Jillian no debería sentirse decepcionada de saber que él no confiaba en ella.

—No voy a dejar que lo dañen gratuitamente ¡llámeme ilusa o lo que quiera! Pero todavía tengo humanidad...y esas personas son un peligro.

Ella se sorprendió también de su propio impulso y se echó al sillón. Miraba la cara seria del conde, iluminada con capas por el calor del hogar.

Estuvo tan enfermo y ella se sentía tan impotente pero no iba a echarse a llorar, no frente a este hombre que parecía tener la capacidad de percibirlo todo.

—Seré ciego, Milady...pero puedo reconocer cuando alguien dice la verdad.

— ¿Qué?...

— Sé que no es una espía—admitió él—. Quizá es estafalaria y algo extraña pero no es una soplona de la esposa de mi padre. Pude comprobarlo ahora y no me culpe por haber sospechado, Milady...atendiendo los antecedentes de mi familia.

Eso sí fue asombroso para Jillian.

Con su naturaleza tan sincera y abierta, tuvo el primer impulso de cogerle una de las manos al conde.

— ¿Entonces finalmente me cree? —le exclamó, aunque inmediatamente soltó la mano del hombre al darse cuenta de su actitud exagerada.

Fue un corto momento de suspenso, pero ambos procuraron componerse de inmediato.

—No es fácil confiar para mí —explicó Weston—. Nunca conocí bien a mi madre y pensé que ella podría ser una para mí, pero resulta que al final su cariño fue una supuesta tapadera para arruinarme —él apretó los puños de rabia—. No me queda mucho tiempo de vida, Milady...pero elijo creer en usted.

Era la primera vez desde que se conocían que él hablaba de esa forma, tan directa y profunda. Y de nuevo la mención de su cercana muerte.

Ella sonrió de forma melancólica.

Miraba la mano del conde y hubiera querido volver a cogérselo, pero se abstuvo.

No pudo evitar lagrimear con las palabras de su esposo.

—A veces temo no ser suficiente, pero quiero que sepa que lo ayudaré, aunque eso implique que la duquesa me haga la vida imposible. No voy a quedarme sentada mientras veo que ella comete atrocidades...

—Deje de decir que no es suficiente...—murmuró él, pero enseguida compuso su voz—. Si todavía hay alguien allí que no la toma en serio ¿no sigo yo aún aquí? Soy conde de Nolan —declaró él con seguridad y regresando al tono sardónico habitual.

Jillian agradeció que ese matiz regresara.

Cuando el conde hablaba de forma sentimental, ella se confundía y temía perderse en los enormes ojos azules perdidos en aquella capa de niebla del conde.

Esa noche, los condes de Nolan tuvieron su primera conversación sincera desde que ella llegara a Trioval.

Ella descubrió no solo que su esposo era una persona muy compleja y sufrido bastante.

Y sin duda ahora la vida seguía castigándolo.

Pero ella quería protegerlo.

Cuidarlo.

Hacer todo lo que pudiera por él.

Esa noche, Weston y Jillian finalmente se hicieron amigos.

.
. .
.

Esa noche, ya en la comodidad de su cama, Weston no podía conciliar el sueño.

Y no por pensar en la charla que tuvo con su esposa donde aprendió a conocerla un poco mejor. Aunque era una joven mimada por su padre, tenía unas hermanas muy difíciles y tuvo una

vida complicada en varios aspectos y tenía que estar a la defensiva para sobrevivir, incluso casarse con un tullido como él.

En cambio, lo que hacía era tocarse su propia mano izquierda, la misma que aun emanaba un débil aroma de ciruelo blanco, y que Jillian en un impulso le había cogido y que se mantenía extrañamente aun cálida.

Weston no comprendía esa multitud de emociones extrañas que lo atiborraban por pensar en ello.

Anhelos.

Deseo.

Ansias.

¿Qué demonios le ocurría?

No era lo que se suponía debería preocuparse un hombre ciego, enfermo y prácticamente en las puertas de la muerte.

CAPITULO 9

.
.
.

—Ni siquiera he podido dormir la siesta durante una semana por su culpa ¿qué es este escándalo? —rezongó Weston golpeando el bastón.

A su lado, el fiel Patrick ayudaba a sostenerlo, aunque Weston en su habitual orgullo lo empujaba cada tanto.

Estaban en la punta de la escalera donde Jillian asistida por dos carpinteros locales más dos criados de la mansión ayudaban a preparar lo que la condesa llevaba días preparando.

—Es un artefacto muy interesante, milord. Le prometo que no volverá a tomar té en la habitación, sino que podrá hacerlo en el jardín y aprovechar el buen tiempo —explicó ella animada.

—Precisamente soy ciego ¿Cómo se supone que aprecie su supuesto artefacto interesante?

Parece que era la pregunta que Jillian había estado esperando.

Llevaba días diseñando la idea, la de una silla especial que pudiera balancearse por los barandales de la escalera. Por supuesto que para la movilidad se requeriría asistencia de los criados, pero según los cálculos de Jillian era factible y como la idea era no forzar los pulmones del conde, él podría pasear de nuevo al aire libre como antaño.

Envío el diseño a los carpinteros del pueblo y luego de varias conversaciones, ellos pudieron fabricarle uno de acuerdo al meticuloso diseño.

Era un regalo que Jillian quería hacerle.

Desde que hace unas semanas, tuviera el altercado con la duquesa, sabía que no había necesidad de manejarse de forma sigilosa.

También el regreso de Katherine con noticias fue esperanzador, ya que el señor Bleinman le informó que en efecto conocía unos médicos bien competentes pero que se encontraban de viaje pero que él mismo se encargaría de enviarles una carta notificándoles de la urgencia de que viajen a Trioval con toda discreción.

Así que mientras aguardaban la llegada de los médicos, Jillian estuvo entretenida con lo de la silla.

Llegado el día que tocaba ensamblarlo y probarlo fue emocionante.

Luego de oír la explicación de Jillian, Weston apretó el puente de su nariz.

— ¿Intenta matarme, Milady? Nunca había oído antes de algo igual.

Los carpinteros terminaron el ensamble. La silla estaba bien sujeta.

—Solo queda probar el sistema de deslizamiento, Milady.

—Lo probaré yo misma —adujo Jillian feliz de ver su invento materializado.

— ¡No! —exclamó el conde.

Jillian volteó al oír la voz de su esposo.

— ¿Por qué no? Los inventos se prueban, milord.

— ¿Qué haríamos si la prueba acaba matándola? Además de ciego y enfermo, seré viudo. Y no me gustan las bodas y no planeo pasar por algo así de nuevo —hizo un sonido con el bastón—. Patrick, acérqueme al dichoso sillón, que lo voy a probar.

Jillian quiso intervenir, pero Weston se mostró inflexible y era imposible desobedecer una orden del amo de la casa.

Ella aun no lo sabía, pero detrás de aquella acción de Weston había una poderosa razón: él no quería que ella se lastime. Era joven y tenía mucho por vivir.

En cambio, si algo le pasaba a él, solo era adelantar algo que estaba cantado.

Así que Weston, asistido por Patrick y los dos criados se acomodó en el sillón deslizante.

—El escurrimiento será lento así que no habrá necesidad de haya un criado en cada lado, el usuario puede bajar sin asistencia, ya que el sistema que diseñó Milady ha sido innovador —comentó el carpintero jefe, emocionado de haber formado parte de aquella fabricación.

Weston no veía nada, pero sintió que se trataba de un sillón que tenía hasta cojines incorporados. Lo sintió más alto que otros sillones, pero se sentía perfectamente normal.

Pero cuando el carpintero iba a bajar la palanca que dirigía el método, Jillian tuvo una visión ya que, al ver a su marido a punto de probar aquel artefacto, algo le resonó en el interior de su pecho y se acercó.

—Voy a ayudar con el deslizamiento —advirtió Jillian, temerosa de soltarlo sólo.

— ¿Acaso no hizo esto para mí?

Jillian no quería hacer tan evidente lo que le pasaba.

—Soy la diseñadora de este artefacto, yo más que nadie sabré si el deslizamiento funciona bien —se excusó Jillian colocándose junto a la silla—. Caminaré detrás del riel.

—Nada de eso —negó Weston cogiéndola del brazo y haciéndola sentar en su regazo.

Ella se sonrojó hasta la punta de los cabellos, pero Weston no le dio tregua.

—Aprieten la bendita palanca.

El carpintero lo hizo y ante la expectativa de todos los presentes, el sillón comenzó a deslizarse lentamente hacia abajo. Como si fuera un paseo tranquilo.

Tranquilo sólo en lo que se refería en el funcionamiento del sillón y su sistema.

En cambio, para Weston y Jillian, la historia era otra.

Estaban tan cerca uno de otro, que eran capaces de sentir el sonido del latido de sus corazones.

Para ambos, fue como si todos los demás hubieran desaparecido y solo quedaban ambos.

Él no podía verla, pero podía sentirlo todo. Pero por, sobre todo, la exquisitez de su olor a ciruelo blanco que se le metía a las fosas nasales como un dulce disparador de dulzura. Al tenerla sentada sobre él, su mano la sostenía de la cintura.

Aunque ella estuviera cubierta por una capa de ropa, él era capaz de sentir su piel en todo su esplendor. Quizá nunca lo vería con los ojos, pero sentía que aun así podía hacerlo en su mente y era más real que cualquier otra persona.

Y para ella, tener tan cerca el rostro de su precioso esposo, fue una experiencia imposible de describir.

Sentir su mano cálida rodeándole la cintura y ese olor a bergamota que ahora asociaba a él.

Fue como si el tiempo se hubiera detenido.

Sólo existían ambos y no eran capaces de acordarse de los demás. Sólo estaban ellos, nadie más.

— ¿Milord? ¿Milady? —la voz del señor Patrick carraspeando los interrumpió de aquel trance de ensueño—. Dicen los carpinteros que la prueba ha sido perfecta.

—Oh...—Jillian salió de su ensimismamiento y se apresuró en levantarse del regazo del conde.

Con ello se cortó la tensión y volvieron a la realidad.

Jillian estaba roja como un tomate y le era imposible disimular, pero le pasó su bastón al conde.

Él supo disimular mejor el trance y se apresuró a volver en su usual actitud.

Patrick ayudó al conde a levantarse.

— ¿Esto es el maldito salón?

—Sí, milord —explicó el mayordomo.

—Pues tu señora dice que hizo preparar una comida en los jardines ¿a qué esperas?
—ordenó.

Jillian le hizo un gesto a los criados para que avisaran a las cocinas y ella quedó atrás mientras Patrick ayudaba a guiar a su señor.

Sólo Katherine vino a mirarla de forma suspicaz.

—Si no conociera a mi señorita, diría que se enamoró del conde —le susurró la doncella.

Jillian le dio una mirada feroz.

—No digas tonterías, esto es simple humanidad —inventó Jillian—. Asegúrate de pagar los honorarios que faltaban a los carpinteros y dales un poco más porque no me gustaría que vayan con el chisme en el pueblo.

— ¿Chisme acerca del diseño de la silla o que usted y el conde parecían muy acaramelados?
—bromeó Katherine con esa libertad de conocer a su señora desde que era una niña.

Jillian le volvió a dirigir una mirada asesina antes de que Katherine desapareciera tras los carpinteros.

.
.
.

El almuerzo que se sirvió en el jardín fue perfecto por sobre todo porque el clima ayudaba.

Pero además ella le tenía otra sorpresa. Una que quizá él podría esperar, pero no tan pronto.

Mientras el conde se acomodaba en los sillones, que él sentía nuevo, oyó una voz que hacía tanto no escuchaba.

—Capitán Nolan...

Weston levantó la cabeza tras oír aquel nombre y más por esa voz que reconocía perfectamente como la de su amigo, el teniente de navío, Steven Blosson.

— ¿Steven?

Jillian se alejó un poco mientras ambos amigos se reencontraban. Notó que Weston se emocionaba y lo mismo le ocurría a su amigo, el teniente Blosson.

La presencia de Steven Blosson en este lugar respondía al esfuerzo que hizo ella por ubicarlo luego de que Weston le dijera que desde que estaba encerrado en Trioval no había tenido noticias de él o de otros amigos suyos.

Pero no era difícil saber que sus visitas o su correspondencia fue bloqueada por los partidarios de la duquesa.

Jillian envió una carta a su padre para que localizara al teniente Blosson y pudieran enviarlo a Trioval.

No quería ni pensar que el apremio que Weston tenía de que buscara a aquellos antiguos camaradas radicaba en que el conde quizá se estaba despidiendo de ellos, atendiendo su diagnóstico.

La joven quería llorar, pero se mantenía fuerte para cumplir aquellos deseos.

Comenzó a lagrimear cuando oyó conversaciones entre Weston y su amigo. Todas añoranzas y recuerdos de un pasado que jamás volvería.

No soportó y fingió levantarse para supervisar la comida. No era verdad.

También sentía que ella estaba demás en esa conversación y daba cuenta que había tanto que no conocía de él. Y que probablemente ya no conocería.

Oyó que ambos hombres reían por algunas anécdotas.

—El capitán Steven Blosson es mi camarada más antiguo, y el único que sigue vivo de mi promoción —le había dicho Weston cuando le contaba de su deseo de encontrar a su amigo.

Jillian se dirigió a las cocinas y verificó que el té estuviera en su punto, así como el resto de las comidas.

Decidió mantenerse ocupada para no molestarlos.

Cuando cayó la noche, Weston volvió a utilizar la silla que ella diseñó para subir a la segunda planta.

Era claro que deseaba seguir conversando con su amigo, pero su cuerpo necesitaba descansar.

En la habitación, Weston junto a Patrick se preparó para lavarse. Jillian había entrado para acompañarles.

Estaba presa de ansiedad desde que lo sintió toser demasiado.

—Vamos, mi señora, admita que quiso quedarse en la habitación para verme sin ropa —sólo las bromas de Weston cortaban la tensión.

—Ya quisiera usted que yo tuviera esas inclinaciones —respondió ella con otra broma haciendo el esfuerzo de seguirle la corriente.

Era mejor eso que la cruda realidad.

Weston estaba demasiado débil.

Ella ayudó a buscarle prendas limpias y ayudó a lavarle las manos y el rostro.

Lo hizo con delicadeza, procurando disimular porque Weston era capaz de oler las lágrimas.

Al pasarle la jofaina, él posó su mano sobre la de ella que ayudaba a lavarlo.

La joven quedó estática ya que aquel roce era demasiado inocente pero directo.

No hubo bromas ni juegos de palabras. Jillian retiró su mano antes de perder el escaso control que aún le restaba.

Weston y Jillian ya no volvieron a hablar ese día.

Ambos estaban demasiado turbados. Ella se retiró luego de ver que Patrick ayudaba a acomodarlo en la cama. Él fingía autosuficiencia, pero lo cierto es que conde estaba agotado.

.
. .

Cuando Jillian bajó para verificar algo hacia las cocinas, en su camino se encontró al teniente Blosson sentado en el salón. El hombre lucía muy diferente al aspecto alegre que le vio mientras conversaba con el conde ya que el Steven Blosson de ese salón se veía triste y derrotado.

Él también se había dado cuenta de que Weston no duraría mucho.

—Teniente Blosson ¿aún no descansa?

El hombre pareció despertar de su letargo y se apresuró en levantarse a hacerle una reverencia a Jillian.

—Milady.

—Puedo pedir que le suban algún bocadillo o si tiene preferencia en otro tipo de té —preguntó la joven, pero él la interrumpió.

—Necesitaba agradecerle, Milady.

— ¿A mi...?

—Es gracias a usted que el capitán Nolan pudo salir de esa reclusión.

—No es nada...es mi deber de esposa.

El teniente Blosson suspiró y se acercó a la chimenea humeante.

—No sabe la cantidad de veces que envié correspondencia y así también todas mis visitas fueron bloqueadas. La duquesa me dijo que el capitán no deseaba ver a nadie.

Con esto Jillian daba cuenta de la rigurosidad de la duquesa en bloquear a los contactos de Weston.

—Su visita le hará mucho bien.

El teniente permanecía en silencio como si algo le pesara con fuerza.

Jillian lo observaba con respeto, ya que el teniente formaba parte de aquel pasado de Weston que ella aun no conocía bien. Notaba por sus ojos y sus gestos que le dolió ver al conde en ese estado.

—Milady, si usted lo hubiera visto o conocido en ese tiempo, podría entender lo que el capitán Nolan significa para todos —comenzó a decir Blosson y mirándola—. Es el hombre más valiente que haya conocido, no dudaría ni un momento en arriesgar su vida para salvar a otros. Él planeaba morir en vez del Almirante Nelson, pero la bala de cañón explotó antes de que él se arrojara a cubrir al Almirante —en ese punto el teniente tenía ya cristalizada la mirada—. Cuando sabíamos que él estaba en el barco, sentíamos tanta fe porque sabíamos que él nunca nos abandonaría...

Jillian se vio contagiada por las emociones de aquella narración, que, si el teniente no le contaba, jamás se hubiera enterado.

Weston Nolan era un hombre que había sufrido mucho y la vida se estaba ensañando con él.

Se limpió las lágrimas que no podía detener.

El teniente pareció darse cuenta e hizo lo posible por recobrar la compostura.

—Milady, no fue mi intención incomodarla —el teniente buscó los guantes que había puesto cerca de la chimenea y volvió a hacer una reverencia a la joven condesa antes de retirarse a la habitación de huéspedes que le habían asignado.

Aun así, aquellas palabras quedaron latentes en Jillian.

Una pesadumbre de qué tan poco conocía a Weston y que tanto le hubiera gustado seguir conociéndole.

—Pero parece que no alcanzará el invierno...—siseó en voz baja para sí.

Se tapó la boca para llorar y se echó al suelo. Afortunadamente no había nadie por el horario salvo Katherine quien vino preocupada a buscar a su ama y la abrigó con una capa.

Fue una noche triste en Trioval como preludio de que pronto las sombras surcarían la mansión y las estrellas se ocultarían para no volver a mostrarse jamás.

.
. .

—Milady...despierte. —Jillian sintió la voz de Katherine que intentaba despertarla
La joven se incorporó como pudo, aunque había descansado demasiado poco.

Era extraño que Katherine la despertara así que se asustó, temerosa que hubiera ocurrido algo.

— ¡Dios mío! ¿ha pasado algo? ¿el conde ...?

—El conde sigue dormido, aún es muy temprano —se apresuró a aclarar la doncella—. Las únicas despiertas en la casa somos nosotras y no olvidemos a la señora Loren quien despertó para intentar bloquear a las personas que llegaron. Afortunadamente oí el tumulto y pude detenerlo.

— ¿Qué personas? —preguntó Jillian aun confusa.

—Finalmente los dos médicos que envió el señor Bleinman llegaron a la mansión y los hice pasar porque ambos decidieron venir aun con la inconveniencia del horario.

Eso terminó por despertar a Jillian.

—Ayúdame a vestirme, Katherine —quien presurosa comenzó a buscar la jofaina para lavarse, pero viendo que Katherine tenía una cara de circunstancia—. ¿Qué pasa?

La joven doncella parecía dudar.

— ¿Qué ocurre? —insistió Jillian

—Es que uno de los médicos es alguien que usted conoce muy bien.

— ¿Quién?

—El señor Robert Coleman —anunció Katherine frunciendo el ceño esperando la reacción de su señora a ese nombre.

CAPITULO 10

.
.
.

—Es que no necesitamos autorización de tu padre, si es ese el miedo —le decía el joven con el sombrero en la mano.

Jillian no estaba convencida.

No porque Robert no le agradase, no había persona que la hiciera reír y que fuera tan agradable como él. Llevaba conociéndole casi cuatro años prácticamente desde que eran unos niños, desde que su padre instituyó la academia en la mansión.

Le tuteaba con la confianza propia de años de conocerla.

Robert estaba por marcharse a estudiar Medicina a Viena e inesperadamente le propuso matrimonio la última tarde que asistió a la clase del señor Bleinman.

Jillian se sintió tentada ¿Cómo no hacerlo?

Desde que debutó en sociedad, nadie la miraba y aunque recién paseaba dieciséis primaveras, ésa era la edad ideal para hallar futuros prospectos matrimoniales.

Pero pese a su juventud, hasta Jillian sabía que, si huía con Robert Coleman y se casaban en secreto en Gretna Green, la ignominia caería sobre la casa del marqués de Romsday y sobre todos sobre sus hermanas, entre las solteras y casadas de ese momento.

Rechazó la propuesta de Robert Coleman y él se marchó a Viena, decepcionado que su amiga no se animara a arriesgarse con él.

—Conmigo, serías libre de los ojos perniciosos de tus hermanas y no estarás sujeta a lo que diga el círculo de tu padre —fue otras de las cosas que él le dijo.

Pero ya estaba hecho.

Fue así como Jillian dejó ir a Robert hace cuatro años.

.
.
.

Jillian pasó cuatro años sola, siendo objeto de burla de sus hermanas y en los salones se reían

de ella por su aspecto demasiado redondeado para el gusto estético de esos aristócratas.

Por un momento, en ese tiempo, alcanzó a arrepentirse de haber rechazado la proposición de Robert y pensaba en él con frecuencia.

Pero hace algunos meses, su situación cambió cuando su padre la casó con un hombre, que todos decían era un cadáver viviente. Pero desde que lo hizo ya no había vuelto a acordarse de Robert. No cuando en su mente y su corazón, sólo pensaba en su esposo y en cuanto quería hacer por él.

En cuanto a Robert, algunas preguntas siempre quedaron en el tintero. ¿Cómo no hacerlo?

Ese amigo de infancia y compañero de clases fue su mejor asistencia cuando Jillian planeaba sus primeros diseños y despertaba aquella vocación dormida por las artes manuales e intelectuales.

Robert era un chico de sonrisa fácil, que hacía bromas irónicas todo el tiempo.

De allí y sus largas charlas, fue que Jillian desarrolló aquella dialéctica de ingenio con la cual solía enfrentarse a su esposo.

¿Se habrá casado con una buena mujer?

¿Ya es un médico de renombre como soñaba ser?

Parte de esas preguntas, Jillian ya no necesitaba que nadie se lo dijera.

Tenía la respuesta frente a sus ojos.

Robert Coleman, inclinado cerca de la cama del conde de Nolan examinaba a su esposo. Cerca suyo, el colega que había venido con él, portando maletas con numerosos implementos médicos y extraños. Conversaban en terminología técnica.

Cuando se vieron en la entrada, él la saludó con un respetuoso formalismo, como si no la conociera de nada, cortando de tajo cualquier posibilidad de que ella lo recibiera intentando recordar su amistoso pasado.

Y ahora lo veía trabajar.

Estaba hecho un hombre muy atractivo, lejos de aquella delgada juventud. La cabellera rubia que siempre mantuvo larga, ahora lo mantenía corta.

—Milady, si desea puede esperar un momento. Vamos a desvestir al conde para revisar la inflamación —le dijo el acompañante de Robert.

Jillian miró hacia su antiguo amigo, pero él no le devolvió la mirada.

Luego miró a su esposo y éste pareció entenderla.

—Mi señora, deje a los médicos hacer su trabajo —le pidió—. Ya sé que le gusta

observarme, pero no sea tan obvia.

Weston no podía dejar de ser bromista un solo momento.

Pero fue preciso para aliviar la tensión que sentía la joven.

Jillian y Katherine salieron dejando a los dos médicos y el señor Patrick junto a su esposo.

Estaba nerviosa del dictamen médico.

Era cierto que Weston había hecho aquella última broma, pero ella no era tonta, distinguía su voz más apagada, como si cada aliento necesitase de más aire que parecía faltarle.

Comenzó a lagrimear y sólo Katherine, quien era muy receptiva la cogió del brazo para sacarla de allí y buscarle algún té calmante.

.
. .

Jillian despertó de la duermevela al sentir que alguien llamaba por su nombre.

Al abrir los ojos y aclarar la vista notó que era Katherine quien la llamaba. Estaba en su estudio, en su sillón, rodeada de todos sus diseños y pinturas.

—Los médicos desean verla —informó Katherine—. En el despacho del señor.

— ¿Qué hora es?

—Ya son las ocho de la noche, los médicos estuvieron examinando por casi tres horas. Se ven agotados, pero aun así desean conversar con usted.

—Ayúdame con los zapatos —ordenó Jillian.

La doncella obedeció y luego a las volandas fueron al despacho de abajo. Era claro que los galenos no querían que el enfermo oyese su última sentencia.

Al llegar se topó con Robert, con apariencia cansada escribiendo algunas notas sobre la mesa de apoyo y al otro hombre revisando unas notas.

Al verla entrar, se levantaron en señal de deferencia a saludarla.

—Milady.

— ¿Tenéis algo que decir? —preguntó Jillian sin saludar y presa de la ansiedad.

Robert la observaba cuidadoso, pero fue quien habló.

—Necesitamos observar al conde por unos días más, Milady —comentó Robert—. No quiero darle falsas esperanzas y necesito más tiempo con el paciente.

— ¿Tiempo? —preguntó Jillian

—Tengo la sospecha de que no sea realmente tuberculosis —y ante la sorpresa de Jillian se apresuró en aclarar—. Hemos analizado algunas cuestiones y tomado muestras y este caso es muy parecido a unos casos documentados que derivan del envenenamiento por alacrán.

Jillian oía sin poderlo creer.

—Concuerdo con el doctor Coleman, si esto realmente fuera tuberculosis, el conde ya debería estar padeciendo de otras desmejoras en otros órganos, en cambio sigue focalizado en los pulmones y no concuerda con los enfermos clásicos de tuberculosis. Nos han dicho que recibe tratamiento.

—Así es —asintió Jillian incrédula—. Tiene un médico de cabecera.

—Pues ya no debería recibirlo —sugirió Robert serio—. Si vamos a seguir nuestro método, ese tratamiento no sirve y si mis sospechas de envenenamiento son comprobadas, necesitamos asegurarnos que el paciente reciba la medicina correcta, pero aun deseamos poder observarle —Jillian vio que Robert parecía algo incómodo—. Siempre y cuando nos permitan tratarle y descartar nuestras sospechas.

Fue como una ventisca de esperanza apareciera en el horizonte de forma inesperada.

— ¿Mi esposo tiene esperanzas?

—Si es que el veneno no comprometió aun el corazón...podría haber una posibilidad —aclaró Robert inmediatamente al verla tan entusiasta.

Pero para Jillian no importaba.

Habían vivido con desesperanza esperando la muerte del conde en cualquier momento y viéndolo marchitar cada día que aquella noticia inesperada ni siquiera hizo razonar a Jillian de que de ser cierta la idea de esos médicos, Weston fue envenenado lentamente todos esos años.

La joven se acercó a los médicos con las manos temblando y los ojos vidriosos, en un impulso cogió la mano de un atribulado Robert.

—Le ruego que lo ayude...se lo suplico

Aquella forma de rogar tan elocuente, paralizó brevemente a Robert quien se desasíó de inmediato, consciente de sus respectivas posiciones sociales apresurándose en soltarla y haciéndole una reverencia.

—Mi señora, haremos lo necesario si nos autoriza a tratarlo —sacó con una media voz—. ¿El conde necesitará saberlo?

—Se lo diré en la mañana, no deseo aturdirlo esta noche. Pero tenéis mi autorización para proceder al tratamiento en absoluta reserva y solo podremos estar al tanto nosotros, así como mi doncella. Temo que los demás miembros de la casa no necesitan estar enterados —adujo

pensando exclusivamente en la señora Loren.

El médico que acompañaba a Robert carraspeó.

— ¿Informamos a la casa del duque de Saint Owen?

Jillian lo pensó.

No informar al padre de su esposo, quien también era su superior, era grave. Pero mantenerse a salvaguarda de acciones de la duquesa le parecía más apremiante.

—Yo tomaré la responsabilidad —declaró la joven—. El señor Bleinman les habrá dicho que este caso debe ser manejado con absoluta discreción.

.
. .

Cualquier otro enfermo que hubiera recibido una noticia positiva como ésa podría estar tranquilo y esperanzado.

Pero no era el caso de Weston, quien comenzó recibir tratamiento de inmediato.

Desde que había quedado ciego, había aprendido a agudizar sus sentidos y más en las cuestiones que le interesaban como era el caso del aroma de su esposa.

Y en este caso, aunque no podía verlo sí podía sentir aquella latente tensión entre su esposa y uno de los médicos, él que parecía ser el más joven.

Percibía que ella le hablaba en un tono diferente a los demás.

Jillian solía quedarse mientras los médicos le controlaban y administraban la medicación que tenía un sabor espantoso y hablaban de su caso, pero Weston no les prestaba atención ya que estaba más atento entre las interacciones de Jillian con ese hombre.

—Esto no es tuberculosis, es producto de un veneno de alacrán —determinó aquella voz que ya comenzaba a detestar.

Dos días de control y observación bastaron para sacar aquellas conclusiones.

— ¿Es posible que pueda curarse del veneno? —oyó a Jillian preguntar, ya que la joven no se movía de allí.

Aquella incipiente molestia que le nacía del pecho le hacía cuestionar si realmente se quedaba por él o para tener cerca a ese médico.

—Mi señora, con tantas preguntas lo que hace es incordiar ¿Por qué no nos deja un momento a solas? Deje que estos hombres puedan examinarme en santa paz.

Weston empleó su habitual tono irónico, pero hablaba bastante en serio.

Quería que ella saliera de la habitación.

Notó un molesto silencio hasta que ella finalmente salió de la habitación, ciertamente molesta.

Aunque se mordía los nudillos por disimular la creciente molestia que sentía, debía reconocer que se sentía mejor.

La tos había desaparecido e iba ganando fuerza.

—Sólo basta que reciba muchos alimentos cárnicos para nutrir las graves falencias que recibió esos meses —le comentó uno de los médicos, justamente la voz que no le gustaba.

En la semana completa que los médicos lo atendieron, notó que Jillian solía aparecer silenciosamente cerca de la puerta de la habitación.

Pero, aun así, él podía sentirla.

Era como si aún estuvieran enfadados, más era la potencia del aroma del ciruelo blanco en la habitación. No estaba seguro porque cada vez se sentía mejor y sus sentidos se veían más agudizados.

Esa tarde en particular, cuando el médico le avisó que el tratamiento había acabado de administrarse con éxito y solo bastaba esperar que el tiempo y la naturaleza terminaran de reparar su cuerpo con descanso adecuado y, sobre todo, una dieta cárnica, el veneno terminaría de mermar por completo sin secuelas físicas.

Sintió que Jillian saltaba de la felicidad e incluso agradeció de forma efusiva al médico ése que se llamaba Robert Coleman, y fue donde Weston tuvo de nuevo uno de sus particulares e incontrolables ataques.

— ¿Qué pensarán los señores de sus impulsos, mi señora? —dijo en un tono de voz severo.

— ¿No le parece una noticia maravillosa, milord? —ella respondió feliz.

Pero por algún motivo, Weston no deseaba que desplegara su sonrisa y menos a ese hombre, el doctor Coleman.

Era ciego, pero no estúpido.

—Si no hiciera usted un alboroto por la noticia, podría ser realmente feliz.

Un silencio y tensionado silencio.

—Patrick, lleva a los señores a la cocina, deben tener hambre luego de haber atendido a este ciego toda la mañana —ordenó a su mayordomo ya que sabía que se encontraba en el salón.

—Sí, milord —lo oyó decir, con una voz de incomodidad también. Hasta ese pobre hombre se percataba de su antipatía.

—Yo también me retiraré...milord —la escuchó decir antes de salir.

Finalmente, en la habitación, Weston quedó solo ya que los médicos fueron tras el señor Patrick y ella había salido sola.

Había sido duro, pero ya no soportaba ese aire a coqueteo de parte de ella a él.

Sintió unos pasos acercarse luego de cruzar la puerta y mantenerse a respetuosa distancia.

Estaba seguro que era uno de los criados.

— ¿Ben?

—Mi...milord —tartamudeó el joven lacayo

Se notaba que era joven y era uno de los nuevos criados que seleccionó Jillian por su timidez y torpeza notable.

Pero era el único que tenía a mano.

—Revisa donde anda la condesa...y —dudó un poco, pero agregó—. También el médico Coleman, revisa donde están y vienes a informarme ¿entiendes?

El joven parecía sorprendido ante el pedido de su amo, pero no iba a discutirlo.

Aunque fue la condesa quien lo contrató, el pequeño criado siempre querría ganar puntos con el amo de la mansión.

—Enseguida, milord.

Lo oyó correr para cumplir la orden.

Se sentía ridículo, pero se había tragado la semana entera con esos inadecuados pensamientos.

Ni siquiera había tenido tiempo de idear alguna forma de cómo manejar su propio envenenamiento, que era una información de cuidado. Su padre podría no creerle.

Pero ahora sentía que debía lidiar primero con estos molestos ataques que le daban. Parecía que cuando más se curaba, unos sentimientos parecidos a los celos lo atosigaban.

Oyó los pasos arrastrándose del joven criado, quien venía corriendo.

—Acércate —le ordenó

—Milady y el médico conversan en el jardín.

Oír eso hizo que Weston se levantara de un solo movimiento.

Apretó los puños.

—Guíame hacia la zona de la escalera, usaremos la silla deslizante —le ordenó.

El pequeño Ben se extrañó, pero no iba a desobedecer.

— ¿Exactamente en qué parte del jardín? —le preguntó.

—Cerca de los rosales del cuarto ventanal que da a la biblioteca —informó el muchacho.

Weston lo pensó un momento.

—Vamos hasta la biblioteca, y al llegar allí cerrarás la puerta, que nadie entre mientras yo esté ahí ¿entendido? —volvió a ordenar—. Pásame el bastón.

El muchachito fue obediente, lo guió hacia la silla y lo llevó hacia la biblioteca, luego se aseguró de cerrar la puerta y custodiarla que nadie viniera a meterse en sus asuntos.

Weston podría estar ciego, pero sabía mentalmente la localización del ventanal, sólo debía contar cuarenta pasos desde el enorme escritorio hasta la abertura, empujarla con cuidado y todo el ruido exterior entraría por ella.

Se ocultó a un costado y no le costó encontrar lo que buscaba.

Unas familiares voces.

Eran Jillian y el doctor Coleman.

—Tiene que prometerme que hablará de esto con la sociedad médica, si es cierto que oyó de esa cirugía —la escuchó decir.

—No deseo darle esperanzas, pero sí le puedo jurar que conversaré con mis maestros para que me enlacen con la sociedad médica de Viena y si en verdad hay un método adecuado para operar los ojos del conde.

La oyó suspirar.

Él permaneció callado, seguro contemplándola y eso le daba más rabia.

—Mi venida fue secreta e incluso nuestra presencia se hizo con extrema reserva. Temo que la duquesa pueda hacernos las cosas difíciles al llegar a Londres.

—No importa, es un héroe de guerra ¿permitiremos que lo mancillen así? Ya fue envenenado y si hay forma de mejorar sus condiciones de vida ¿Por qué no intentarlo?

El sonido del viento y de la tela de su vestida daban cuenta que ella volvió a girarse.

Volvió a instaurarse un silencio.

—Usted es demasiado buena y él es un hombre difícil...

—Es mi esposo y es mi deber —respondió la joven, pero había algo en su tono de voz que Weston no sabía descifrar.

Otro silencio complicado.

—No hubiera tenido que pasar por esto si se hubiera casado conmigo ¿sabe?

La sorpresa se llenó en el rostro de Weston, quien no esperaba tamaña revelación.

¿Ellos se conocían de antes e incluso tuvieron ese tipo de relación?

Su intuición no le había fallado.

—Eso quedó en el pasado...y lo sabe —el tono de ella parecía nostálgico—. ¿Acaso aquello se interpondrá en mi pedido?

— ¿Acaso no estoy aquí? El único motivo por el que vine es porque usted pidió ayuda, caso contrario no hubiera movido un dedo. Todo lo estoy haciendo por usted.

A Weston le dio un escozor al pecho como si quisiera arrojar todo lo que hubiera a su paso. Ya no podía seguir escuchando o no sería capaz de responder por sí mismo.

Apretó su bastón y caminó dando golpes hasta que el pequeño Ben abrió la puerta al haber escuchado los golpes de su señor.

—Ayúdame a subir a mi habitación —le ordenó—. No se te ocurra comentarle a nadie que estuve aquí abajo ¿oíste?

—Si...si milord.

Pobre muchachito, lo estaba apremiando demasiado, pero en este momento no estaba por la labor de tener miramientos con nadie.

En su mente sólo estaba lo que escuchó entre su ella y ese hombre.

.
. .

Patrick le había dicho que el conde le pidió estar solo y que no deseaba ser molestado.

No bajó a cenar, pero si pidió que le subieran té.

Eso fue extraño para Jillian, ya que desde se instaló el sillón deslizante, Weston hacía sus comidas en el salón. Sin contar que él se sentía mejor día con día.

Estaba cansada, luego de haber despedido a los médicos, quienes se marcharían a Londres al día siguiente.

Había tenido una significativa charla con Robert y roto parte del hielo que se había instalado en medio de su amistad.

Decidió subir a ver a Weston y obligarlo a cenar.

Anduvo muy malhumorado esos días y necesitaban una charla.

Necesitaba comer carnes como parte de la dieta médica.

—Ese tonto me va a oír —se dijo a sí misma.

Hizo un golpecito a la puerta y luego empujó la puerta como siempre hacía.

Por un momento tuvo un dejavú de la primera vez que lo vio al encontrarlo casi en la oscuridad sentado frente al fuego de su chimenea en la misma posición de esa vez.

—Va a tener que cenar —comenzó a decirle, pero se calló al notar que él tenía en sus manos una insignia con los colores de la Royal Navy. A pesar de la penumbra, ella reconoció los colores sumado a que él mantenía un semblante melancólico y nostálgico.

—Imagino que me ve como a una fenómeno —comentó él repentinamente sorprendiéndola.

— ¿Qué...?

Él alzó una mano empuñando la insignia.

—Si supiera que alguna vez estas manos fueron capaces de empuñar armas o de domar caballos como ningún otro —hizo un silencio que a Jillian sobrecogió—. La hubieran podido proteger a usted de cualquier cosa...pero en cambio, hoy sólo pueden limitarse a esconderse en la oscuridad y no tienen nada más que ofrecerle.

Él nunca le había dicho cosas como esas.

Jillian no pudo evitar que sus ojos se cristalizaran ante la impotencia que él sentía.

La misma ternura que siempre guardaba para él volvió a aparecer con fuerza al saberlo tan frágil. Iba a decir algo, pero él se adelantó.

—La escuché hace un rato ¿no se comprometió con ese médico por mi causa? Él si sería capaz de protegerla a usted de todo e imagino que no tiene una familia tan complicada como la mía...

Eso si la tomó de sorpresa a ella.

¿El conde oyó lo de ella y de Robert?

Pero es que justamente no había pasado nada. Y ni iba a pasar.

Escuchar sus palabras con un sentido de derrota era más de lo que ella podría soportar.

Él volvió a pasarle los dedos a la insignia en sus manos.

—Antes que atarla a un ciego que nunca podrá protegerla como usted se merece, prefiero dejarla ir. Es una buena mujer y en poco tiempo, fue capaz de arreglar mi vida cuando ya estaba con un pie en la tumba...usted no se merece esto. Yo no la merezco...

Las manos de Jillian que colgaban a los costados comenzaron a temblarle como nunca y no es que la habitación estuviera fría.

Él se levantó repentinamente como si la estuviera viendo en realidad.

La visión de saberse lejos de él es más de lo que ella podía soportar.

Comenzó a lagrimear.

— ¿Cómo puede decir que usted no me merece? ... si es lo único a lo aspiro ahora... —con una voz atracada de un dolor que le venía desde el alma.

Y como él seguía parado allí sin reaccionar, pudo detener su poderoso impulso ya que cogió la mano de él que acariciaba la insignia y sin que siquiera él pudiera preverlo, la joven se arrojó a besar esos labios tomándolo de sorpresa por el ímpetu y vehemencia.

Un beso calcado de calor y sabor.

Un beso que lo contenía todo.

Incluido sus propios sentimientos.

Él se vio sorprendido y por un corto instante permaneció estático, pensando quizá que era un sueño o una alucinación, pero luego tampoco pudo seguir evitando lo que sus palabras presentaron como antesala.

Al diablo todo.

Lo único que deseaban eran besarse.

Él la cogió del talle, de forma tierna y dulce, como si le pidiera permiso muy a diferencia de la primera vez que se vieron cuando él la asaltó con sus manos para palparla con grosería.

Eso había quedado muy atrás.

Allí sólo estaban un hombre y una mujer, ambos solitarios que siempre se estuvieron buscando, aunque vivían en la misma casa.

Pues parece que al fin se habían encontrado.

Y admitido lo que tanto les costaba.

CAPITULO 11

-
-
-

Jillian se rozaba los labios con ambos dedos como si al hacerlo pudiera volver a recordar lo que sintió la noche anterior.

Los labios de Weston sobre ella.

Fue como entrar a un sueño que no sabía que podía hacerse realidad y un sinfín de emociones la embargaba.

Y no sólo su boca, sino todo su cuerpo se hizo eco de ello.

En el pasado, Robert le había robado un casto beso que no recordaba, pero esto era diferente.

Era la forma en la cual un hombre besaba a una mujer, con todas las ganas y además lleno de un deseo patente.

Saberse objeto de aquel deseo hizo que sus mejillas volvieran a entrar en calor.

El beso fue épico, pero también recordaba con pena que fue ella quien lo cortó para escapar y no hacer frente a sus sentimientos. Y a los de él.

Katherine la miraba con sospecha mientras peinaba sus cabellos.

Se suponía que tenía que bajar a desayunar.

El conde anunció que tomaría té en el jardín y esperaba su presencia.

Cada día el hombre ganaba mayor fuerza física y era notable, porque era capaz de usar la silla deslizante sin precisar ayuda, salvo la guía por su falta de visión.

Todos los criados observaban asombrados que el otrora postrado conde, ayudado del bastón para verificar obstáculos era capaz de pasear por toda la mansión. Siempre en compañía del señor Patrick y dos criados más.

Porque un asunto era sano, pero otra estar ciego y vivir a oscuras.

—Milady ¿me escucha? —la voz de Katherine la interrumpió de sus pensamientos.

— ¿Qué...? —la joven despertó de su ensoñamiento en lo mejor.

—El conde envió al lacayo a avisar que no desayunará a menos que baje a acompañarlo.

Sería la primera vez que se verían luego de los sucesos de la noche anterior y tenía miedo.

Podría ocurrir que él ignorase la intensidad de lo ocurrido o peor, burlarse de ella.

No se sentía capaz de poder soportarlo.

No necesitaba ser más lista para comprender que aquel beso finalmente había activado el sentimiento tan fuerte que su esposo le inspiraba. Y no era compasión ni deber.

Estaba enamorada de Weston y fiel a su inseguridad natural, era incapaz de saber posible que él sintiera algo por ella.

Vamos, que todo el mundo decía que las más bellas lo revoloteaban cuando lo tenía todo.

Era claro que vivió envenenado y su cuerpo iba a curarse por completo ¿Por qué conformarse con una mujer como ella?

Se sintió un poco ridícula de haberle pedido a Katherine que la ayudara a vestir de azul, como si él pudiera apreciarlo. Katherine terminó de prepararle el peinado y con un nudo en la garganta se dirigió hacia los jardines donde él ya la esperaba.

Se sentía como una niña con cada paso que daba.

Ni siquiera se sintió así cuando se casó y vino a presentarse a su futuro esposo.

La gran diferencia es que ahora existía la consciencia de que *realmente lo quería como esposo*.

Bajó las escaleras con lentitud y cuando caminó por el jardín lo hizo con cautela, especialmente cuando lo distinguió sentado. Pudo apreciar su perfecto y masculino perfil.

Los parpados de la joven oscilaron ante la visión. Es como si la consciencia de sus propios sentimientos la hacían percatarse de un atractivo nuevo en él.

Aún quedaban varios pasos para llegar y aunque ella se acercaba de forma silenciosa, él volvió a sorprenderla.

—Ya tendrá tiempo de apreciarme, mi señora. Mejor acérquese que su estómago se lo agradecerá.

Las criadas aún estaban sirviendo el té y los dulces, así que Jillian se limitó a saludarlo con reverencia.

—Milord.

El señor Patrick alejó la silla para que ella se sentara, aunque Jillian no apartaba su mirada de Weston quien bebía su té de forma tranquila.

Jillian se preguntaba si los criados eran capaces de sentir aquella tensión y el nerviosismo patente en el aire, especialmente por parte suyo.

Weston seguía bebiendo su té como si nada.

—Dejadnos —ordenó el conde.

Jillian estaba absorta, presa de nervios.

Cuando él sintió que los pasos de los criados se alejaron y realmente quedaron sólo ellos dos en la mesa, Jillian ya había enrojecido hasta la punta de sus cabellos.

Él sonrió. Parecía poder oler sus nervios.

—No se ponga tan nerviosa, no se encuentra frente a un demonio.

— ¿Eh...?

—Vamos, que me escuchó perfectamente.

—Es que yo... —titubeó la joven mujer.

Él bajó su taza con cuidado.

—Mejor hableme de lo que realmente le pasa y que al fin admitió que le gusto —dijo él sin filtros—. Y no la culpo.

Jillian tenía ganas de besarlo por haber empezado su declaración a la vieja usanza, de forma irónica como siempre que hablaban entre ellos.

Eso le dio valor para responder.

—Y usted al fin entendió que no es bueno tener malentendidos —la joven dudó un poco para decir—. El doctor Coleman es un buen amigo y estudiamos juntos cuando éramos jóvenes.

— ¿Acaso cree que le tengo miedo a un médico?

— ¿No? —desafió ella.

Pero en ese momento él atrapó la mano de ella que estaba sobre la mesa.

La joven se preguntaba cómo era capaz de encontrarlo sin ver y tan rápido, sin tantear.

—Sé que no te irás...

Que él comenzara a tutearla repentinamente la asombró. Y sentir la calidez de su mano sobre la suya mientras lo hacía fue otro disparador de impresiones. Volvió a ponerse nerviosa con aquel tacto.

— ¿Cómo lo sabe? —preguntó, tratando aun de resistir.

El comenzó a acariciar suavemente la mano de ella, con una ternura inesperada en él y se puso serio, muy serio lejos del gesto burlón del comienzo.

—Porque de todas las personas, *tú fuiste la única que se quedó* —declaró—. Quedaste a pelear por mí, así que ¿Por qué no pelearía por ti?

Que él la viera de esa forma no pudo evitar que volvieran a formarse lágrimas en sus ojos.

—Desde que llegaste, no he dejado de sorprenderme por todo lo que haces...y aunque no pueda verte, soy capaz de saber todo sobre ti...*eres más real para mí que ninguna otra* —lo dijo dando una impresión a su voz como si las palabras hubieran estado atascadas en él hace tiempo y ahora al fin quedaban libres.

A esas alturas, Jillian ya lloraba de emoción de forma incontrolable.

Poco a poco ella fue relajando su propia mano que estaba apresada por la de él y comenzó a entrelazarla con la suya.

En un momento sintió la otra mano de él limpiando sus lágrimas con suavidad.

No sabía cómo hacía para encontrarla tan certeramente.

—Ya te dije que eres más real para mí que cualquier otra persona y puedo saber dónde está tu rostro y cualquier parte de ti...ahora ¿me crees?

Completamente abrumada, y no importándole quien pudiera estar mirándole, Jillian se abalanzó a besarlo sin soltarse.

Era su respuesta.

¿Qué importaban las reglas y los modales?

Tocar sus labios de nuevo fue la gloria.

Había pasado la noche pensando en ese tacto y ese calor, así como en cada sensación sutil que le producía.

El beso sólo se soltó cuando oyó los pasos del señor Patrick, quien tosió disimuladamente.

Si no era urgente, el hombre no vendría.

—Puedo saber que se trata de usted, Patrick y su enorme cabeza calva —bufó el conde fastidiado, soltando el beso, pero no su mano, como si quisiera asegurarse que ella no escapara.

—Señor, no vendría a molestaros si no fuera porque están aquí unos arrendatarios y como usted me instruyó que lo pusiera siempre al tanto de todo...

— ¿Y no se les ocurrió mejor hora para venir en la hora del desayuno? —protestó el conde, pero luego le hizo un gesto a Patrick que le explicara el problema para darle una resolución.

Jillian se quedó oyendo maravillada mientras veía a su esposo resolver unas cuestiones que le trajo Patrick.

Notaba que el propio mayordomo parecía emocionado de escuchar a su amo, tan resolutivo y actuando como un auténtico señor. Quizá no podía ver con los ojos, pero lo hacía mejor que otros que sí los tenían funcionando.

—Y dígame que las rentas permanecerán igual por lo que resta del año y cualquier cuestión

también puede venir a decírselo a la condesa —fue lo último que dijo Weston sorprendiéndola hasta a ella, por darle ese voto de confianza.

Una vez que Patrick se retiró, Weston y ella permanecieron en el jardín, sin decir una sola palabra. Simplemente estando juntos y disfrutando del precioso silencio.

Cierto que tenían mucho de que conversar y en especial acerca del envenenamiento que sufrió Weston.

Los médicos iban a volver en algún momento a traer novedades y quizá serían capaces de juntar alguna prueba para llevársela al duque, el padre de Weston.

Lo que venía no era fácil, ya que, si probaban que la duquesa estaba tras todo ese asunto, tenían que tener en cuenta que ella tenía un hijo del duque y era una de las damas más importantes de la sociedad londinense en ese momento.

Sería un escándalo que podría afectar incluso los cimientos de la casa del duque dijo Weston.

Aunque el duque no se hubiera portado como un buen padre en todo ese tiempo, era claro que Weston no deseaba perjudicarlo.

Y eso Jillian podía entenderlo.

.
.
.

Jillian terminó de vestirse y se dispuso a salir a las cocinas.

Pensaba pedir una cena especial para Weston y que la mesa principal estuviera lista.

No debían perderse esas costumbres ahora que el amo podía hacerlas de nuevo.

Iba sacándose los guantes y llamar a Katherine por la campanilla cuando la que apareció en su puerta fue la señora Loren.

Jillian frunció la boca al verla.

Había pasado días demasiado felices y tranquilos que había olvidado a una de las agentes de su suegra.

— ¿Qué se le ofrece, señora Loren? —preguntó con desdén.

Pero la ama de llaves entró a la habitación sin ser invitada.

Hizo una reverencia que a Jillian le pareció falsa, como todas sus acciones.

No confiaba en esa mujer.

—Dentro de todo me alegra saber que vuestra relación con el conde haya mejorado

—deslizó la mujer recorriendo la habitación.

—No sabía que decía pidiros permiso.

—No es lo que quise decir, Milady.

Jillian le dio la espalda y terminó de sacarse los guantes.

—A lo que me refería es que me alegra es milord haya encontrado una dama tan comprensiva —deslizó con astucia—. No es la primera que pareciera ganar su corazón y al final es desechada ¿sabe?

—Sus palabras no tienen efecto en mí...

— ¿Nunca se preguntó porque soy leal a la duquesa? Siendo que trabajé en la mansión del duque desde antes que volviera a casarse.

—Tampoco es mi interés saber porque se volvió una criada desleal...

—Ella fue la única que me ayudó cuando...milord se sobrepasó con mi sobrina.

Jillian volteó al escuchar esas traidoras palabras.

—No escucharé una mentira más de boca suya. Se lo advierto, señora Loren —retó Jillian, y también tenía ganas de echarle en cara que ella era una sospechosa de haber envenenado al conde, pero recordando sus instrucciones no tuvo más remedio que callárselas.

—No es ningún secreto...que antes de quedar ciego, milord se divertía con frecuencia...—la ama de llaves dio un matiz rencoroso a su voz—. Hasta usted habrá oído de sus andanzas y nunca importó, porque eran cosas del hijo de mi amo...hasta que abusó de mi propia sobrina, manchando su honor y reputación ¿Quién querría casarse con la meretriz de otro? Porque así tildaron a mi sobrina pese a ser inocente, salvo ser demasiado bonita para la lascivia del conde.

La mujer era experta y Jillian no tardó en sentirse mal al escuchar eso.

¿Quién no escuchó que en su mejor tiempo el conde era un mujeriego?

Pese a que Weston le explicó que lo peor de su reputación fue a causa de las intrigas de la que consideraba una segunda madre, quien siempre pretendió arruinarlo aun cuando supuestamente lo protegía.

Eso no lo libraba del pecado del libertinaje de aquella época.

Las palabras de la señora Loren le pesaron, pero sólo esa mañana, ella recibió una declaración ferviente por parte del conde.

No iba a dejarse vencer por una intrigante.

—Ya no quiero escuchar nada de lo que tenga que decir. Largo —ordenó Jillian.

—No podéis despedirme —replicó la señora Loren.

—Pero puedo expulsaros de Trioval y enviaros a Londres junto a vuestra autentica ama
—Jillian sacó un hilo de voz, con el rostro muy serio.

En ese momento apareció Katherine a quien estuvo llamando por la campanilla hace un rato.

—Acompañe a la señora Loren a que junte sus pertenencias y dile a los criados que le consigan un coche para mandarla a Londres en este mismo momento...y en caso que no haya coches disponibles en el pueblo, déjala acomodar en el hostel esta noche, pero no quiero que vuelva a dormir en Trioval ¿entendido? —ordenó Jillian, completamente furiosa.

Katherine lo notó y cogió un brazo de la señora Loren.

—Vamos a preparar sus cosas, señora Loren.

Y aunque la doncella de Jillian le tironeó el brazo y prácticamente la sacó a rastras siguió gritando.

— ¡Él no cambiará! Sólo la usará hasta que ya no sea útil, es un hombre horrible y no se hubiera casado nunca con usted de haber tenido opción ¡solo averigüe lo de mi sobrina y sabrá que no miento! Se lo vengo a advertir porque usted es inocente de todo

Jillian permaneció en la habitación hasta que los ecos de la voz de la señora Loren desaparecieron escaleras abajo.

Jillian se acercó al espejo.

La señora Loren era una traidora, pero aun así...de alguna forma sus palabras la molestaban y dolían.

Le recodaban sus propios comienzos en esa casa.

No se hubiera casado nunca con usted de haber tenido opción.

Se palpó las mejillas calientes de la rabia.

Weston era su esposo y no existía persona en la que debía confiar más en el mundo que en él.

Si él lo decía tendría que ser verdad.

Todo era una treta de la señora Loren con intención de hacerla desconfiar de su esposo.

Además de su propio padre y Katherine su doncella, las únicas palabras que debía creer eran las de él.

Pensaba en eso, pero no podía evitar sentirse afectada por las palabras de la señora Loren.

CAPITULO 12

-
-
-

Cada vez que Weston ganaba más fuerza era consciente de que el tratamiento del doctor Coleman funcionó y que su diagnóstico fue correcto.

Por alguna razón, noticias de su recuperación y del descarte de tuberculosis no fueron enviados a Londres a su padre por su propio pedido. Pero estaba seguro de que su madrastra ya lo sabría atendiendo a que tenían hasta hace poco tiempo a la señora Loren en la mansión.

Todos los criados eran nuevos, escogidos por Lady Nolan. Salvo el señor Patrick, quien seguía siendo su principal asistente porque, aunque estaba más fuerte y se sentía más ágil, no adivinaba aun ciertas distancias, aunque su mujer se encargó de rediseñar todas las habitaciones y asegurar que no hubiera obstáculos en sus caminatas.

¿Su mujer?

Que eufemismo siendo que aquella mujer que lo estaba salvando de la desgracia, no era su mujer propiamente dicho.

Se habían confesado sentimientos que no podían detener, pero Weston sabía que faltaba un detalle importante.

Justo el delicioso aroma del té que estaba bebiendo fue sustituido por otro aún más precioso para él: el del ciruelo blanco que tanto asociaba a ella.

Ella se acercaba.

Se le había ocurrido la idea de tener una especie de picnic en el jardín, con té y algunos bocadillos.

Ella dijo que tenía una sorpresa y fue a buscarlo.

Esa mujer era una caja de sorpresas, siempre dispuesta a sorprenderlo cuando ya no esperaba nada de nadie.

Y de pronto apareció ella, con esa frescura única capaz de sanar sus heridas. Hace tiempo dejó de tener aquellas pesadillas, ecos de aquel tiempo tan duro en la Marina.

Los fantasmas y recuerdos malditos se habían ido también.

—He diseñado un nuevo bastón, un poco más largo y será muy útil...—la oyó decir

—Casémonos —la interrumpió él

Un corto silencio. Definitivamente la había cogido de sorpresa y esa era la idea.

Oyó un crujido como si la taza de té que ella portaba se le hubiera caído pero aminorado el golpe con algo.

Eso no importaba porque estaba pendiente de otra cosa.

Inmediatamente posó su mano sobre la de ella y por inercia supo dónde encontrarlo.

Las de ella temblaban.

—Ya estamos casados...—murmuró la joven.

A él le daba tanto placer ponerla nerviosa y sentirla derretirse por su toque. Antaño, esa sensación siempre fue familiar para él.

¿Cuántas féminas caían ante sus encantos?

Pero la sensación era diferente, porque en este caso la mujer en cuestión si le importaba.

—No como yo quisiera —replicó Weston.

Ella quiso desasirse y escapar del momento, pero aseguró su mano apretándola con suavidad, pero firmemente.

— ¿Acaso puedo negarme a una segunda boda?

—No, no puede...pero la diferencia con la primera es que ahora si quiero hacerlo —él desplegó una sonrisa irresistible—. Ya me hubiera casado con usted si no fuera tan bocazas, pero ése es otro asunto.

— ¿Yo soy la bocazas? Creo que olvida quien se portaba grosero conmigo —ella parecía aliviada que la charla fuera por ese lado, pero Weston no tenía intención de dejarla escapar.

—Lady Nolan...Jillian ¿aceptaría a este ciego? —él volvió a ponerse serio.

Un silencio corto de algunos segundos hasta que sintió que ella se arrojaba a sus brazos.

No eran necesarias más palabras. Ella había aceptado.

Se aferraba a él como si temiera que él se marchara.

—No seas odioso...ya sabes que ya te amaba cuando eras ciego y tuberculoso con un pie en el infierno —ella al fin se dejó ir para tutearlo con ganas.

—Vaya que morías de ganas por abrazarme ¿tan irresistible te parezco? No te culpo —bromeó al sentir que los brazos de ella rodeándole el cuello parecían querer fundirse con él.

.
. .
.

Para nosotros, fue el momento en que nos encontramos...

Jillian no quería ni necesitaba una gran ceremonia. No la necesitaban.

Sólo los criados de Trioval, el cura y el único testigo que invitaron y por cuya presencia aguardaron para hacer la pequeña ceremonia: el teniente Steven Blosson.

A Jillian le hubiera gustado invitar a su padre, pero suponía que él tendría suficientes problemas y no lo pondría a viajar.

Ni hablar de sus hermanas, porque ninguna tenía mucha afinidad hacia Jillian y las imaginaba a cada una con una vida bien complicada con sus familias. A la que casi envió una carta fue a Helen porque dentro de todo, fue la hermana con la que más convivió, pero finalmente desistió.

Se dio cuenta que al final, todas las personas que necesitaba ya estaban en Trioval.

Más que una ceremonia, fue un ritual acompañado de una deliciosa comida para finalizar la noche.

Jillian estaba tan emocionada mientras observaba a su esposo engullir la deliciosa sopa y reía de alguna broma del teniente Blosson.

— ¿Y cuando regresa ese médico milagroso? —preguntó de repente Steven mientras cortaba su carne.

Jillian notó que Weston hizo un movimiento imperceptible de incomodidad salvo para ella que ya le conocía los gestos.

—Se supone que regresaran en pocos días —contestó Weston mientras apretaba un cubierto—. Imagino que han de estar ansiosos de regresar aquí.

Sólo Jillian entendía que aquella referencia eran por los celos que aún le producía a Weston la presencia del doctor Coleman.

Quizá era una sensación que no se iría nunca.

Seguían conversando y riendo en la mesa cuando Patrick se presentó extrañado.

—Milord, tenemos una visita.

— ¿Visita? No tenemos más invitados a la boda y Trioval no es un albergue, así que dígle a quien sea que se largue por donde vino.

—Milord...no sea grosero —fue Jillian quien intervino—. ¿De quién se trata?

El mayordomo dudó en poco en responder.

—Dice ser Lady Rouen.

Jillian reconoció enseguida ese nombre.

— ¿Y quién demonios es ésa? Lo mismo, dígame que se largue, estoy en mi banquete nupcial —insistió Weston.

Pero Jillian se levantó del sillón.

—Esperen —la joven aún estaba incrédula de haber oído ese nombre—. Es Helen, mi hermana...

Weston enarcó una ceja.

Jillian se levantó a verificar de que se trataba.

El esposo de Helen era Lord Rouen, así que debía ser ella.

¿Presentarse de improviso?

Al llegar a la sala se topó con el rostro malhumorado de su hermana.

Era Helen y lucía más delgada de lo que recordaba ¿Qué hacía aquí?

—Hermana...

—Vaya hospitalidad la de tu casa, hermana. Estos criados no me dejaron pasar porque no me conocían.

—Cuelgue el abrigo de mi hermana —pidió Jillian al criado

—Y ya que están también que bajen mi equipaje.

— ¿Equipaje? —Jillian pestañeó extrañada

—Vine unos días ¿acaso me niegas la entrada?

Aunque aún estupefacta, Jillian no le negaría nunca la hospitalidad a su propia hermana.

Le hizo un gesto a una de las criadas que prepare una habitación para la recién llegada.

— ¿Gustas de cenar algo?

— ¿Cenáis siempre tan tarde? —Helen escrutaba el pasillo mientras caminaba junto a Jillian.

Pero antes de que Jillian pudiera responderle, llegaron al comedor principal donde estaban el conde y el teniente.

Notó que Helen observaba sorprendida al conde sentado en el centro.

Se acercó al oído de su hermana para susurrar.

— ¿Cómo es que tu esposo aún sigue con vida? En la Capital algunos ya lo dan por muerto.

—Es una larga historia —le susurró Jillian para acto seguido anunciar a su hermana.

—Milord, quien ha venido es mi hermana Lady Helen, la esposa de Lord Rouen de Londres —miró al teniente quien también parecía sorprendido—. Teniente Steven Blosson, le presento también a usted.

Con la presencia de aquellos caballeros en la mesa, Helen no se atrevería a decir algo inapropiado así que se limitó a saludar y sentarse para ser servida.

—Es un gusto escuchar a una pariente de mi querida esposa. Puedo escucharla, Lady Rouen, pero como todo el mundo sabe, no podría verla. Me alegra que haya llegado justo a tiempo para compartir con nosotros esta cena nupcial.

— ¿Nupcial? —preguntó Helen.

—Oh si, había quedado pendiente.

El resto de la comida fue igual de amena, pese a que Helen hablaba poco y nada.

Helen siempre fue apabullante con Jillian, pero no podía desplegarlos ahora con su hermana ya que la presencia del esposo era intimidante.

Jillian sonreía en sus adentros, algo satisfecha por la pequeña venganza.

Cuando la cena acabó, los dos caballeros quedaron a beber un rato mientras ambas hermanas subían a la habitación asignada a Helen.

—Tu esposo no está enfermo —fue lo primero que comentó Helen al verse solas.

—Ya se ha curado, quizá este ciego, pero te sorprendería lo capaz que es para notar las cosas, como por ejemplo que hayas venido sin avisar ¿Qué haces aquí?

— ¿Esa es la forma en la que te diriges a tu hermana mayor?

—Es la forma en la que hablo siendo la señora de esta casa.

De nueva cuenta cogió de sorpresa a Helen y que como su pequeña hermana sacaba las garras.

— ¿Acaso no puedo visitarte? Necesitaba despejarme.

Jillian no entendía a Helen, pero no le negaría la hospitalidad.

—No trajiste a tu doncella así que te enviaré a una para ayudarte. Que descanses y conversaremos en el desayuno.

Helen no le replicó y quedó callada.

Solo esperaba que su hermana no incitara algún problema.

Ya mañana trataría de sonsacarle la verdad.

Hoy era su noche de bodas.

.
. .
.

Casi media hora después y luego de que Katherine le ayudara a vestir un camisón adecuado, la joven se sentó a esperar.

Al cabo de pocos minutos y ya cuando sus nervios se encontraban a flor de piel, oyó el ruido del bastón que antecedió a la presencia de su marido.

Escuchó que daba golpecitos a la puerta hasta finalmente empujarla.

Su presencia en el umbral era arrolladora y llenaba el resto de la habitación.

Así lo habían decidido.

—*No vayas a mi habitación hoy, déjame ir a la tuya esta noche...*

—*Pero es que me toca ir a mí a la habitación del conde* —le dijo Jillian.

—*Sí, pero esta noche simplemente seamos nosotros dos ¿sí?*

Jillian lo vio deambular por la habitación mientras cerraba la puerta con la punta de su bastón. Parecía aspirar el olor del aire.

—Puedo sentir el ciruelo blanco con más intensidad aquí...

—Es que hace poco se me derramó parte del perfume sobre el piso...

Él palpó el espaldero de la cama y se sentó sobre la cama.

—Nunca había sentido un aroma así.

—Es una fragancia que elaboro yo misma...—contestó Jillian feliz de romper aquella tensión nerviosa con aquella conversación casual —. Si quieres puedo traer el resto —amagó con levantarse, pero él la sostuvo del brazo para que se quedara.

Nunca dejaría de fascinarse la habilidad que él tenía para hallar su mano aun en la oscuridad.

— ¿Para qué traerlo? Puedo olerlo en ti directamente —la atrajo hacia ella y hundió su cabeza en su cuello como si quisiera absorberlo.

Jillian perdió la cabeza en ese mismo momento.

Sentir esos labios tibios y esa respiración suave en su cuello le daba unas señales inequívocas en todo el cuerpo.

Había sentido algo parecido cuando él la besaba, pero esto era diferente, más generalizado y literalmente la hacía temblar desde la punta de sus cabellos hasta sus pies.

Él continuaba besándola con cuidado, pero con cierta firmeza, impregnando dulzura y dejando un reguero de ternura que ella percibía.

Poco a poco la recostó en la cama e iba deslizándole el camisón desatando los cordoncillos del mismo con una pericia increíble.

Nadie diría que el hombre estaba ciego, actuaba como si supiera de memoria cada recoveco

y forma de actuar.

—No te asustes...ya te dije que puedo saber exactamente tus formas. Todavía recuerdo mi cata de nuestra primera noche de bodas fallida —le murmuró al oído cuando se puso encima de ella.

Ella rió con ese malicioso recuerdo.

Pero ahora era todo diferente.

Solo quedaba el deseo y el anhelo patente que ella podía percibir en su vientre. La joven conocía la mecánica del amor, pero vivirlo y hacerlo era otra cosa.

De hecho, ni siquiera podía imaginar hacer algo así con una persona que no amara.

Él se apoderó de sus labios mientras ella se abría como una flor que ofrece su miel a las abejas y espera ser absorbida para seguir viviendo.

Él bebió y tomó todo lo que quiso cuando se deshizo por completo de aquel camión y no quedaba nada entre ambos.

Ella gimió suavemente ante la acometida de aquellas nuevas sensaciones tan increíbles como únicas que la dejaban expuesta y a la espera de todo lo que él podría enseñarle.

Las manos de Weston viajaron por todo su cuerpo, pero mantuvo especial atención a sus muslos y él se encargó de separarle las rodillas, no sin antes besarlas con esmero.

Poco a poco, Jillian fue desvelando el misterio anhelado de ser poseída finalmente por un hombre. Despacio, muy despacio fue haciéndose camino en ella, como quien busca desesperadamente la consumación de un anhelo.

Jillian jamás olvidaría esos pequeños dolores propios de la transición de niña a mujer, pero él fue tan gentil, sin dejarla de besar ni por un instante. Como si quisiera apoderarse de su alma en el proceso.

Al poco, ella misma buscaba los movimientos como llamada por su instinto de mujer.

—Eres preciosa, cariño...—le susurraba él al oído con extrema ternura

Ella gemía aferrándose a él con todas sus fuerzas.

Cuando acabó, y él cayó a un lado exhausto, ella aun no normalizaba su propia respiración.

Yacían desnudos sin ninguna cobertura.

Jillian aún no terminaba de procesar lo que había vivido.

Al tener tantas hermanas casadas, alguna cosa llegó a oír, pero ninguna de esas cotillas alcanzaba a describir lo que ella acababa de experimentar en carne propia. Y vaya carne.

Un rato después, él se movió un poco para buscar a tientas sus labios. Se dieron un corto y

tierno beso, muy diferente de los pasionales que compartieron minutos antes.

Él iba a volverse a echar a su lado, pero ella le sostuvo la mano, llamando su atención.

Ya toda la vergüenza se había ido.

Rompió aquella intensa tensión romántica.

—¿Podemos...hacerlo de vuelta? —pidió la joven, aunque de forma ciertamente imperativa que no aceptaría el rechazo.

Ambos se echaron a reír con ganas.

—Claro, mi lady adquirió mi cuerpo para hacer lo que desee y a sus anchas —susurró él—. Claro, siempre que no utilice esas pinzas extrañas de clubes raros para estirar los pezones o intente hacer algo con mi retaguardia.

Ella lo abrazó con ganas.

—Siempre y cuando milord me cuente como es que se enteró de esas pinzas extrañas...

El resto de la noche fueron de puros besos, caricias y suspiros en aquella cámara nupcial.

Jillian había entregado su virginidad.

Weston hacia el amor por primera vez con alguien que amaba.

Cosas del destino, luego de tantos años de rendir culto a la belleza, acababa enamorado de una mujer a la que jamás había visto.

.
. .

Los esposos se permitieron permanecer en sus habitaciones hasta pasado el mediodía del día siguiente.

Katherine se encargó de llevarles el desayuno de forma discreta y no hubieran salido de no ser porque les avisaron que un carruaje había llegado.

—Espero no sea otra hermana tuya —bromeó Weston a su esposa, bien tomaba el té.

—Milord, es el doctor Coleman y su colega —cercioró la doncella.

La expresión en el rostro de ambos esposos cambió.

Sabían que volvería porque Robert prometió que estudiaría el caso de los ojos del conde y que volvería en cuanto tuviese noticias.

Lo que no esperaban es que fuera tan pronto.

—Dile al señor Patrick que se encargue de recibirles, estarán cansados del viaje. Iremos

enseguida —informó Jillian

La doncella se apresuró a cumplir la orden de su ama.

—Mientras ese hombre no tenga planes de raptarte o algo, podremos llevar todo este asunto en paz —comentó Weston mientras daba golpecitos con su bastón.

Jillian se acercó a arreglar el pañuelo del cuello de su esposo.

—Pues tendrá que esforzarte para que el doctor Coleman no me convenza —bromeó ella
Él la apretaba por la cintura.

—Pues si intenta tan sólo deslizar esa idea, voy a marcar su cabeza con mi bastón.

La pareja tardó unos minutos en bajar.

Weston se movía con tal pericia que era perfectamente capaz de usar la silla deslizante de la escalera con mucha eficiencia.

Estaba fuerte y ya no existía en él, ningún rastro del envenenamiento.

Cuando se acercaron al salón, Jillian se aseguró de colgarse de su brazo.

No importaba cuanto bromeara Weston, ella sabía que nunca sería amigo de Robert.

Robert Coleman estaba sólo ya que su colega estaba demasiado cansado y se había retirado a dormir. Pero por los ojos brillantes de Robert, Jillian entendió que traía noticias más que alentadoras o no hubiera esperado para decírselos.

Robert les hizo una respetuosa reverencia.

—Milord...Milady —los saludó

—Rob...quiero decir Doctor Coleman, estamos muy agradecidos que haya vuelto tan pronto. No lo esperábamos hasta la primavera —respondió Jillian dándole un discreto pinchazo a su esposo para que también dijera algo.

—Lo que dice mi esposa es cierto —comentó Weston—. Ciertamente no lo esperábamos.

Pero Robert no parecía estar por la labor de sentirse incómodo ya que tenía algo que decir que no podía esperar.

—Espero podáis excusarme que me haya reunido con vosotros sin asearme.

—No es que precisamente pueda verlo, doctor Coleman —dijo Weston.

—Es que justamente lo que tengo que deciros tiene que ver con eso —Robert tenía los ojos brillantes al decirlo—. Hemos ido a comprobar algo con uno de nuestros maestros más antiguos y concordamos algo luego de realizar una diferencial del diagnóstico de vuestros ojos.

Jillian apretó el brazo de su marido.

— ¿Y a que...conclusión llegasteis...? —preguntó la joven cautelosa.

—Que yo tenía razón y que, con el instrumental adecuado, es probable que Milord recupere la vista —señaló una pesada caja cerrada a su lado—. Estuvimos trabajando mucho para juntarlos y preparar la cirugía, siempre y cuando accedáis a ella.

Jillian miró a su esposo y en sus facciones comprendió que estaba más sorprendido que ella.

Habia vivido dos años en la completa oscuridad y alguien aparecía a darle una esperanza.

—Puede ser peligrosa, pero si resulta exitosa, definitivamente él podrá recuperar la visión —agregó Robert.

CAPITULO 13

-
-
-

Risitas.

Roce de manos.

Miradas cómplices.

Weston y Jillian no podían evitarlo.

En la mesa principal se encontraba él y a la derecha su esposa, pero lo suficientemente cerca para que sus pequeños juegos de seducción se sucedieran.

Probablemente creían que nadie se daría cuenta.

Pero no estaban solos en la mesa, ya que los acompañaban el teniente Blosson, el doctor Robert y su colega. Y claro Helen quien no podía disimular su crispación al verlos.

Jillian lo notó e intentó recobrar la compostura.

El día anterior había ocurrido lo de la ceremonia y aún seguían emocionados. Y era ahora cuando entendían porque unos recién casados necesitaban de luna de miel.

Ellos no podían tomarse una, siendo que la probable cirugía estaba cerca y además no podían dejar a Helen sin compañía.

Jillian carraspeó con nerviosismo y fingió hablar de cualquier tema.

— ¿Cómo le ha cogido el clima en Londres, doctor Coleman? —una pregunta más que intrascendente

—El clima primaveral ayuda —comentó él

Mientras Helen lo miraba como si lo estudiara hasta que al fin pareció obtener luz.

—Usted era compañero de mi hermana en la academia que permitió mi padre en su mansión ¿no es así?

—Es un honor que pueda recordarme, Lady Rouen —Robert fue bastante educado porque la conocía bien y desconfiaba de sus intenciones.

—Ya me parecía que tenía usted un rostro muy familiar ¿quizá algún amor infantil de mi hermana? Ella era una niña enamoradiza ¿no? —rió Helen.

Los comensales se removieron incómodos por el comentario poco apropiado de Helen.

Jillian le hizo señas a su hermana que cerrara la boca.

El único que no parecía afectado era el propio Weston quien seguía bebiendo su vino como si nada.

—Mi querida cuñada, hablando de amores ¿Cómo se encuentra Lord Rouen, mi cuñado?

La mención de su marido hizo efecto inmediato en Helen y Weston no necesitaba de sus ojos para saberlo.

—Se encuentra ocupado con asuntos oficiales en París y no pudo acompañarme —se excusó la mujer.

— ¿En verdad? Entonces las noticias han sido bastante maliciosas por aquí, porque escuché una versión que sitúa a mi cuñado en Londres pero que voy a saber yo que soy un ciego —Weston rió y cambió de tema, pero estaba seguro que ahora su cuñada se cuidaría de intentar incitar problemas—. Pruebe el vino, querida cuñada.

La mujer lo cogió y comenzó a beber nerviosamente.

El resto de la cena transcurrió en paz luego de la intervención de Weston.

De hecho, Helen se retiró apenas acabaron.

.
. .

— ¿Qué fue ese número con Helen? —preguntó Jillian a su marido mientras ayudaba a quitarle la camisa y el chaleco para sustituirla por otra más cómoda para dormir.

Weston rió.

—Conocí a Lord Rouen y puedo asegurarte, querida...que ese hombre dista bastante de ser un caballero y no creo el cuento que fue a París, él está en Londres paseando con sus queridas y eso nunca fue un secreto. Lo misterioso es la presencia de tu hermana por aquí.

Jillian no pudo evitar apenarse por su hermana, quien probablemente por orgullo y vergüenza estaba guardándose aquellos detalles.

—Me da pena por ella.

— ¿Porqué? Me contaste que podría rivalizar en maldad con mi madrastra —Weston levantó los brazos para calzarse la camisa que ella ayudaba a colocarle—. O tiene un problema con su esposo o quizá mi madrastra la envió aquí, ampliando el horizonte de sus amistades.

Cuando ella giró para ir a buscar el resto de las prendas, Weston la sostuvo del brazo.

— ¿Dónde va, mi señora?

—No quiero dejarte de morir de frio sin los calcetines de lana —intentó desasirse

Weston la atrajo hacia él para besarla.

—No es necesario vestirse para dormir...

—Pero es que... —ella balbuceó entre sus labios

Ni siquiera completó otra frase antes de que ambos cayeran sobre la cama, a revivir parte de su inolvidable noche de bodas del día anterior.

Esta vez, incluso fue mejor porque Jillian ya no sintió aquel extraño dolor de la primera vez.

El resto de la noche ya no hablaron de Helen ni de ningún otro invitado.

.

.

.

—La mecánica es producir un impacto para ayudar a diluir ese coagulo rebelde que nunca se disipó y esta máquina nos ayudará a producirla, sin necesidad de algún golpe violento que tuviera peligro de dañar otras áreas —Robert señaló una enorme caja que a Jillian le parecía una máquina de tortura medieval.

—Si sabía que necesitaba un golpe para eso, le hubiera pedido a Patrick que me diera una bofetada hace tiempo —masculló Weston.

—No dolerá, pero será molesto, milord —agregó Robert

En la habitación del conde se encontraban todos escuchando las indicaciones del médico, el teniente Blosson, Helen, Patrick, Katherine y los condes, Weston sentado oyendo atentamente la explicación mientras Jillian estaba de pie, pero sostenía la mano de su marido. Estaba angustiada.

— ¿El procedimiento es seguro? —preguntó ella en casi un tartamudeo.

—Si el diagnóstico es correcto y el impacto es certero, puedo garantizar un regreso progresivo de la visión —concluyó Robert.

El médico llevaba casi una semana en Trioval preparando la máquina y al paciente.

— ¿Hoy intentará hacerla? —preguntó Weston.

—Esta misma mañana, ya que no requiere ninguna preparación previa y ya la maquina se encuentra completamente lista.

Jillian apretó la mano de su esposo.

Él le correspondió dándose cuenta de la angustia de ella.

—Mi señora ¿ya oyó al médico? No voy a morir, lo peor que puede pasar es que siga ciego y mi cabeza gane una magulladura —Weston tenía una voz muy tranquila.

Si estaba nervioso o preocupado no lo demostraba en absoluto.

El mensaje de Weston pareció llegarle a Jillian ya que ella pareció tranquilizarse. No necesitaba verla para eso.

Sólo percibir sus latidos y la calidez de su mano eran suficientes.

Además, el procedimiento no era una cirugía como tal, sino un procedimiento escasamente invasivo. Tampoco podían culpar a los médicos si no funcionaba.

Robert Coleman estaba seguro de que peleaban contra un enorme coagulo e insistía con ese diagnóstico.

La habitación del conde fue la escogida para la realización del procedimiento y Jillian insistió en estar presente para sostener la mano de su marido en todo momento.

Ella y los médicos.

Afuera debían estar listos los criados por si se necesitaba agua o mantas limpias.

Cuando Weston se recostó en aquella cama, tuvo un atisbo de esperanza por primera vez en mucho tiempo. Dos años de vivir en las sombras y de creer tener una enfermedad mortal.

Él estaba convencido de ir a exigir justicia por su envenenamiento.

Sentía la mano cálida de su esposa entre sus dedos.

Esa mujer literalmente fue quien lo salvó del desastre.

El sonido de la mesa siendo empujada trajo a Weston de vuelta a la realidad.

—Empezaremos en pocos minutos más —anunció Robert Coleman.

.
. .

—Asumo que va a quedarse mucho tiempo, teniente Blosson —comentó Helen al hombre sentado frente a ella.

El teniente Steven Blosson era un hombre de buen ver, con facciones masculinas con ese cabello oscuro y los ojos claros. Aunque no tenían relación de sangre, tenía cierto parecido físico con el propio conde.

—Así es, lady Rouen, soy un invitado del conde y su esposa —él parecía sorprendido que ella le hablara.

Helen comenzó a abanicarse.

—Supongo que la vida en el mar es muy dura ¿verdad?

— ¿Por qué la pregunta, Milady?

—Y permite que se forjen amistades entre personas de diferentes rangos y estratos sociales —comentó Helen en abierta alusión al origen plebeyo del teniente.

Steven sonrió.

Los comentarios de ese tipo no le molestaban y ya se había dado cuenta que la hermana de la dueña de casa lo miraba por encima del hombro denotando en cada instante su sangre aristócrata para diferenciarla de él.

—Es en el campo de batalla donde conocemos a nuestros verdaderos amigos y puedo garantizarle, Milady que sólo querría subir a otro barco si el capitán sube también.

Ante semejante declaración, Helen se encontraba sin palabras.

¿Qué sabía ella del poder de la hermandad nacida en medio de la guerra?

Podría sentirse pequeña e insignificante ante eso.

Ya no se animó a decir nada más y la mujer se limitó a observar a aquel hombre a la que quiso incomodar con sus comentarios clasistas. Él la había derrotado completamente.

Volvió a mirarle detenidamente.

En lo único que podía pensar es que nunca había conocido a un hombre como él.

.

.

.

Robert le había dicho que se mantuviera estoica mientras acababan el procedimiento.

Como se negó a salir de la habitación, Jillian lo presenció todo.

Con la maquina lo que hicieron fue darle un impacto controlado a la cabeza de Weston.

Robert advirtió que esto le haría dormir a Weston y no garantizaban el tiempo que tardaría en volver a despertar.

Aunque estuvo advertida, ella no podía evitar derramar algunas lágrimas viéndolo dormido y tan indefenso mientras los dos médicos ayudaban a vendarle la cabeza y los ojos.

Todavía le resonaban las últimas palabras que Weston le dijera antes de la cirugía.

—Quiero tener hijos contigo...y no pienses que es por molestar a mi madrastra, aunque eso sea divertido...sino porque de verdad quiero formar una familia a tu lado. Así que prometo despertar para cumplir esa misión —le había dicho él.

Ella le besó la frente mientras lo dormían con las sales.

Jillian no se movió de la habitación, aunque varias veces entraron a buscarla para que comiera algo, ella no quería alejarse de la habitación.

Aunque Robert era el médico más confiable que conociera, ella no iba a estar tranquila hasta ver despertar a Weston.

Finalmente, el médico logró disuadirla de salir.

—Porque si usted también enferma, la mansión quedará sin una señora para manejarla ¿se imagina a Lady Helen ejerciendo por usted? Los sirvientes quedarían aterrorizados —le había bromeado Robert cuando estuvieron solos.

Jillian aprovechó para agradecerle todo lo que aún le debía.

—De mi parte creo que nunca acabaré de agradecerle por lo que ha hecho por esta familia.

Robert la miraba con esos ojos, tan propios de alguien que aun amaba, aunque ya no existiera esperanza.

—Lo hice por usted.

Jillian le devolvió la mirada, pero ya no en el mismo sentido. Quizá con cierta nostalgia de la adolescencia que compartieron, pero nada más.

Robert formaba parte de un pasado que ya no podía revivir para ella.

Weston era su presente y su futuro.

Antes de que las cosas se pusieran incómodas, Helen apareció para arrastrarla a tomar el té en el saloncito.

—Te he rescatado de las garras de ese médico ¿acaso no te das cuenta que te ve de forma extraña? Que no se enteren los sirvientes y le vayan con el chisme al conde porque cuando despierte la historia será diferente.

Jillian rió.

Aunque Helen era maliciosa y de lengua fácil, le entretenía tener su compañía en esas horas tan cruciales.

—Espero que mi esposo despierte pronto —fue lo único que comentó Jillian al sentarse.

Helen cogió el té de la mesilla, pero al rato llegó Katherine con una bandeja con tetera individual y su taza y le sirvió a su ama.

—Cielos ¿Qué tiene tu té que no quieres compartir? —dijo Helen al verlo.

—Milady gusta de ponerle gotas de leche y notas de lavanda al té —fue Katherine quien respondió mientras servía la merienda.

Helen entornó los ojos.

—Tu sí que sabes arruinar un buen té —comentó Helen bebiendo su propia infusión—. ¿Y qué te ha dicho el médico? ¿recuperará la vista? Ha estado dormido casi por un día completo —dijo Helen en mención a su cuñado.

Jillian apretó su propia taza.

—Si el conde recupera la vista, las cosas serán muy diferentes —argumentó Helen—. Él volverá a recuperar el lugar que tenía en el mundo, volverá a Londres y las mujeres volverán a mirarlo —dedujo Helen con malicia—. Imagino que él sabe cómo eres ¿verdad? Una cosa es sentirlo y otra percibirlo con los propios ojos, hermana.

Helen era la mejor en revivirle la inseguridad y los complejos, un mal que siempre la aquejó. Uno en la que escasamente había pensado porque su marido era ciego.

Pero la posibilidad que él volviera a ver era latente.

Apretó su taza con fuerza.

Él le dijo que la amaba y era lo que importaba.

—Somos esposos y nuestra unión va más que algo superficial —fue la única respuesta de Jillian.

Helen siguió aspirando el aroma de su té.

—Entonces la gente cambia porque mis recuerdos de tu esposo en sus mejores épocas, no condicen con ese concepto. Pero como dije, quizá la gente verdaderamente puede cambiar.

Jillian iba a contestar, pero el ruido de objetos rompiéndose proveniente desde arriba las alarmó.

La condesa se levantó asustada.

Eso venía de la habitación de su marido y se marchó corriendo escaleras arriba a verificar.

El sonido también alarmó al señor Patrick y a otro criado más quienes se unieron a la condesa.

Cuando Jillian entró a la habitación, se topó con que estaba completamente a oscuras porque Weston se había levantado intempestivamente arrojando al suelo los candeleros y otros objetos.

Detrás de Jillian, entraron Patrick y el otro criado portando palmatorias e iluminando la habitación.

El conde estaba en el suelo porque tuvo un resbalón.

— ¡Querido! ¿te encuentras bien?

Patrick se acercó a ayudar a su señor mientras el otro ayudaba a alumbrar.

Pero Weston comenzó a taparse los ojos.

— ¡Por todos los santos! Alejad esos candeleros de mi cara ¿acaso queréis dejarme ciego?

Un silencio se hizo en la habitación.

Se acababan de percatar de que Weston había sentido la luz.

Poco faltó para que los sirvientes se echaran a bailar mientras Jillian corría a abrazar a su marido.

—Llamad a los médicos ¡ahora! —ordenó

La joven sostenía la cara de su esposo.

Sus ojos azules estaban abiertos y su iris se movía, como si estuviera insuflado de una vida que ella nunca le había visto. Quizá estaba algo rojo y cansado, pero esos no eran los ojos de un ciego.

—Querido ¡puedes ver!

—No mucho...—se frotó los ojos—Noto la luz, las formas —miró la cara de ella—. Puedo percibir tus facciones...—le acarició el rostro con ternura—. Espera cuando estemos solos y pueda decirte que más soy capaz de notar —rió con complicidad.

Ambos esposos se abrazaron munidos de alegría mientras aguardaban al médico.

.
. .

Helen entornaba los ojos oyendo el alboroto de arriba.

No pensaba acercarse porque no se sentía capaz de presenciar tanta felicidad en una habitación.

Su hermana menor, la poco agraciada consiguió lo que se suponía no era para ella.

Riqueza, una posición y un marido sano.

Quiso seguir bebiendo té, pero notó que la tetera ya estaba vacía y con todos los criados corriendo de aquí para allá con la novedad de que el conde perdió la ceguera, no habría a quien le ordenase.

Así que se acercó a la tetera que dejó su hermana.

Un poco de leche y lavanda agregada no le haría daño así que cogió la tetera y se sirvió una taza.

—Vaya gustos —masculló y lo acercó a sus labios para beberlo.

Apenas bebió un poco cuando su sentido de olfato detectó algo extraño. Acercó el líquido a su nariz y lo aspiró.

Tuvo que olerla varias veces hasta que finalmente detectó aquel distintivo aroma.

Lo conocía muy bien.

Flor de cardo.

Machacada en té y encubierta con leche y jazmines era difícil de detectar si no había experticia.

Pero Helen conocía esa hierba anticonceptiva.

— ¿Qué demonios está pasando aquí? ¿No es que la pareja feliz moría por tener mocosos?

.
. .
.

Robert se alejó luego de terminar la examinación.

Se sentía muy orgulloso de su trabajo y de su éxito en el diagnóstico.

—Milord recuperará progresivamente la vista, comenzará con formas, colores, luces hasta que, en pocos días, ganará completa claridad. El coagulo fue exitosamente tratado y terminará diluyéndose por completo. Como sospechaba, el daño en el conde no era permanente.

Jillian casi dio saltos de alegría ante el pronóstico, mucho mejor de lo previsto.

—Pero necesita un poco de descanso, milord —advirtió Robert—. Recuperar la vista, aunque sea gradualmente puede resultar cansador.

En ese punto, Weston ya le prestaba escasa atención, ya que prefería enfocarse en Jillian y sus formas.

Y lo mismo pasó con Jillian, quien parecía ya no escuchar al médico.

Sólo volvieron a prestarle atención cuando Robert anunció algo.

—Todo esto coincide con un viaje que debo realizar a Londres.

— ¿Se marcha? —preguntó Jillian

—Debo ver otro paciente al que he comprometido mi atención —fue todo lo que respondió.

Jillian no iba a indagar en más, estaba demasiado agradecida con Robert por todo lo que hizo, dejando de lado viejas rencillas o rencores personales. Peor aún, un probable amor del pasado.

Robert salió dejándolos solos.

Después de todo, el matrimonio tenía mucho de qué hablar.

Ese era un mundo que correspondía a dos personas y donde los terceros no tenían lugar.

Para tristeza de Robert, él ya era un tercero en la vida de Jillian.

Esa noche, Jillian y Weston volvieron a dormir juntos, haciendo innumerables planes para el futuro, donde la mayoría comenzaba con darle una desagradable sorpresa a su madrastra, con quien aún tenían asuntos sin resolver a causa del envenenamiento que no podían hacer público para no perjudicar el nombre del duque, el padre de Weston.

Cientos de planes porque con esto, Weston regresaría a la vida pública y a su papel de heredero. Su matrimonio adquiriría vital importancia en ese momento.

Muchas mujeres estarían arrepentidas de no haberse casado con él cuando hubo oportunidad siendo que su madrastra prácticamente se encargó de rifar su matrimonio.

—Pero he sido afortunado de que me tocaras tú... —le había dicho Weston

Jillian se encargó de apretarse entre aquellos brazos, todavía incrédula de todo lo que la vida le estaba devolviendo.

.
. .

Cuatro días más tarde, el doctor Coleman y su colega preparaban su marcha a Londres.

Weston había recuperado el 90% del porcentaje de su vista. Justamente Robert se quedó para aleccionarlo con ejercicios para los ojos y evitar cansarlos tan pronto.

Por falta de costumbre es que Weston aún no abandonaba el bastón.

Y otro que aún no perdía la costumbre de sostener a su amo era el señor Patrick, tanto así que Weston tenía que desasirse de su agarre en ocasiones.

El mayordomo, como buen sentimental, solía echarse a llorar al ver los avances de su amo.

—Todavía no me creo que sólo recuperé la vista para ver llorar a un viejo sensiblero como usted, Patrick —le reprendía Weston.

—Es como si hubiera vuelto a nacer, milord...es que hace tan poco tiempo lo veíamos postrado y a las puertas de la muerte. Verlo fuerte y más vivo que nunca....

—Viejo tonto, no llore o lo terminaré degradando a las cocinas.

Weston siempre tuvo razón sobre Patrick, era el único sirviente de la vieja camada que no se vendió a su madrastra. Si cometió alguna fechoría, no era nada comparable con la lealtad que demostraba.

Ahora nadie se atrevería a desafiarlo.

Ya quería ver la cara de su madrastra y de su medio hermano Thomas.

Miró a su esposa que lo observaba con cariño.

En los últimos días que fue recuperando mayor visión, la había notado un tanto extraña.

Aunque ella le sonrió, señal de que estaba todo bien.

—Iré a ordenar a la cocina de que preparen tus bocadillos favoritos.

—Pero vuelve enseguida —le pidió él.

.
. .

Jillian estaba muy sensible a causa de su propia inseguridad física, aunque Weston le había dicho más de una vez que se sacara esas ideas de la cabeza.

Pensaba pedir los bocadillos en la cocina y luego salir a despedir a Robert cuando se topó con su hermana Helen en el salón.

La iba a saludar y pasar de largo, pero Helen la detuvo.

—Tengo que preguntarte algo, hermana. Te he dejado libre unos días, pero ya sabes como es mi curiosidad.

Jillian entornó los ojos, pero se acercó a su hermana.

—Si vas a quejarte porque te descuidé es porque mi esposo estaba recuperándose, y no tuve tiempo para tus berrinches —comenzó diciendo Jillian.

— ¿No quieres ser madre? ¿Lo sabe tu esposo? —Helen la interrumpió con esa pregunta directa.

— ¿Qué? —Jillian no entendía la pregunta

Helen estudió el rostro de su hermana, para ella era tan sencillo descifrarla.

La mayor se alejó un poco.

—En verdad no sabes de lo que hablo —concluyó Helen

— ¿Cómo voy a saber lo que pasa por esa cabeza tuya?

—Pensé que era tu decisión, pero ahora veo que no. Estoy hablando de las hierbas que previenen la concepción que te sirven con ese té horrible con lavanda y leche que bebes.

Jillian se sonrojó, tomada completamente desprevenida.

— ¿Hierbas que previenen la concepción? ¿de qué rayos hablas?

Helen paseó hacia donde estaba la campanilla y la tocó para que Katherine viniera. Esa doncella era la única que preparaba y servía ese té a su hermana.

—Conozco el aroma y el sabor del cardo y alguien te ha estado dando el té mezclado con eso. Por eso no resultas embarazada. Sólo me viene a la cabeza la loca de tu suegra....

Jillian no pudo evitar caer sentada al sillón.

En eso llegó Katherine, quien al ver a las dos hermanas pareció darse cuenta de que la llamada no era tan simple.

Helen tenía aspecto inquisidor y Jillian uno estupefacto.

—Katherine, le vas a decir aquí y ahora a tu ama ¿Por qué su té contiene cardo? Y no pretendas evadir la pregunta porque eres la única que prepara ese dichoso té —Helen preguntó desafiante porque era algo que le salía muy bien—. ¿Te vendiste a la duquesa? ¡responde!

Jillian miraba a su doncella, a quien consideraba la persona más confiable de la mansión, luego de su propio esposo. Y no creía que ella le estuviera tendiendo una trampa. Incluso si tenía que sospechar de alguien, prefería pensar que era una estratagema de Helen de quien no todavía no sabía cuáles eran sus auténticos motivos para permanecer en Trioval.

Miró a su hermana y a la doncella.

Katherine comenzó a temblar y se echó al suelo, apremiada por Helen que daba miedo.

—Nunca intentaría dañar a mi señora....

— ¿Y qué crees que hiciste? ¡Confiesa! —insistió Helen—. ¿La duquesa te ordenó que vertieras ese anticonceptivo en la bebida de mi hermana?

—No creo que Katherine lo haya hecho...—intermedió Jillian

Pero el rostro de Katherine ya estaba descompuesto a esa altura.

Ante la presión de Helen, la criada se desmoronó acercándose a Jillian y cogiendo sus manos, para implorar perdón.

— ¡Juro que no trabajo para la duquesa!

— ¿Entonces para quién? Y no te atrevas a mentir o te haré pedazos —la aterrorizó Helen.

— ¡Fueron órdenes del conde, su esposo! —gritó la joven dejando pasmadas a ambas hermanas.

— ¡Mientes! —replicó Jillian e intentó soltar la mano de su doncella.

Pero Katherine se mantuvo aferrada a la mano de Jillian derramando lágrimas.

— ¡El conde me lo ordenó! Prácticamente me amenazó y debía hacerlo porque él no deseaba tener hijos con usted —Katherine apretó las manos de Jillian con más fuerza y sus mejillas

estaban bañadas en lágrimas—. Ese hombre no la merece en absoluto y planeó todo esto, porque en su mente él cree merecer otro tipo de mujer, de esas que tienen éxito en los salones ¡yo lo escuché, Milady! Él dijo que pronto recuperaría su antigua vida y que merecía algo mejor. Por tanto, no quería hijos con usted porque planeaba divorciarse ¡él no la quiere, Milady! Y yo cumplí su orden, para no verla atada a un hombre horrible...con hijos que vendrían al mundo a sufrir la desdicha del abandono.

Merecía algo mejor.

Una mujer más bonita.

Recuperaría sitio en el mundo ¿Qué hacía con una mujer tan insignificante como ella?

Todas esas palabras horribles penetraron la mente de Jillian, frágil ante la inseguridad y el complejo que siempre padeció.

Todo ese pequeño mundo que llevaba soñando un tiempo acababa de desmoronarse frente a sus ojos.

CAPITULO FINAL

.
.
.

—Tiene que haber un error...—masculló Jillian, apretando los puños.

Cada palabra de Katherine era algo que se colaba en su piel, inmiscuyéndose en sus miedos más certeros y profundos.

Desde que surgió la esperanza que su esposo recuperara la vista, además de la felicidad de que el ser amado recuperara su vida, también estaba el temor de que él se diera cuenta que su matrimonio era un error.

Él negó con vehemencia y ella quería creerle, pero las palabras de Katherine no podía ignorarlas. Ella era su doncella de confianza desde que era poco más de una niña.

— ¿Qué harás? —la voz de su hermana la despertó.

Jillian caminó de un lado a otro, aprehensiva.

—No me quedaré sólo con la versión de Katherine....

La doncella gateó hacia su lado y le abrazó las piernas.

— ¡Nunca tuve intención de dañarla! Si lo hice fue porque no quería que usted cargara con un hijo de ese canalla ¡se lo juro!

Helen la quitó de allí con un empujón.

—Lo que hiciste fue traicionar a tu señora y quizá Jillian sea benevolente contigo, pero yo no, ya que después de todo sigues siendo una criada contratada por mi padre.

En otro momento, Jillian hubiera defendido a Katherine, pero en este momento estaba más preocupada por otra cosa así que viéndose libre del agarre de Katherine salió de la habitación y se dirigió directamente a las habitaciones de su marido, que irónicamente también era suya, pese a que no lo compartieron en tantas ocasiones porque según palabras de Weston, esperaba que desapareciera ese olor a enfermedad para constituir la única habitación del matrimonio.

Jillian pensaba que quizá esta era una de las señales que daban a entender que él no estaba listo para darle su lugar como condesa y esposa.

Quizá realmente pensaba deshacerse de ella, siendo que el juego acababa de cambiar.

Lo buscó en las habitaciones y no lo encontró. Sólo estaban las sirvientas ayudando a limpiar

y cambiando sábanas.

—Milady, el conde ordenó que cambiáramos todas las sábanas y abrir todas las ventanas.

— ¿Dónde está el conde?

—Fue abajo —informó la doncella.

Jillian salió casi arrastrando los pies, al pasar junto a la escalera vio el artefacto que ella diseñó para que él en su ceguera pudiera bajar las escaleras.

Últimamente era un adorno, ya que su principal destinatario ya no lo utilizaba.

En los últimos días había fantaseado con la idea que la próxima en utilizarlo sea ella para cuando quedare embarazada, por ejemplo.

Apretó los puños.

Aunque aparentemente esa idea no estaba en sintonía con la de su marido.

Se encontró con que Weston conversaba con el teniente Blosson cerca de las caballerizas.

Notó que él levantó la mirada al verla, pero ella no le devolvió la misma atención.

—Teniente, necesito conversar con mi esposo a solas ¿podría dejarnos? —pidió ella, esperando que se fuera.

El teniente Blosson era un hombre amable y fácil de tratar. Simplemente se alejó haciéndole una respetuosa reverencia con la cabeza.

Él le sonrió pícaro y se acercó a ella para abrazarla y decirle algo, pero la joven se desasíó con violencia del intento de agarre.

—Vaya...vaya —silbó él—. ¿Qué ocurre?

A esas alturas a Jillian le costaba no echarse esas lagrimas que pugnaban por salir de ella, pero se contenía porque no iba a salir de allí hasta que su marido confesare.

Quería confiar...pero la vida y todos los malditos susurros sobre ella en el pasado.

Es la más fea de las hermanas ¿Quién podría cargarse a esa muchacha gordinflona?

Ni siquiera da para casarse con ella por dinero, porque su padre tampoco tiene mucho que dar.

—Decías que querías tener hijos conmigo —comenzó diciendo ella

—Eres mi esposa —concordó él

Ella alzó la mirada.

—Entonces ¿por qué ordenaste a mi criada que vertiera hierbas anticonceptivas? ¿todo eso que querías una familia conmigo no eran más que cuentos? —ella había alzado algo la voz.

El rostro de él se puso lívido, como si acabara de ser descubierto en algo.

Jillian había aprendido a conocer tan bien el perfil del rostro de su marido que le conocía cada mueca o cambio sustancial.

Sólo le bastó estudiar unos segundos los recuperados ojos azules de su marido para comprender que aquello era verdad.

— ¡Lo sabía! —gritó

Pero él la cogió del brazo.

—No es lo que crees, querida ¡espera!

— ¡Suéltame! ¿Acaso negaras este hecho?

—No lo niego —admitió él con pesar—. Pero puedo jurarte que no es lo que crees, de hecho, ya ni siquiera lo recordaba.

El simple hecho que no negara nada fue suficiente para que explotara el lado menos amable de Jillian, que supuraba cada vez que tocaba esa sensibilidad de su corazón.

—Le dijiste a mi doncella que no querías engendrar niños conmigo...que, si recuperabas tu vida, yo ya no sería suficiente para ese mundo...

— ¡Tuve que decírselo para que lo hiciera! Debía hacerlo creíble.

— ¡Eres un imbécil! —ella lo empujó totalmente fuera de sí.

—Si me dejaras explicarlo —quiso decir él.

—Yo hubiera ido al fin del mundo por ti y en cambio tú a la primera me traicionas ¡debería hacer mi equipaje y aprovechar de irme en el mismo carruaje que Robert Coleman, él por ejemplo jamás me mintió ¡y todo lo que hizo por ti fue por mí!

Jillian no tenía idea de porque dijo eso, pero de que quería irse deseaba hacerlo, aunque no supiera donde.

Tríoal era el único hogar que había conocido y se suponía era para siempre.

Pero este hombre le mintió y quizá la mención de Robert tocó de vuelta la fibra nerviosa de Weston porque ella notó que su rostro se volvió colorado de la rabia.

No esperaba que fueran celos sino esa fibra de propiedad propia de los hombres que no deseaban que otro se llevara lo que ellos estaban utilizando.

Porque eso hizo Weston.

La utilizó, le mintió, la engatusó.

— ¿Te iras con Robert Coleman...? —el tono de la voz cambió radicalmente

Ella no pensaba acojonarse.

Llevándose las manos a la cintura de forma desafiante.

—Es mejor eso que estar cerca de un mentiroso, un actor que debería estar en alguna opera de París dando a conocer sus dotes actorales. Si buscas a una mujer a la que exhibir en los salones, pues te doy el camino libre ¿no es lo que siempre anhelaste?

— ¡No te dejaré ir con ese estúpido!

Ella lo empujó con más violencia.

Jillian no estaba segura de donde sacaba tanta fuerza.

—Si tu madrastra no hubiera concertado mi boda con un embustero como tú, yo me hubiera casado con él —exclamó ella sin pensar.

— ¡Entonces vete! —exclamó él gritando, muy cerca del rostro de ella, tanto que por un momento ella fantaseó con la idea que la besaría.

Él sólo paseó sus renovados ojos claros por el rostro de ella con un dejo de rabia y se alejó.

— ¿A qué esperas? No te lo haré difícil ni volveré a explicarte nada ¡no mereces aclaración alguna de mi parte! Si siempre tenías en mente largarte con ese imbécil.

—Ese imbécil te devolvió la vista —aguijoneó ella, pero ya no podía evitar comenzar a lagrimear pese a la fuerza de voluntad que ponía para no hacerlo.

—Cada centavo se le pagará ¡con intereses si quieres! —el tono de voz de Weston le recordaba a Jillian a la primera vez que pisó Trioval y aquel ciego malhumorado fue tan grosero y cortante—. Lárgate ya, no pierdan el viaje. Vete con él.

Jillian quedó con las manos colgando, por un instante había creído que Weston intentaría algo, pero en cambio se mantenía en sus trece, conminándola a marchar.

Él le dio la espalda como señal de que había acabado con ella.

La joven se quedó viendo su espalda ancha por unos segundos más, nostálgica y decepcionada.

El cuento de hadas que forjó en su mente durante todo este tiempo, sólo fue eso: un cuento.

¿Hasta qué punto una persona puede engañar a otra?

Se giró y comenzó a marcharse de allí porque no quería que ese estúpido la oyera llorar. Él no merecía ni una lagrima suya.

Cuando llegó a la mansión, notó que algunos criados la miraban con disimulo. Era claro que alcanzaron a oír parte de los gritos.

El teniente Blosson le hizo un saludo silencioso al pasar, pero ella estaba echa un mar de lágrimas a esas alturas que no respondió a nadie, y directamente corrió a sus habitaciones.

Helen y Katherine seguían allí.

La joven miró a su hermana y con sólo un vistazo comprendió lo que estaba pasando.

Jillian no pudo evitar echarse a llorar en brazos de Helen, quien la recibió sin rechazarla.

—Deseo irme de aquí...—murmuró Jillian.

—¿A Londres...? —preguntó Helen

Jillian asintió y Helen simplemente le hizo un gesto a Katherine, quien yacía allí con rostro de culpabilidad.

—Prepara el equipaje esencial de tu señora, el resto encárgaselo al mayordomo que lo envíe en los próximos días. Necesitamos viajar ligeras y cuanto antes. Haz lo mismo con mi equipaje.

—¿Viajar esta tarde, Lady Helen?

—Esto en parte es culpa tuya —recriminó Helen—. Y dile a alguien que traiga un té antes de que partamos ¡pero viajamos hoy mismo!

Jillian se dejó llevar simplemente, como si fuera un cadáver sin vida. Varias veces dirigió su mirada hacia la ventana, esperando que Weston entrara a la mansión, pero la criada que les trajo el té le informó que el conde no había vuelto.

Todo se hizo tan rápido frente a la estricta vigilancia de Helen que en menos de cuarenta minutos ya estaban saliendo de Trioval y abordando el carruaje.

Jillian notó que el propio Patrick alzó su equipaje atrás y parecía que iba a llorar.

En el tiempo que llevaba aquí, le había tomado aprecio.

—Milady —le dijo aquel hombre—. Este sitio no será igual sin su presencia...

Patrick era demasiado sensato y comedido, pero parecía morir de ganas de decirle que no se fuera.

Jillian se limitó a despedirse con un gesto en la mano del resto del plantel.

—Cuide al conde —fue lo último que pidió al mayordomo antes de subir al coche.

Jillian veía desaparecer la fachada de la mansión a medida que el carruaje se alejaba. Y con ello todos sus recuerdos y deseos.

.
. .

Weston no se acercó a la mansión, pero sabía que ella se preparaba para irse.

Como siempre, había hablado sin pensar y ahora no sabía cómo detener lo que acababa de

hacer. Ni siquiera le explicó lo que estaba detrás de aquella trama de hierbas anticonceptivas porque sus celos fueron más poderosos y la sola mención de que ella intentara irse con Robert Coleman le hacía revivir esa faceta tan peligrosa de sí mismo donde sentía que no quería a ningún hombre cerca de ella que no fuera él.

No era estúpido, él había renacido de las cenizas gracias a ella.

Ella lo había salvado del pozo más profundo.

A estas alturas él debería estar muerto a causa del envenenamiento, pero fue ella quien lo rescató.

Todo su estúpido orgullo sopesaba aquello cuando sintió unos pasos a toda prisa llegando a él.

Era su amigo Steven Blosson, quien traía una cara de espanto.

— ¿Qué hiciste, Weston?

No lo llamó con su título militar como siempre hacía, sino con aquel tono de reclamo.

—Ya te lo voy a explicar a ti —le dijo sin voltearse a mirar a su amigo.

— ¡Ella se acaba de ir! Te ha dejado y se ha largado junto su hermana y la criada ¿sabes que estás cometiendo un error enorme? No sé qué pasa entre vosotros, pero puedo apostar que él que tiene la culpa eres tu ¿o me equivoco?

Maldito Steven.

Nunca hablaba ni opinaba, pero cuando lo hacía siempre tenía razón.

Volteó a mirar hacia la mansión.

Por un momento, había creído que se podía arreglar, que no era más que una simple trifulca matrimonial.

¿Cómo podía ser tan estúpido?

.
. .

En el carruaje, un majestuoso silencio se daba.

Jillian agradecía el compasivo silencio de sus dos acompañantes.

Si hasta Helen podía ser empática es que sin duda el mundo estaba cambiando.

Miró por la ventanita, Trioval ya no se veía en absoluto.

Y ahí estaba ella pasando los parajes, que cruzó hace unos meses cuando llegó para casarse

con Weston.

Planeaban dirigirse a casa de su padre, quien pese a todo el escarnio público que su llegada ocasionaría, nunca le negaría la entrada.

No podía pedirle alojamiento a su hermana, quien tampoco parecía interesada en regresar a su propia mansión con su marido.

—Le diremos al cochero que vaya más rápido así quizá podremos alcanzar al coche que lleva al doctor Coleman, así al menos viajamos a la par —fue lo único que mencionó Helen

Robert y su colega habían salido antes que ella.

Y Jillian no le mencionó la pelea con su marido. Era mentira que quisiera irse con él y tampoco pensaba darle la razón a las malignas voces que alentaban una relación inadecuada con su amigo de la infancia.

El ruido potente del casco de un caballo la alertó.

—Con la suerte que cargamos, espero no sea un forajido que venga a robarnos —comentó Helen.

Jillian temió.

Le hizo una seña a Katherine, para que le dijera al cochero que apresurara la marcha.

La doncella lo hizo de inmediato sin rechistar.

Jillian no había tenido tiempo de encargarse de la doncella que la traicionó, pero en el fondo podía entenderla porque Katherine creía estar protegiendo a su señora.

El carruaje comenzó a correr más rápido, pero parecía mentira que el galope del caballo detrás de ellos sonaba con más potencia y fuerza. Como si también hubiera aligerado la persecución.

—Nada más eso faltaba ¡más rápido! —conminó Helen

Jillian comenzaba a arrepentirse de haber salido a aquella hora, exponiéndose a toda clase de peligros cuando hubiera podido hacerlo bajo la luz del sol y con más escolta.

En medio de la frenética huida, uno de los ventanales se abrió y Jillian se acercó para volver a cerrarlo o de lo contrario entraría mucho polvo y al hacer ese movimiento, fue que sus ojos vieron lo que ocurría afuera.

Fue que lo vio a él.

Era Weston, a bordo de un caballo, sudando y galopando como loco a punto de alcanzarlos

Jillian se frotó los ojos y volvió a confirmar que no fuera algún tipo de alucinación.

Un destello de esperanza la arropó, pero no iba a dejarse llevar por ella.

— ¡Quedaos! ¡Parad! —gritó Weston

— ¿Qué es ese alboroto? —preguntó Helen acercándose y también lo vio —. Pero si es tu marido y viene a lo loco.

Aunque la imagen de Weston sobre el caballo podría ser novelesca y romántica en la imaginación de muchos, Jillian no iba a confiar que tuviera buenas intenciones. Quizá sólo venía a salvaguardar su reputación de conde y militar.

— ¿Milady? —preguntó el cochero que se había dado cuenta de que el hombre que los seguía no era otro que el señor de Trioval — ¿Paramos?

— ¡Nada de eso! Es más, apresurad la marcha, perdedlo —ordenó Jillian, quien muy a pesar suyo se sostenía por la ventana viéndolo cabalgar a toda prisa, no sabía si por rabia o porque era la primera vez que lo veía en aquella posición tan poderosa y alta manejando las riendas de su propio caballo.

Pero apenas Jillian dio la orden que corrieran más fuerte, su corazón se detuvo cuando notó que Weston cayó del caballo.

— ¡Parad ahora mismo! —gritó, bajándose a toda prisa sin tener remilgos en ensuciarse todo el vestido en el barro.

— ¡Jillian, espera! —gritó Helen, pero ella lo ignoró.

La oscuridad arreciaba y había mucho barro, pero a Jillian lo único que le preocupaba era llegar a donde estaba el caballo. A su lado yacía el cuerpo de Weston.

Fue como si mil cuchillas golpearan su corazón.

No oía los gritos de Helen o de Katherine.

Ella sólo quería llegar a Weston.

El caballo relinchaba y la joven prácticamente saltó para llegar a donde se encontraba él, quien estaba completamente empapado por el barro, pero no abría los ojos. Estaba inconsciente.

Se arrodilló para cogerlo y poner su cabeza en su regazo.

— ¡No! —gritó Jillian.

Quería dejar a ese mentiroso, pero a sabiendas de saberlo vivo y sano. No de esta forma tan cruel.

— ¡Despierta Weston! —ella comenzaba a llorar de la desesperación—. ¡Oh por dios! —comenzando a zarandearlo para que despertara, pero él no se movía—. ¡Por favor despierta! ¡No quiero que te pase nada! —pero él no se movía haciendo que ella se desesperara aún más.

Estaba demasiado nerviosa y acercó su cabeza hacia el pecho de él, pero no oía ni sentía

nada.

— ¡Tienes que regresar! ¡Por favor, Dios! ¡Despierta! —miró a un lado y notó el pañuelo desanudado a un lado. La que Weston siempre llevaba en el cuello y se movió un poco para cogerla.

En ese instante, sintió que alguien atrapaba su brazo libre.

Era Weston quien recostado en el suelo le sonreía con mordacidad.

— ¿Temías quedarte viuda...?

Jillian pestañeó confusa y le dio un empujón para apartarse, pero él la sostuvo con más fuerza.

— ¿Fingiste caer?

—Era la única forma en la que detendrías ese carruaje del demonio ¿o me equivoco? Te detendrías porque sabía que te preocuparías por mí.

Jillian intentó desasirse de su agarre sin éxito nuevamente.

—Suéltame ahora mismo y déjame seguir mi camino.

—No antes de que me escuches —advirtió él

—No tengo nada que oír, eres un embustero de lo peor. Déjame ir —insistió ella, pero no pudo zafarse.

—Es cierto que yo le ordené a tu criada que te diera esas hierbas y usé palabras persuasivas para que lo hiciera ¡pero lo hice porque comenzaba a enamorarme de ti cuando todavía no sabía que esa tuberculosis era un envenenamiento y pensaba que podría morir en cualquier momento! —confesó él

Jillian quedó pasmada de la confesión proveniente de aquel hombre de profundos ojos azules, cuyo brillo era lo único que alumbraba en esa oscuridad.

—No sabía lo que pasaría y tampoco quería arriesgarte en que cargaras hijos míos porque eso significaría ponerte una diana en la espalda porque mi madrastra intentaría arruinarte como intentó conmigo. Yo no estaría para protegeros...—la voz de Weston se quebró un poco al decir la última frase.

Sus rostros estaban tan cerca uno del otro, que ella era perfectamente capaz de distinguir la profundidad del azul de sus ojos.

Él la miraba como si quisiera beberse su cara.

Nada ni nadie existía más que ellos.

—Me hubieras dicho...—masculló la muchacha

—No me diste oportunidad y cuando lo hubo ¡casi me muero de celos cuando nombraste a Robert Coleman!

—Es que...—quiso decir ella, pero él la sostuvo de los hombros, dando una arenga propia de un hombre sumamente desesperado.

— ¿Cómo podría dejarte ir? Soy un imbécil, lo admito...pero no estoy loco. No he recuperado la vista sólo para verte partir ¡eres la única que me conoció absolutamente! Así como yo soy el único que te conoce de verdad —le cogió sus manos y se las besó—. Te quiero de vuelta...si estas dispuesta a estar a con un hombre fastidioso e irritante pero que sería capaz de ir al fin del mundo por ti...

Jillian temblaba como la gelatina, aquella receta novedosa que preparaba la cocinera de Trioval. Con sus manos sostenidas por las tibias de él que le rogaban perdón.

Simplemente se arrojó a esos brazos que la acogieron con toda esa calidez que llevaba añorando como si fuera un alimento que nutría a su desgastada alma.

Sintió unos besos de él en su cabeza.

—Si vuelves a hacerme llorar de esta forma ...—murmuró ella

—No habrá otra ocasión...

Se miraron con esa pasión propia de dos esposos que se anhelaban y estuvieron a centímetros de besarse, pero un carraspeo los quitó de aquella burbuja y darse cuenta que estaban prácticamente en medio de un camino vecinal en la oscuridad.

—Sí sabía que todo acabaría en una exhibición de vosotros en plena calle, no hubiera hecho el equipaje —la voz irónica de Helen acabó por quitarlos del sueño privado en la que estaban metidos.

Y no sólo ella, porque Katherine y el pobre cochero que no sabía que hacer también los veían espantados.

—No pasa nada, regresemos a casa —dijo Weston levantándose y ayudando a su esposa a hacer lo mismo—. La función se ha terminado.

Y el regreso fue bastante particular porque, aunque Helen y Katherine volvieron en el carruaje, Weston y Jillian regresaron a bordo del caballo, solos con ella sostenida de la cintura de él.

Fue algo que ella no pudo negarse pese a que no había montado mucho en su vida, pero Weston estaba deseoso de mostrarle que estaba muy lejos del hombre postrado y enfermo de antes.

Y ella se sintió libre y segura.

Acababan de sortear su primer malentendido.

.
.
.

La duquesa de Saint Owen caminaba de un lado a otro en la mansión de Londres.

Vestida con su bata de dormir, no dejaba de maquinan oscuros planes y establecer su propia defensa.

Todos los informes eran desfavorables para ella ya que, si su hijastro se curó, era claro que descubrieron lo del veneno. Aunque le extrañaba que su hijastro no la hubiera denunciado atendiendo que podría tener pruebas.

—Debe ser que no piensa manejar esto en público —razonó la duquesa sentándose.

El duque no estaba enterado de los avances de salud de su hijo y ella estaba enterada gracias a los espías, aunque estos cada vez estaban más cercados por la propia red que tejó su nuera.

Quien iba a pensar que una rechazada de salones por fea y gorda sería la causante del cambio de escenario tan drástico.

La herencia debería de ser para Thomas, no pensaba renunciar a eso luego de tantos años de planes y preparación.

Podía tenderles una trampa a esos dos, ella era hábil y podía tejer un plan infalible.

Pero ahora no sólo debía deshacerse de él, sino también de ella para evitar algún embarazo sorpresivo que la pusiera en jaque por saber si era un niño o una niña.

La duquesa no temía usar lo que sea para deshacerse de la molestia.

— Pero ¿qué puedo hacer para matar dos pájaros de un tiro sin sospechosos?

Sus ojos se desviaron hacia el propio fulgor de la chimenea, dándole un propósito macabro.

—Trioval es una mansión muy antigua...—masculló entre sus labios—. Fácilmente podría ocurrir un accidente como un incendio...

Sus ojos brillaron a la par que aquel oscuro proyecto se materializaba en su mente.

—Nadie puede prever los incendios...y más si es de noche y con esa política de tener pocos sirvientes. Quizá mueran todos en él y no habría cabo suelto del que preocuparse...

De hecho, ni siquiera necesitaba ordenarlo ella misma, sólo precisaba deslizarle unas palabras a la útil de la señora Loren y volver a engañarla como hizo antes para ganarse su lealtad: fraguarle una mentira diciéndole que su casta sobrina fue abusada por Weston cuando en realidad el autor fue Thomas.

La señora Loren estaba muy herida por ese motivo.

Aquella preciosa sobrina suya perdió su pureza y ahora pasaba sus días como prostituta de baja categoría. Y se negaba a ver a su tía.

Pero la señora Loren nunca descansaría por darle justicia, aunque eso significase que traicionara o dañara al hijo de su señor.

—No hay justicia en este mundo, a menos que la hagamos —le había dicho la duquesa en aquella ocasión, inflamando el pobre corazón de la ama de llaves que ya estaba roto al ver el cruel destino que le tocó a su pobre sobrina.

Ella siempre limpió los crímenes de su hijo Thomas y durante muchos años se los endilgó a Weston cuando aún fingía que lo quería para manipularlo.

Además, con esa acción ganaba una adepta leal que, aunque fue derrotada por esa mocosa inservible de la hija de Romsday, todavía le era funcional.

Sin duda, la señora Loren se prestaría para ejecutar el plan de aquel incendio.

Siempre podría incentivarla, haciendo que su sobrina se suicidara en el burdel, encendiendo la llama de la rabia y la venganza.

Una mecha que necesitaba.

Sonrió taimadamente.

La única pérdida que tendría es que Trioval sería convertida en cenizas y sería una resta en la herencia de Thomas, pero tenían el dinero para reconstruir uno mejor, lejos de los recuerdos del hijo mayor de su marido.

Sacó de su bolsillo la partida de cartas que había recibido ese día donde le informaban de las últimas novedades de su hijastro.

Ya no necesitaba lamentarse por su recuperación así que arrugó las cartas y las arrojó al fuego.

Los ojos de la duquesa brillaron como siguiendo el resplandor de las llamas mientras se quemaban.

Esto sólo era un pequeño retroceso, lo mejor estaba por venir.

Iba a llamar a la sirvienta para que le cambiara la leña, pero cambió de opinión.

Ya no tenía frío como hace un momento ante el calor de una buena idea.

.
.
.

El coqueto barrio de Grosvenor Square se vio conmocionada por los gritos y la tremenda humareda que se suscitó en la mansión.

Sirvientes y curiosos corriendo de un lado para otro.

Un recinto de una de las mansiones comenzó a incendiarse cuando la usuaria dormía profundamente.

El fuego había iniciado en una habitación de la mansión del duque de Saint Owen.

Thomas, quien estaba de juerga a esas horas tuvo que venir ante la urgencia de la situación que le sirvió para sacarse la borrachera que llevaba encima.

El fuego ya fue controlado.

—Solo afectó una habitación —comentó uno de los voluntarios que ayudó a apagar el fuego.

— ¿Dónde está la duquesa, mi madre? —preguntó Thomas

El rescatista parecía nervioso.

—La salvamos, milord...con vida.

— ¿Por qué tienes esa cara? Serás recompensado por esta casa ¿acaso no lo esperabas? ¿Dónde está mi madre? —volvió a insistir con la pregunta

—Milord...fue rescatada con vida, pero...

— Pero ¿qué? —Thomas ya estaba perdiendo la paciencia.

—Está siendo asistida...pero recibió heridas —el hombre parecía nervioso de decirle lo que había visto.

Thomas tenía ganas de propinarle un puñetazo, pero prefirió acercarse hacia donde estaban los criados de la mansión y preguntarles a donde llevaron a la duquesa.

.
. .

Quince días después.

La noticia del incendio y la voraz consecuencia que trajo consigo ponía de malhumor al duque de Saint Owen.

Él se encontraba en Escocia cuando ocurrió el desastre y tuvo que venir porque Thomas no pudo hacerse cargo de la situación.

Sólo hubo una herida: su propia esposa, quien recibió una quemadura muy profunda en la zona de los ojos. No hubo forma de salvarlo, aunque tuvo a su disposición al mejor cirujano. La duquesa de Saint Owen, la mujer más orgullosa de Londres había quedado ciega.

Y para peor, tragó demasiado humo y sus pulmones jamás regresarían a la normalidad.

El duque, quien siempre fue un hombre frío, no es que amaba especialmente a su segunda esposa, pero era sumamente incómodo tener a su hijo mayor y a su esposa en la misma situación: ciegos y sin ninguna utilidad social.

El duque procuraba almorzar con tranquilidad, a pesar de que cada tanto oía los gritos de su mujer desde la planta alta.

Pensaba seriamente enviarla a Trioval.

Allí no le molestaría con sus gritos y apremios.

Pensar en eso le daba cierta culpabilidad al recordar a su hijo mayor, del que no tenía noticias hace tiempo, aunque su mujer le había dicho que seguía enfermo y no daba señales de recuperación. Que ni siquiera el haberse casado le mermaba el mal habito de ser un majadero y un molesto.

Debería visitarlo, aunque era seguro que Weston lo echaría.

Pobre hijo suyo y peor aún, le tocaba el mismo destino a su esposa.

Del otro lado de la mesa en contra frente estaba sentado su hijo Thomas.

Era un petimetre en toda regla.

Y una vergüenza para la casa de Saint Owen, pero estaba sano y era varón.

Iba a llevarse otra cuchara de sopa a la boca cuando el mayordomo entró corriendo, violando la etiqueta. Tenía el rostro blanco, como si hubiera visto un fantasma. Jadeaba de impresión.

—Palmer ¿Qué significa esto? —increpó a su mayordomo.

—Su Excelencia...es que

—Hable, hombre y no termine de arruinarme el almuerzo...

—El conde y la condesa de Nolan han llegado a la mansión —informó, pero la voz denotaba una sorpresa enorme.

El duque se levantó intempestivamente.

¿Su hijo Weston y su nuera en la capital?

¿Cómo era posible que viajara en su condición?

A Thomas al escuchar ese nombre se le cayó el utensilio al suelo.

Pero antes de que el duque pudiera reaccionar y decir algo más, vio a un hombre joven vestido con su uniforme de gala naval entrando del brazo de una dama.

Tuvo que frotarse un poco los ojos.

Era su hijo Weston, visiblemente sano y con sus enormes ojos azules en perfecto movimiento, insuflados de vida. No estaba ciego y no tenía atisbo de ser un tuberculoso.

Estaba perfectamente robusto y vigoroso.

—Weston...

—Padre —le saludó aquel hombre robusto

La joven, que el duque reconoció vagamente como su nuera lo saludó con una respetuosa reverencia.

—Nos gustaría quedarnos a almorzar, padre —pidió Weston mientras su padre aun procesaba que estaba frente a la realidad y no frente a un espejismo.

—Estáis en vuestra casa, hijo mío —finalmente dijo el duque en un hilo de voz que contenía una emoción difícil de resistir.

Por dentro quería acercarse y abrazarle, pero la formalidad de la situación sumado a su educación aristocrática lo obligaban a no romper la regla.

Weston movió una silla al costado a la derecha del centro para que su joven esposa se sentara y luego se acercó dónde estaba sentado un estupefacto Thomas.

—Hermano...

— ¿Cómo es posible que puedas ver?

Pero Weston parecía impasible ante esa pregunta.

—Temo que estas sentado en la silla que me corresponde, hermano. Soy el conde de Nolan e hijo mayor del duque de Saint Owen, me toca a mí sentar frente a padre.

Thomas miró a su padre buscando una explicación y ayuda, pero el duque sólo tenía ojos para su hijo mayor. Lo miraba con orgullo y felicidad y sólo le hizo un gesto a Thomas para que despejara el sillón.

El joven tuvo que levantarse y sentarse a la izquierda mientras los criados le cambiaban su plato a toda prisa.

Weston finalmente se sentó en el centro, de frente a su padre

El conde de Nolan y héroe naval de Trafalgar había vuelto a Londres a ocupar el sitio que le correspondía.

.
.
.

Conocer el destino de su madrastra fue una confirmación de la justicia celestial.

Con semejante situación y atendiendo la reputación del apellido de la familia, Weston no planeaba hacer público las malas acciones de la duquesa, pero sí se lo contó a su padre, a quien no pensaba dejar a oscuras de esa situación.

Fue una conversación difícil que tuvieron padre e hijo a solas.

—Pero tiene que admitir que hubiera preferido que muriera en la cubierta del barco ese día y llevar flores a mi tumba, que la desazón que le produjo con mi ceguera y sumada a la enfermedad que todos creían que tenía.

El duque finalmente lo admitió.

Fue el momento más emotivo de la vida de ambos.

Ambo se abrazaron después de tantos años, libres al fin de tanto resentimiento y culpa.

Luego de aquello, la decisión del duque fue fulminante.

La otrora orgullosa duquesa de Saint Owen fue enviada a otra de las casas que poseía el duque en Buxton, una zona balnearia porque no iba a internarla en Trioval.

No la quería cerca de ninguna de sus propiedades importantes o ninguna donde él o la familia fuera asidua.

La duquesa, enferma exigió una explicación y el duque se lo dio.

—Usted y yo hemos terminado, sé de todo lo que ha hecho —la fría voz del duque fue una clara previsión—. No volveremos a vernos en esta vida.

—Pero madre sigue siendo la duquesa ¿no va a creer las mentiras de Weston y su esposa? Es obvio que confabularon juntos para echar la culpa a mi madre —Thomas también lo reclamó mientras sostenía la mano de su madre, quien estaba en la cama con los ojos vendados y que se movía poco porque caso contrario comenzaba a toser.

—Y no me olvido de ti, Thomas —advirtió el duque asustando a su hijo—. Voy a terminar también contigo si insistes con esta patraña ¿acaso crees que desconozco tu grado de participación? Si quieres ser desheredado y desahuciado, adelante.

Fue como una mención mágica porque Thomas soltó la mano de su madre.

Asustado y atemorizado por la amenaza de su padre, no se pondría en plan de contradecirlo.

—Thomas...hijo —balbuceó la duquesa, pero ya el joven comenzaba a alejarse lentamente.

El duque los observó antes de alejarse, pero giró una última vez para dar otro aviso.

—Y le darás a tu hermano y su familia, el respeto que se merecen por su investidura y posición. Si me entero que vuelves a ver a tu madre, te arrepentirás.

Fue la última vez que el duque vio a su esposa.

No volvió a Buxton.

Por miedo, Thomas tampoco regresó.

Quien prefería traicionar el cariño filial de su madre que renunciar a su vida de lujos.

Weston se presentó unos días después y no le hizo ningún reclamo, simplemente se limitó a observar la vida karmica que llevaba, ciega y enferma. Repudiada por el duque y con acciones absolutamente imperdonables a cuestras.

Él también se marchó de Buxton sin mirar atrás una sola vez.

Los villanos habían obtenido su castigo.

Aunque antes de venir tuvo que ajustar cuentas con la señora Loren, quien fue otra sorprendida de ver al conde de Nolan tan sano como antes de marchar a la guerra.

La señora Loren seguía cumpliendo funciones en la mansión del duque.

Weston fue claro con ella.

Él nunca había abusado de su sobrina y fue un cuento de la duquesa para manipular su lealtad.

—A pesar de que fue manipulada por mi madrastra, no puedo permitir que alguien así sirva cerca de mi familia. Usted ayudó a envenenarme junto a ese médico.

La señora Loren se había arrojado a sus pies a pedirle perdón, pero Weston fue impasible.

—Se marcharán a Boston, tomarán el primer barco disponible. Les doy esa salida o irán a prisión. —advirtió Weston—. Jamás volverán a Europa.

Así que ellos tampoco salieron librados del castigo.

.

.

.

—No dejan de hablar del conde de Nolan y su esposa —el ceñudo Lord Rouen cerró el periódico con rabia sin dejar de ver a su mujer—. No volverás a verlos —advirtió

Del otro lado, una Helen con un horrible cardenal en el ojo derecho trataba de seguirle ritmo al desayuno.

Ella había vuelto hace unos días desde Trioval con su hermana y cuñado.

Todos esos días y el viaje de regreso le parecieron felices, pero al pisar Londres no tuvo más opción que volverse a su hogar o caso contrario debía dar explicaciones, que no se animaba a dar.

Su marido solía propinarle golpizas, que fue lo que la motivó a huir buscando refugio en

casa de su hermana menor.

Pero el ataque en esta ocasión fue diferente ya que apenas Lord Rouen supo de su regreso, volvió y la golpeó, dejándole visibles marcas en el rostro, zona que antes no tocaba.

Helen estaba atemorizada.

No podía pedir ayuda.

Lord Rouen tenía razón, él podía repudiarla y dejarla en vergüenza arrastrando a su familia con ella.

Intentó coger la taza de té, pero sus manos comenzaron a temblar. Le dolía todo el cuerpo y apenas tenía suficiente fuerza.

En eso se acercó el mayordomo con prisa.

—Milord...viene alguien

— ¿Qué? No he invitado a nadie, que se largue —replicó Rouen malhumorado

Pero antes de que el mayordomo pudiera contestar, apareció tras de él, la enorme figura del conde de Nolan acompañado de otro hombre.

A Helen se le cayó la cuchara al reconocerlos.

El hombre que venía con su cuñado era el teniente Steven Blosson.

Ambos hombres tenían aspecto imponente y no parecían venir en buenos términos.

— ¿Lord Nolan? —Rouen no podía creer la grosera presencia

Blosson la miró apesumbrado y Helen intentó cubrirse, pero ya sus cardenales estaban a la vista.

—Siempre supe que era un petimetre inútil, Rouen...pero llegar al punto de golpear una mujer indefensa es lo más bajo del mundo —increpó Weston

Pero Steven reaccionó peor ya que directamente se arrojó hacia Rouen y lo cogió de las solapas del cuello y lo apretó contra la pared.

— ¡Imbécil!

Rouen le tenía miedo al conde, pero aun así se sentía envalentonado por estar en su propia casa.

—No es asunto vuestro, Lord Nolan y menos de este hombre desconocido —mirando a Steven con desdén—. Tomaré esta incursión como un error y haré de cuenta que no ha ocurrido si os marcháis ahora—intentando desasirse del hombre que lo tenía acorralado, pero fue inútil porque era más fuerte que él.

—No le tocaré un solo pelo...aunque muera de ganas de arrancarle el pellejo —dijo Weston,

pero luego miró hacia Steven—. Pero no respondo por mi amigo.

Apenas Rouen tuvo tiempo de tomar consciencia antes de recibir los puñetazos, gentileza del teniente Blosson.

Mientras pasaba esto, los criados yacían aterrorizados y Weston aprovechó para coger una capa que sacó de una de las mesas para cubrir a su cuñada y sacarla de allí.

Helen fue llevada a recuperarse en la mansión del duque de Saint Owen donde se quedaba su hermana y cuñado. Jillian la atendió con delicadeza.

Fue ahí que se enteró que el hecho de que Weston con Steven irrumpieran en la mansión a salvarla fue porque Steven los alarmó.

— ¿Cómo supo que el miserable de mi esposo me golpeaba? —preguntó Helen.

—Porque él iba a verte a hurtadillas...

— ¿Quién? —Helen quiso fingir no estar enterada.

—Sabes que hablo del teniente Blosson

— ¿Por qué haría eso...?

—Porque le importas...y no le interesa que la mayoría de las veces lo trates como un palurdo caído del árbol.

Lady Rouen lo sabía, lo sospechaba.

En medio de tantas lágrimas y dolor, era la primera vez que un hombre hacía tanto por ella, sin vínculo alguno.

Aunque Helen ya había más que notado al teniente, era la primera vez que podía verlo tal cual era.

Helen no volvió a ver a su marido tras eso.

De todo se encargaron su cuñado y su hermana. Lord Nolan era una figura demasiado influyente y se encargó de sacar a Rouen de la ciudad y obligarlo a aceptar los términos de la ruptura matrimonial.

Los divorcios no estaban permitidos, pero podían lograrse con una petición especial privada al parlamento. Les devolvía la libertad a ambos esposos e incluso los habilitaba a volver a casarse.

No fue difícil teniendo el apoyo del ducado de Saint Owen.

Con Rouen fuera de foco, Helen volvió a vivir en paz luego tantas penurias.

Cuando el proceso ante la cámara de los Lores comenzó, coincidió con el anuncio del embarazo de Jillian así que la condesa no pudo ir a las audiencias que se realizaron con

tranquilidad y sin escándalo, ya que Rouen le tenía pavor a Weston y también a ese hombre que le propinó una golpiza.

Apenas acabó, Rouen huyó de Londres, no sin antes desprenderse de una buena suma compensatoria para Helen.

Jillian transitaba sus últimos meses de embarazo cuando Helen prácticamente se le arrojó a los brazos para llorar de felicidad y agradecimiento.

También con ese abrazo quedaba sellado cualquier tipo de resentimiento entre ambas hermanas.

.
. .

—Este niño se parece mucho a mí, creo que ni siquiera podría negarlo, Lady Nolan —comentó un jocosos Weston mirando al precioso bebé de siete meses que jugueteaba en la cuna—. Su abuelo el duque envió una nota diciendo que desea ver a su nieto ¡el mocoso se robó el corazón de ese viejo cascarrabias!

Jillian descansaba en el sillón mirando a sus dos hombres riendo con el comentario.

Estaba agotada.

Había pasado varias noches recreando diseños para la nueva habitación de su hijo Derek.

Trioval era una enorme mansión, pero con un niño auestas, precisaba más reformas. Pero en unas semanas deberían volver a Londres así que no podían relajarse demasiado, ya que Weston se encargaba de los negocios del duque como su heredero y representante.

Sin contar la vida social, todo el mundo quería contar con la presencia de aquella pareja que causaba envidia entre la gente.

Jillian ya no era la paria del pasado, ahora era una distinguida dama, condesa de Nolan y esposa de un héroe, que se preparaba para convertirse en la futura duquesa de Saint Owen.

Su posición le valía estima y respeto de todos y allí también estaban sus hermanas, que la subestimaron en el pasado y ahora no tenían más opción que agachar la cabeza cuando ella pasaba.

—Steven y Helen me escribieron —comentó Jillian.

— ¿Ya perdieron la vergüenza de divertirse sin estar casados? —bromeó Weston cargando a su hijo de la cuna—. Espero que sus hijos no hereden el carácter de tu hermana.

Jillian se levantó y rodeó sus brazos por Weston y el niño que llevaba en brazos.

Weston enarcó una ceja divertido.

—Estoy cuidando al niño, lady Nolan...no tengo tiempo de ocuparme de usted y sus insaciables apetitos.

Ella los apretó con aun más fuerza.

—Y es por eso que no tengo intención de soltarlos nunca, Lord Nolan...

FINAL.

GRACIAS POR HABER DESCARGADO ESTE EBOOK